JOSEPH DE MAISTRE

CONSIDERACIONES SOBRE FRANCIA

Estudio preliminar
de
RAFAEL GAMBRA



BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO ACTUAL

DIRIGIDA POR **RAFAEL CALVO SERER**

1. ROMANO GUARDINI: *El mesianismo en el mito, la revelación y la política.* Prólogo de ALVARO D'ORS y nota preliminar de RAFAEL CALVO SERER. (En reimpresión.)
2. THEODOR HAECKER: *La Joroba de Kierkegaard.* Estudio preliminar de RAMÓN ROQUER y una nota biográfica sobre Haecker, por RICHARD SEEWALD. (En reimpresión.)
3. VICENTE PALACIO ATARD: *Derrota, agotamiento, decadencia en la España del siglo XVII.* (En reedición.)
4. RAFAEL CALVO SERER: *España, sin problema.* (Segunda edición.) Premio Nacional de Literatura 1949.
5. FEDERICO SUÁREZ VERDEGUER: *La crisis política del Antiguo régimen en España (1800-1840).* (En reimpresión.)
6. ETIENNE GILSON: *El realismo metódico.* (Segunda edición.) Estudio preliminar de LEOPOLDO PALACIOS.
7. JORGE VIGÓN: *El espíritu militar español. Réplica a Alfredo de Vigny.* Premio Nacional de Literatura 1950. (En reimpresión.)
8. JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO: *De Cánovas a la República.* (Segunda edición, aumentada.)
9. JUAN JOSÉ LÓPEZ IBOR: *El español y su complejo de inferioridad.* (Tercera edición.)
10. LEOPOLDO PALACIOS: *El mito de la nueva Cristiandad.* (Segunda edición.)
11. ROMÁN PERPIÑÁ: *De estructura económica y economía hispana.* Estudio final de ENRIQUE FUENTES QUINTANA.
12. JOSÉ MARÍA VALVERDE: *Estudios sobre la palabra poética.*
13. CARL SCHMITT: *Interpretación europea de Donoso Cortés.* Prólogo de ANGEL LÓPEZ-AMO.
14. DUQUE DE MAURA: *La crisis de Europa.*
15. RAFAEL CALVO SERER: *Teoría de la Restauración.* (Segunda edición.)
16. JOSÉ VILA SELMA: *Benavente, fin de siglo.*
17. AURÉLE KOLNAI: *Errores del anticomunismo.*
18. ANGEL LÓPEZ-AMO: *El poder político y la libertad.* Premio Nacional de Literatura 1952.
19. AMINTORE FANFANI: *Catolicismo y protestantismo en la génesis del capitalismo.*
20. RAFAEL CALVO SERER: *La configuración del futuro.*
21. CHRISTOPHER DAWSON: *Hacia la comprensión de Europa.*
22. RAFAEL GAMBRA: *La Monarquía social y representativa en el pensamiento tradicional.*
23. JOSÉ CORTS GRAU: *Estudios filosóficos y literarios.*
24. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO: *La estética del idealismo alemán.* Selección y prólogo de OSWALDO MARKET.
25. JOHN HENRY CARDENAL NEWMAN: *El sueño de un anciano.* Traducción, nota biográfica, prólogo y glosa de ANDRÉS VÁZQUEZ DE PRADA.
26. JUAN DONOSO CORTÉS: *Textos políticos.*
27. FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA: *La Monarquía tradicional.*
28. ALVARO D'ORS: *De la guerra y de la paz.* Premio Nacional de Literatura 1954.
29. THEODOR HAECKER: *El cristiano y la historia.*
30. VICENTE MARRERO: *La escultura en movimiento de Angel Ferrant.*
31. JORGE VIGÓN: *Teoría del militarismo.*
32. PETER WUST: *Incertidumbre y riesgo.*
33. FLORENTINO PÉREZ EMBID: *Nosotros, los cristianos.* (En reimpresión.)
34. FRITZ KERN: *Derechos del Rey y derechos del pueblo.* Estudio preliminar de ANGEL LÓPEZ-AMO.
35. JOSÉ IGNACIO ESCOBAR, JORGE VIGÓN, EUGENIO VEGAS LATAPIÉ: *Escritos sobre la instauración monárquica.* Prólogo y epílogo del MARQUÉS DE VALDEIGLESIAS.
36. ANTONIO PACIOS, M. S. C.: *Cristo y los intelectuales.*
37. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO: *Textos sobre España.* Selección, estudio preliminar y notas de FLORENTINO PÉREZ EMBID.
38. HENRI MASSIS: *La vida intelectual de Francia en tiempos de Maurras.* (En prensa.)
39. CARLOS CARDÓ y JOSÉ ROMEU FIGUERAS: *Tres estudios sobre literatura catalana.*

40. FRIEDRICH HEER: *La democracia en el mundo moderno.* Prólogo de VICENTE MARRERO.
41. GOETZ BRIEFS: *Entre capitalismo y sindicalismo. Situación crítica de la asociación obrera.*
42. SIR CHARLES PETRIE: *La Monarquía en el siglo XX.* Prólogo de JORGE VIGÓN. (En prensa.)
43. RUSELL KIRK: *La mentalidad conservadora en Inglaterra y Estados Unidos.* (En prensa.)
44. JOSÉ TORRAS Y BAGES, JUAN MARAGALL, FRANCISCO CAMBÓ: *La actitud tradicional en Cataluña.* Prólogo de LUIS DURÁN Y VENTOSA. (En prensa.)
45. ERIK VON KUEHNELT LEDDIHN: *Libertad o igualdad. La disyuntiva de nuestro tiempo.* (En prensa.)
46. RAFAEL CALVO SERER: *Política de integración.*
47. ANTONIO MILLÁN PUELLES: *Ontología de la existencia histórica.* (Segunda edición.)
48. VICENTE MARRERO: *Picasso y el toro.* (Segunda edición.)
49. GUILLERMO MORÓN: *El libro de la fe.*
50. VICENTE MARRERO: *Maeztu.*
51. CARDENAL ISIDRO GOMÁ Y TOMÁS, Arzobispo de Toledo. Primado de las Españas: *Pastorales de la guerra de España.* Estudio preliminar de SANTIAGO GALINDO HERRERO.
52. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO: *La filosofía española.* Selección e introducción de CONSTANTINO LÁSCARIS COMNENO.
53. JOSEPH DE MAISTRE: *Consideraciones sobre Francia.* Estudio preliminar de RAFAEL GAMBRA.

MANUALES DE LA

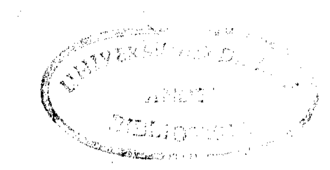
BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO ACTUAL

1. *La Pedagogía contemporánea,* por EMILE PLANCHARD, Profesor en la Universidad de Coimbra. Traducción y adaptación por VÍCTOR GARCÍA HOZ, Catedrático de Pedagogía en la Universidad de Madrid.
2. *Geografía General, Física y Humana,* por ANDRÉ ALLIX, Rector de la Universidad de Lyon. Traducción y adaptación por JOSÉ MANUEL CASAS TORRES, Catedrático de Geografía en la Universidad de Zaragoza.
3. *Fundamentos de Filosofía,* por ANTONIO MILLÁN PUELLES, Catedrático de Filosofía en la Universidad de Madrid.
4. *Fundamentos de política económica,* por WALTER EUCKEN. Traducción de JOSÉ LUIS GÓMEZ DELMÁS. (En prensa.)

JOSEPH DE MAISTRE

CONSIDERACIONES SOBRE FRANCIA

Estudio preliminar
de
RAFAEL GAMBRA



Ediciones Rialp, S. A.
Madrid, 1955

Versión española de
CARMELA GUTIÉRREZ DE GAMBRA

La traducción ha sido hecha sobre la edición que, en 1845, publicó en Lyon la *Ancienne Maison Rusand*, valiéndose de un original corregido por el propio Conde de Maistre y entregado por él en 1817 al Administrador de las Bibliotecas Reales de Francia.

Rivadeneyra, S. A. - Paseo de Onésimo Redondo, 26. - Madrid.

ESTUDIO PRELIMINAR

JOSE DE MAISTRE Y LA IDEA DE COMUNIDAD

La percepción radical.

Augusto Comte escribía en 1824 este juicio sobre el Conde de Maistre: "José de Maistre tiene para mí la virtud de mostrarme la capacidad filosófica de las gentes por la importancia que le otorgan" [1].

Como absolutamente desinteresado, este juicio de Comte posee una profunda significación que no ha sido debidamente sondeada. De Maistre, en efecto, deparó al fundador del positivismo una de las claves de su sistema, y lo que esta clave explica ha pervivido de tal forma y ha tenido tales resonancias que el desarrollo, tanto del pensamiento político revolucionario, como del tradicionalista hasta nuestros mismos días no puede explicarse sin tener en cuenta ese factor.

Para los hombres que hicieron la Revolución

[1] COMTE, A., *Carta a D'Eichtal.* Noviembre, 1824.

Francesa, lo esencial en ella era el pueblo escogiendo libremente sus leyes, creando un nuevo orden racional; es decir, la Constituyente. El espíritu de los revolucionarios era el de los Ilustrados y de los Enciclopedistas viendo aproximarse por sus pasos contados la eclosión de un mundo luminoso y racional del que ellos eran profetas e iniciados en una época regida todavía por las nieblas de la superstición y de la creencia; el espíritu, también, de Rousseau, exigiendo una revolución que restaurase la teórica inocencia primitiva, mediante la anulación violenta del orden histórico en vigor.

Unos años más tarde, la imagen de la Revolución que domina en el ambiente no es ya la Asamblea Constituyente, sino más bien la Convención; y no la de Robespierre, que se empleó en utópicas restauraciones religiosopaganas, sino la de Danton, que se erige en poder dictatorial, consciente de su provisionalidad, pero consciente también de la necesidad de su labor para destruir los restos de un pasado caduco y dar paso a un orden nuevo. Esta es ya la imagen de Comte, que pasa por el mejor sistematizador *a posteriori* de la Revolución Francesa. La idea del carácter infantil que tuvieron los primeros ensayos constituyentes, la consciencia de lo anárquico, pasajero y destructor de la Revolución y de la superficialidad del movimiento intelectual que la engendró, la noción del carácter meramente negativo de las filosofías criticistas que arrancan de Hobbes,

son comunes a todo el pensamiento—revolucionario y tradicional—de la época de Comte. Unos y otros han percibido un sentido mucho más profundo en los hechos que cambiaron la faz de Europa al derrocar un orden milenario; ante todos ha aparecido la existencia de una subyacente estructura social con leyes propias, una evolución inmanente del pensamiento y de la historia, que está muy por encima de las decisiones y de las resistencias de los hombres individuales y de las asambleas deliberativas.

Esta idea se encuentra en la *Dinámica* de Comte, que es la parte más conocida de su sistema. En la ley de los tres estadios porque ha de atravesar el hombre en su progreso, el estadio *metafísico* o *crítico* tiene solo un valor transitorio, como crisis del pensamiento *teológico*—plenamente orgánico y estable—y preparación del *positivo* o *científico* que será el definitivo de la Humanidad. Y de ese período transitorio y negativo son símbolo histórico la Revolución y el movimiento espiritual que la hizo posible. Pero aún más claramente puede apreciarse esta dirección en el conjunto de su obra. La *Dinámica* comteana se halla subordinada—en el plano de la realidad—a la *Estática;* los tres estadios—teología, metafísica y ciencia positiva—son modos de adquirir el hombre consciencia de la estructura real de su sociedad, que es una y eterna, permanente e invariable como su naturaleza. En uno o en otro estadio ha de darse en la sociedad propiedad, familia, reli-

gión, dualidad de poderes temporal y espiritual, etc. De este orden—diríamos mostrenco e interpretable—nacerán los estadios culturales y su progreso. El orden precede y engendra el progreso.

Pero si la caída del estadio teológico, en el que el orden era el dictado de los dioses, determinó la fase inestable y crítica de la metafísica y las constituciones revolucionarias, el período definitivo y real de la ciencia positiva debe ser preparado y facilitado, según Comte, por un poder fuerte y enérgico que imponga férreamente en la sociedad la disciplina perdida y haga posible el paso decisivo de la Humanidad al orden nuevo. Toda la "Religión de la Humanidad" y su proyectada "moral" como superior a la obra de la razón, tienen en Comte este sentido preparatorio.

Y esta es, cabalmente, la idea que Comte encuentra en De Maistre y debe al autor de las *Consideraciones sobre Francia,* idea que el positivismo transmitió después a los sistemas posteriores, tanto revolucionarios como contrarrevolucionarios. Según De Maistre, la filosofía que trajo la Revolución fué superficial e insignificante, un mero corrosivo negativista y crítico del pensamiento; y los hombres que actuaron en sus filas y fueron sus protagonistas, hombres vulgares, faltos de grandeza y aún de consciencia del papel que representaban. Los acontecimientos, sin embargo, les obedecieron mansamente; todo se doblegó ante ellos como si fueran los dueños

del destino. Según una imagen de las *Consideraciones sobre Francia*, tocaron tan bien como el flautista de Vaucanson, y esto porque, como él, no eran ellos quienes, en realidad, hacían sonar el instrumento. El sonido se armonizaba a las mil maravillas con sus movimientos mientras éstos se adaptaban a una corriente impetuosa que no estaba en su mano dirigir; pero, indefectiblemente, perecieron bajo sus olas cuando intentaron hacerle frente o contenerla.

Es necio imaginar la Revolución como la decisión libre y racional de un pueblo que quiere dictarse sus propias leyes y destinos. En el estallido trágico de la Revolución obraron fuerzas que el hombre individual no podía dominar ni aún conocer plenamente. Ni la dinámica histórica de los pueblos, ni su gobernación, en el sentido profundo de sus principios están al alcance de la libre convención de los hombres, sino que poseen raíces e impulsos que el hombre puede sólo acatar o, a lo sumo, encauzar.

De Maistre evolucionó en su concepto sobre la significación histórica de la Revolución. En su *Journal inedit* nos refiere cómo hubo de quemar su manuscrito *Lettres d'un royaliste Saboien* porque presentaba en él a la Revolución como un hecho circunstancial y efímero. Todavía en las *Consideraciones sobre Francia* nos la presenta como la expiación sangrienta de un inmenso crimen colectivo y de una gran rebelión intelectual, pero llegando al instante en que su propio desarrollo interno anuncia

ya el feliz desenlace de la restauración del orden religioso y monárquico. Más tarde comprenderá que la Revolución, aunque ajena a la voluntad de sus protagonistas, marcará fatalmente una nueva era en la historia de los hombres, y se lamentará en su *Discours a la Marquise de Costa*: "¡Desdichadas las generaciones que asisten a dos épocas del mundo!" Pero cualquiera que sea el relieve y trascendencia que otorgue a la Revolución, De Maistre se dió cuenta en seguida—y el primero—de las fuerzas ocultas y misteriosas que obraban en los mismos hechos que el sensismo racionalista de los enciclopedistas creía obra de la decisión constituyente de los franceses.

Las repercusiones de esta idea fundamental del pensamiento maistreano serán inmensas, principalmente a través de la difusión del positivismo, y ello tanto en el campo revolucionario como en el tradicional. En el campo revolucionario y en el del determinismo cientificista encontramos todo el inmenso desarrollo de la Sociología hasta nuestros días que arranca de la *Estática* de Comte, la cual a su vez se alimenta, según propia confesión, de aquella idea de De Maistre. El ideal cognoscitivo común a todas las sociologías es captar científicamente la estructura permanente de la sociedad y las leyes necesarias que guian su desenvolvimiento; y su ideal práctico o terapéutico estriba en amoldar la mentalidad de los hombres y la organización de sus relaciones a ese

acontecer necesario. Esta interna contradicción entre una estructura general determinista de la sociedad y una acción libre del hombre que sale a su paso para amoldarse a ella y utilizarla en su propio provecho, es común a los sistemas sociológicos y a los movimientos revolucionarios de cien años a esta parte. Esta mentalidad adopta dos modalidades bien diferentes en su espíritu, pero coincidentes en su fondo: o el místico entusiasmo por la naturaleza que inspira a los románticos el impulso panteista de identificarse con ella, suponiéndola animada de nuestro mismo espíritu[2], o el objetivismo físico matemático de los científicos, que no dudan en someter el espíritu a la realidad mensurable.

Es la misma ambigüedad que reside en la concepción general del marxismo, en el que la acción revolucionaria se emplea en anticipar y hacer consciente la irrupción de una nueva fase económica que en la dialéctica histórica *debe venir* necesariamente. El marxismo admite el individualismo y la época capitalista en cuanto respondieron a unas determinadas condiciones económicas y fueron fase preparadora del socialismo. En la actual interpretación del marxismo se encuentra claramente el concepto de la Revolución como una operación quirúrgica realizada sobre la humanidad para adaptarla al estadio definitivo y real de su progreso. En este sentido, Alessandro

[2] VIATTE, *Les sources ocultes du Romantisme*. París, 1828.

Levi y R. Mondolfo[8] han presentado a la revolución soviética como la auténtica expresión del humanismo. El marxismo, estrictamente racionalista y revolucionario en el sentido de liberar al hombre de los ídolos de pasadas épocas, y sincronizarlo con la dialéctica científica de las cosas, es la prolongación real del espíritu de la Revolución Francesa a través de la Convención y del positivismo comteano. Pero la idea de una estructura social subyacente, de muy diverso modo interpretable, pero inasequible para la mera ideación de los hombres, procede, como hemos visto, de De Maistre, a quien se la sugirió el espectáculo de la Revolución Francesa—todavía presente cuando escribía las *Consideraciones sobre Francia*—incapaz de crear nada estable, y constantemente superada por fuerzas que quizá ella misma había desatado, pero que de ninguna manera podía dominar ni aún conocer. Recientemente, Albert Camus ha trazado un extenso paralelo entre la filosofía de la historia de De Maistre y la de Marx, con analogías a las que califica de *frappantes,* paralelo sobre el que volveremos más adelante.

La influencia de esta idea de la obra maistreana sobre el pensamiento contrarrevolucionario y tradicional ha sido, como puede suponerse, mucho más directa, y exenta, en general, de interpretaciones desvirtuadoras aunque, por extraña paradoja, se haya ejercido, a veces, a través del positivismo de Augusto Comte. Aunque el influjo de estos primeros sistematizadores del tradicionalismo—De Maistre y Bonald especialmente—sobre el pensamiento contrarevolucionario no haya sido siempre el mejor, resultó, sin duda, decisivo en orden a la amplitud de sus horizontes y a la profundización de sus puntos de vista. Entre el primitivo legitimismo de salón, que no ve en la revolución más que un motín contra el poder legítimo, y el posterior tradicionalismo que se incorpora toda la génesis histórica del Antiguo Régimen y ve en la revolución la conculcación de un orden natural tradicionalmente evolucionado, media un abismo en cuya trasposición se debe mucho a aquella visión maistreana de los hechos, todavía calientes, de la Revolución Francesa. Este punto de vista no anula en estas concepciones el restauracionismo legitimista de las primeras, pero esa restauración legítima adquiere un sentido político social mucho más hondo. Ya no será la Revolución solo un inmenso motín histórico, una lesión radical contra el principio de autoridad, cuyas funestas consecuencias solo evitará la restauración de esos derechos soberanos, sino que constituirá, además, la ruptura con un orden tradicional y consuetudinario, obra histórica muy superior a las posibilidades humanas de organización, cuya sustitución por un tosco artificio constitucional significará un inmenso retroceso en la vida

[8] Levi, A., *Una interpretazione del Materialismo Storico,* "Riv. di Fil.", II de 1931. Mondolfo, R., *Sulle orme di Marx.* Bolonia, 1920.

política de los pueblos. Y la reposición legitimista tendrá el sentido de un poder clave para la restauración de todo un mundo institucional que crearon los tiempos y las generaciones con la holgura, arraigo y sentido humano de lo que es obra de la naturaleza regida por la Providencia. De tal modo llegó De Maistre a penetrarse de esta idea ante el panorama de la Europa revolucionaria, destructora de milenarias formas de vida, que en algún momento llegó a presentir la imposibilidad de restaurar aquel orden por haberse roto su continuidad, y lo inevitable de formas nuevas de coexistencia después de las catastróficas experiencias a que conducirá fatalmente la Revolución. "Todos nuestros proyectos—escribía en 1807 al Conde de Blacas—nos escapan como monos, todos los héroes se desvanecen. He conservado, mientras pude, la esperanza de que los leales serán llamados a reconstruir el edificio, pero me parece que nuevos obreros se adelantan en la profunda obscuridad del porvenir y que la Providencia dice: *"Ecce nova facio omnia*[4]."

El punto de máxima influencia de esta idea en el pensamiento contrarrevolucionario corresponde a la obra de Charles Maurras y al movimiento de la Acción Francesa, que tanto deben al *Sistema de Política* de Augusto Comte. Para Maurras, como es sabido, la génesis de la sociedad se realizó en dos tiempos, o mejor, en dos procesos independientes que responden a diferentes causalidades: la formación de la sociedad desde la familia hasta la nación es para él un fenómeno natural *cuasi* biológico, que se realiza de acuerdo con leyes científicas; sobre esta materia obligada—*datum* de la realidad—, el espíritu, regido por la libertad y la moralidad, actúa después para elevar la vida colectiva a un nivel más alto de espiritualidad y cultura: es el dominio de la civilización. Lo logrará si, respetando las leyes y la naturaleza de aquella materia preexistente, las prolonga y perfecciona. Fracasará si, ciego a esas realidades naturales, intenta construir un sistema puramente racional que las contradiga. El pensamiento clásico y ortodoxo del tradicionalismo ha hechazado, en general, esta contraposición entre *sociedad* y *civilización* o *naturaleza* y *espíritu*. La tradición aristotélicotomista, que le ha servido de más frecuente y común asidero, reconoce en la sociedad un producto de la naturaleza entera, es decir, una conjunción armónica y tradicionalmente forjada de tendencia ciega, instinto e inteligencia, que constituyen los planos o estratos de la naturaleza humana. Es decir, que hasta en la más pequeña y primitiva célula social puede reconocerse el sello del espíritu y, con él, de la moralidad, del obrar libre y finalista propiamente humano. Sin embargo, en todas las concepciones posteriores del tradicionalismo ha pervivido, como un elemento medular, la idea de que la vida social y

[4] De Maistre, J., *Oeuvres Completes*. Lyon, 1884. t. X, página 405.

política del hombre no se halla abandonada a la arbitrariedad de sus convenciones personales o colectivas, sino que posee, como su ser individual, unas determinaciones naturales y un modo histórico y tradicional de evolucionar, formas generales y hábitos que, cuando se paralizan o se sustituyen por artificiosidades convencionales, producen un estado violento y anómalo en la sociedad, cuya perduración es causa de atrofias e hipertrofias que afectan a la vida y al carácter de los individuos miembros. De esta tesis participa, por ejemplo, uno de los mejores entre los pocos libros de teoría política publicados en España en los últimos años: *Cristiandad, Tradición, Realeza,* de Luis Hernando de Larramendi [5].

* * *

José de Maistre, el hombre.

José de Maistre nació en 1735, súbdito del rey de Saboya. Aquel reino, que comprendía el Piamonte, la Saboya y Cerdeña, era entonces ejemplo típico del pequeño país entre vecinos poderosos, víctima en su interior de una supremacía militar sólo compatible con un ambiente de incultura y apretado provincianismo. El espíritu de De Maistre, cultivado y sintético, había adquirido allí esa ironía impaciente, desdeñosa y ligeramente amarga, que es común a los grandes hombres que han de crecer entre mediocridades. Como todos los que viven intelectualmente encerrados en sí mismos, De Maistre habrá de hacerse sistemático, de ideas precisas y absolutas sobre todos los puntos, con ese dogmatismo clarividente de quienes no se ven de contínuo interferidos por otras mentalidades y otros puntos de vista. Su rostro, de grandes y enérgicas facciones, se conserva en un busto del castillo de Bissy, cincelado en piedra como en su mejor elemento. Su familia tenía en torno a él la cohesión, el respeto jerárquico y reverencial de una familia bíblica. Sin embargo, por debajo de la rígida disciplina de su mente y de su conducta, frutos de su educación y de su ambiente, el espíritu de De Maistre se conservó siempre sensible, lleno de comprensión humana y de ternura. Su epistolario [6], el testimonio de su hija Constanza, la preocupación, revelada hasta en sus últimas obras, por un desdichado al que no pudo, siendo fiscal ante un tribunal militar de Saboya, salvar de la horca, nos revelan este fondo de su carácter, tan en oposición con el De Maistre que nos pintan la mayor parte de sus biógrafos. El apologista de la guerra, el defensor de la pena de muerte y de la represión religiosa, el maquiavélico de la razón de estado, "ca-

[5] Madrid, 1952.

[6] LATREILLE, *Lettres inédites de Joseph de Maistre.* "Revue Bleue", mayo 1912. ID., *Les derniers jours de J. de Maistre.* "La Quinzaine", 16 julio 1905.

tólico porque monárquico" [7], y tantos y tantos tópicos con que se ha trazado la imagen de un De Maistre fanático y cruel, desaparecen con la sola comprensión de su obra y de sus motivos interiores, y no queda de esa imagen más que un cierto apriorismo histórico que es fruto, precisamente, de su profunda vivencia de la fe religiosa, que llegó a constituir en él una segunda naturaleza, reflejada lógicamente en su obra.

Así, por ejemplo, De Maistre ha profetizado el advenimiento del bolchevismo en razón del envilecimiento del clero ruso, ocupado solo de la liturgia, y de la petrificación de aquel medio religioso separado del tronco vivo de la Iglesia: cuando un pueblo semibárbaro decae en su principio civilizador y se aplica sobre él la fuerza ciega de la ciencia y de la técnica modernas, se ve necesariamente abocado a la gigantesca barbarie que es hoy el socialismo soviético. Ha profetizado también que, cuando en un país se otorga al ejército el derecho a la sublevación contra el poder, aunque en un caso sea justa, en tal país ya no gobernarán nunca más que los militares. Para estas y otras muchas clarividentes profecías, De Maistre se ha valido de una feliz conjunción entre su razón natural y los principios de su fe, sagazmente interpretados. En cambio, ha errado al asegurar, con el mismo énfasis, que Wáshington no sería nunca la capital de los Estados Unidos, porque la convención de los hombres no puede crear lo que solo la tradición y la Providencia disponen a lo largo de la vida de los pueblos; aquí, una vivencia absoluta de su fe y de sus principios le hacen incurrir en apriorismo histórico al pasar por alto que, aunque un principio sea cierto, puede no ser de aplicación en una situación concreta porque el entrecruzamiento en ella de factores diversos no nos permite juzgarla exactamente.

La fe, como hemos dicho, constituyó en De Maistre una segunda naturaleza; es, sin duda, uno de los pocos pensadores verdaderamente religiosos de la edad contemporánea. Para él, la fe es una fuente de conocimiento y de progreso que utiliza paralelamente a la razón; nada hay en su espíritu de esa limitación de horizontes que el agnosticismo kantiano primero, y el positivismo después, han impreso en el pensamiento moderno, incluso católico. Actitud ésta que relega el papel de la fe a comprobaciones posteriores o a ligeras conciliaciones apologéticas, más forzadas que vivas y reales [8]. Para De Maistre, la fe del cristiano es todo un medio de ver, de coordinar y conferir vida y sentido a las conclusiones de la razón, en forma tal que, según él, ninguna construcción racional

[7] ROCHEBLAVE, *J. de Maistre. L'homme, l'oeuvre.* "Revue Bleue", noviembre-diciembre 1892. REVON, M., *Joseph de Maistre.* "Nouvelle Revue", diciembre, 1892.

[8] REMUSAT, CH., *Le traditionalisme: Bonald et de Maistre.* "Revue des Deux Mondes", junio, 1857.

puede llegar a proporcionarnos una idea global y coherente del universo. El hombre religioso, en cambio, cuando piensa e investiga dentro de la vivencia íntima de su fe, puede utilizar sin temor todas las otras fuentes de posibles conocimientos, no solo la razón abstractiva (cuyo campo es para De Maistre la ciencia físico-matemática), sino incluso las ciencias ocultas del iluminismo y la mística, en las que se hallan a menudo restos más o menos desviados de la tradición y sabiduría primitivas. Es curioso que De Maistre tuviera fama de liberal y progresivo entre sus contemporáneos, al menos en muchos sectores: su ascensión en uno de los primeros aerostatos acompañado de su hermano Javier y sus relaciones con los grupos iluminados y masónicos de Lyon fueron el motivo; pero uno y otro aspecto de su comportamiento se explican fácilmente por ese activismo íntimo de su fe y la consiguiente aceptación de cualquier fuente de experiencia cognoscitiva [9].

Pero la fe no era para De Maistre solo un medio de luminoso y revelador conocimiento, sino, por su misma vivencia total, un hito inmóvil y un puerto seguro que prestaría a su pensamiento la continuidad y rectitud más perfectas. La segunda característica de De Maistre es la lealtad y disciplina interior, y ello tanto en su actuación política como en su obra intelectual. En la azarosa existencia de su pequeño

[9] Descostes, *J. de Maistre avant la Révolution.* París, 1919.

país durante los años de su vida política, De Maistre fué consciente de su desorganización e incultura, y asimismo escogió el exilio voluntario en la época de la ocupación revolucionaria, y conoció en los años de San Petersburgo, como embajador del rey Sardo, el abandono y el olvido por parte de su gobierno; sin embargo, lo sufrió todo en silencio, permaneciendo siempre fiel a la legitimidad de su soberano y negándose en todo momento al desaliento y a la inhibición política [10].

En la aventura intelectual que es la obra de De Maistre se señala la misma fidelidad y consecuencia interior a ultranza: sin ella, el primer gran sistematizador del pensamiento antirrevolucionario no hubiera podido llegar al término coherente y trabado que es su obra. Se ha hablado reiteradamente de una especie de conversión en la vida De Maistre, conversión, al menos, a una actitud más ortodoxa y de estricta observancia. El De Maistre de las *Veladas de San Petersburgo*—se ha dicho—no es el de Chambery, ávido de arcanos iluministas e interesado en escuelas ocultistas y francmasónicas [11]. Sin embargo, Guyau primero [12] y Dermenghem más tarde [13] han demostrado, exhumando la documentación

[10] Mandoul, L., *J. de Maistre et la politique de la Maison de Savoie.* París, 1900.

[11] Vermale, *Notes sur J. de Maistre inconnu.* París, 1902.

[12] Guyau, G., *La pensée religieuse de J. de Maistre.* París, 1921.

[13] Dermenghem, *J. de Maistre mystique.* París, 1923.

familiar del Conde, cómo tal conversión no existe, sino que esa evidente diferencia nace sólo de la necesaria síntesis final de su obra, síntesis prevista por el principio religioso que desde el comienzo la presidió. Se ha supuesto que en las *Veladas*, *el Conde*, en su postura de catolicismo estricto y ortodoxo, representa al De Maistre de la última época, al paso que el *Senador*, místico martinista, era la imagen del De Maistre juvenil de otro tiempo. Pero la verdad es que la situación real del autor se encuentra entre ambas posiciones o, más exactamente, realizando la síntesis de una y otra. Para De Maistre, la profesión y la vivencia íntima de la fe católica es un talismán seguro para poder lanzarse a buscar por todas partes los aspectos de verdad o los rayos de luz que puedan hallarse, nunca el cómodo refugio en un puñado de dogmas y en una autoridad infalible que nos ahorre la curiosidad y el empeño en el descubrimiento de la verdad. Pero, al cabo, es también el reducto definitivo al que ha de volverse con el botín de iluminaciones o de decepciones que el mundo circundante nos haya deparado. Y esta es, precisamente, la situación del De Maistre de la última época: el cumplimiento leal y consecuente de su método de investigación.

Podría pensarse que esta visión de las cosas desde una íntima mentalidad religiosa y esta constante lealtad, determinarían en De Maistre un dogmatismo de sistema cerrado en la esfera políticosocial.

Nada, sin embargo, más lejos de su espíritu: la tercera característica de su pensamiento es un experimentalismo histórico, e, incluso, un cierto pragmatismo, aplicados sobre todo al terreno práctico de las realidades políticosociales. "No hay—escribe en 1802—más que una política buena, como no hay más que una buena física: la política experimental." La Providencia ha dado al hombre una forma normal de obrar en colectividad, como le ha dado una lógica a su pensamiento; pero ni una estructura ni otra predeterminan la libre concreción que el hombre dará a su sociedad o a su pensamiento. "La política—añade en otro lugar—está infinitamente por encima de eso que hemos convenido en llamar ciencia." La acción de la Providencia se manifiesta de modo especial en los orígenes de las sociedades históricas, allá donde la historia se confunde con el mito, y también en los períodos críticos y tempestuosos de su evolución, sea procurando su expiación, sea potenciando la acción salvadora digna de esa ayuda. En aquellos oscuros orígenes ella facilitó el establecimiento de una legitimidad, la aparición del lenguaje, de las instituciones políticas y sociales básicas, etc. En cada sociedad histórica la existencia de una legitimidad, de un lenguaje, de unas instituciones connaturales a su vida, es un hecho: puede disputarse sobre su origen, su antigüedad, sus títulos o su modo de aparición, pero no puede negarse su existencia. Sin embargo, la concreción y la posterior

evolución de cada sociedad dependen de los hombres, de los acontecimientos históricos, de la adaptación, siempre nueva y original, a los lugares y a los tiempos. Ningún terreno más ajeno que este a cualquier género de dogmatismo. Es característico el desprecio que De Maistre sentía por los supuestos "dogmas nacionales"[14], por el nacionalismo "que toma a la Nación como fin de sí misma y le rinde culto idolátrico", por las *Constituciones Políticas* contractuales y racionalistas.

Es curioso que quien, por su tradicionalismo a ultranza, más habrá recibido la acusación de dogmatismo e inflexibilidad de sistema, es precisamente el defensor de la flexible, consuetudinaria y libre creación histórica de las constituciones naturales de los pueblos[15]. En 1812, a raíz de la primera Constitución revolucionaria en España, se editó un "Catecismo Político"[16] para explicar al pueblo en preguntas y respuestas didácticas el *sistema sabio y definitivo* del Gobierno Constitucional. Y en los países totalitarios se explica en las escuelas, como una asignatura fundamental, la esencia de la Patria o del Estado, sus atributos, y sus procesiones místicas.

[14] DE MAISTRE, *o. c.*, t. XIV, pág. 361.
[15] DE MAISTRE, *Essai sur la principe générateur des constitutions.* Lyon, 1822.
[16] *Catecismo político arreglado a la Constitución de la Monarquía española. Para ilustración del pueblo e instrucción de la juventud.* Madrid, Imp. de Repollés, 1812. Zaragoza, Imp. Miedes, 1820.

¡Qué desprecio hubiera experimentado por todo este rudísimo formulismo, el pensador de la *continuidad* en Sociología, precursor, en cierto modo, de Bergson, que había de defender la misma idea en Metafísica!

Para De Maistre la génesis de los pueblos y de sus verdaderas constituciones políticas es un proceso flúido y complejísimo que hunde sus raíces en la secreta sabiduría de los tiempos, que se nutre de las aportaciones, aún inconscientes de todos, y que se ordena bajo la acción de la Providencia que, sin menoscabar la libertad de los agentes y del proceso mismo, le depara un sentido trascendente para la finalidad y aun comprensión de los hombres. La sociedad no es una convención racional de los individuos, como pretendía Rousseau: éstos no pueden crear nada en el orden social si no es identificándose con el espíritu y la tradición de su pueblo e interpretándolos. Tampoco es un producto de la fuerza, como supuso Hobbes: nunca la fuerza sola creará el derecho ni el respetuoso acatamiento. La consecuencia de esta concepción plenamente abierta y plenamente histórica es un pragmatismo reducido a sus límites naturales, pragmatismo bien diferente del escéptico y absoluto que con William James se asociaría después a la psicología de la continuidad sin substancia.

Ningún dogmatismo en este terreno político, ni aun en el metafísico, fuera de la fe en Dios y en

su Providencia existe para De Maistre, sino como acabamos de ver, un impulso generador del que es parte y efecto la formación de los pueblos, que está *por encima de eso que llamamos ciencia* (es decir, el dominio de los conceptos estáticos, de las leyes físico-matemáticas). Este proceso se conoce por sus obras y por su impulso creador y adaptador, no por la estrecha necesidad de sus principios. "La verdadera civilización—dice—es la que nos hace mejores y más dichosos." La religión misma ha de ser también fuente de impulso y vida interior: de aquí su proclividad hacia los movimientos místicos y animistas, siempre sobre el cimiento de la ortodoxia católica que considera el tronco vivo y vivificante de todo el gran árbol del Cristianismo; de aquí también su profecía de la revolución bolchevique y del siniestro poder soviético sobre el suelo de Rusia, precisamente por haber abandonado su Iglesia el tronco vivo del catolicismo y haberse petrificado en el formalismo inerte de la liturgia y de los ritos.

Pero la comprensión de estos temas excede a un análisis de la actitud y el carácter de De Maistre y requiere una penetración en los principios mismos que inspiraron su obra.

* * *

La teoría del conocimiento maistreana.

La concepción de De Maistre se sustenta sobre dos teorías, estrechamente relacionadas entre sí, que son su teoría del conocimiento y la idea de un comunitarismo radical, que se aplica tanto a la génesis de la cultura humana como de la sociedad. Ambas teorías, epistemológica una y social la otra, se basan a su vez en una metafísica implícita que concilia un activo sobrenaturalismo de la fe con las consecuencias más realistas y empíricas en la vida y la obra de los hombres.

La primera de estas teorías maistreanas—la del conocimiento—se opone directamente a la idea fundamental de la cultura moderna—el racionalismo—que, aunque incluye toda una metafísica, se expresa también en una teoría gnoseológica. No hay que olvidar que la obra de De Maistre se inicia como una crítica de la Revolución Francesa, de la que fué espectador; pero para él, sus orígenes no estaban en Voltaire y los enciclopedistas—desdeñables como epígonos—sino en Bacon y Locke, los primeros sistematizadores racionalistas. El racionalismo, que adopta mil formas a lo largo de la filosofía moderna, afirma la unidad de lo real y su íntima estructura racional: *el secreto de la naturaleza se halla escrito en signos matemáticos*, es decir, racionales. El racionalismo es también el principio metódico de la ciencia

moderna: la existencialidad fáctica de los datos de la realidad es sólo un modo imperfecto, nuestro, de ver lo que en sí mismo es esencial y deductible, porque la realidad es un desarrollo necesario de la racionalidad. Tampoco tienen realidad para esta concepción la pluralidad de esferas de lo real o, más exactamente, los órdenes suprarracionales que suponen para la inteligencia un *misterio*. Si, ciertamente, no se puede adquirir la omnisciencia, no es porque existan barreras radicales o superposición de planos de lo real, sino por la limitación inherente a nuestra individualidad; es decir, no se trata de una imposibilidad *teórica*, sino práctica. Pero la marcha del pensamiento debe ser un constante aproximarse a esa omnisciencia teóricamente posible; y en eso consiste el ideal del *Progreso* y sus consecuencias: la negación del misterio y la reducción a una problemática concreta, positiva, que constituyen la actitud intelectual del cientificismo. Para una inteligencia absoluta—sobrehumana, pero de la misma naturaleza que la nuestra—la realidad entera aparecería con la claridad y evidencia interna de un teorema matemático. La existencia se reduciría a esencia, el pasado sería deductible y el futuro previsible.

De Maistre, adelantándose casi un siglo en muchos aspectos a lo que ha sido la crisis del racionalismo, sostiene la incognoscibilidad por vía racional, no sólo de los datos existenciales de la realidad física, sino de los hechos últimos como la elasticidad o la

gravitación[17] que la ciencia registra pero no puede explicar. Para él, "cada ser activo ejerce su acción en el círculo que le ha sido señalado y del que nunca podrá salir". El animal tiene su dominio, reducido a la sensibilidad; y su conocimiento, por perfecto, múltiple y aguzado que sea en este orden, nunca podrá llegar al concepto intelectual, es decir, al propiamente humano. La sensibilidad y el instinto son como la asíntota de la razón: pueden aproximarse indefinidamente a ella sin llegar nunca a coincidir. ¿No puede concebirse, a su vez, nuestra razón como la asíntota de un conocimiento y de un espíritu superiores que representen con respecto a ella lo que la razón representa respecto al conocimiento animal? Habría así superposición de estratos de conocimiento dentro de una unidad y continuidad de lo real: para los seres de un estrato inferior las categorías y realidades del orden superior resultan, no sólo inasequibles, en su uso y comprensión, sino incluso inimaginables. Pero, a su vez, en este mundo puede hallarse la clave de lo que para aquellos seres es un misterio. El hombre no puede explicarse, por ejemplo, la participación de todos los hombres en el pecado cometido por uno solo, Adán. La justicia divina se diferencia radicalmente de la nuestra y, con ella, la providencia que Dios ejerce se opone a menudo a lo que dictaría la prudente previsión del hom-

[17] DE MAISTRE, *Veladas de San Petersburgo*, 11.ª conv.

bre. La justicia humana se basa en la responsabilidad individual, al paso que la divina lo hace en la reversibilidad de los crímenes del pecador sobre el inocente. En la mente de los hombres de todos los pueblos y épocas se halla, oscuramente, la idea de la expiación colectiva y de los sacrificios propiciatorios y expiatorios en que víctimas inocentes se inmolan en reparación de ofensas que no cometieron. El sacrificio de Cristo, en el que el Supremo Justo derrama su sangre por el pecado de toda la Humanidad, es el ejemplo supremo de la justicia divina. El espíritu humano nunca hubiera forjado esa idea del poder de expiación de la sangre. "El calvario, sin embargo, responde a esa creencia ancestral de la Humanidad: Las efusiones anteriores no son sino prefiguraciones suyas. Todo fué consumado cuando la cruz se elevó para atraerlo todo hacia sí. El velo del templo se rasgó, y el gran secreto del santuario, rasgado, hizo comprender, al fin, porqué el hombre había buscado siempre su regeneración en la sangre" [18] o su purificación en el terror. La pena de muerte, explícita o vacilantemente admitida por todas las sociedades, aún por la cristiana, sólo puede tener como fundamento esa obscura pero universal idea de la expiación por la sangre, que debe inclinar al mismo criminal a solicitar la expiación con su propio sacrificio [19].

[18] De Maistre, *o. c.*, 9.ª conv.

[19] De Maistre, *o. c.*, 3.ª conv.

Esta ley de reversibilidad explica los castigos bíblicos sobre pueblos enteros, y también las matanzas modernas, como la Revolución Francesa y las por venir (para De Maistre), en las que tantas víctimas inocentes pagan por crímenes que no son suyos. La constancia de las guerras y la inanidad de los esfuerzos de la prudencia humana por suprimirlas responden, también, sin duda, a esa justicia superior. La razón humana sólo puede intuir vagamente, guiada por la fe, la idea de una comunidad originaria ante cuya solidaridad radical pierde su sentido absoluto la justicia individualista de los hombres. Pero esta idea comunitaria es, como hemos dicho, el otro de los principios de la concepción maistreana, y de él nos ocuparemos más adelante.

La afirmación de la unidad y continuidad de lo real, aún estratificado en planos de conocimiento, separa radicalmente a De Maistre de todos los fideístas y tradicionalistas, que confieren a la fe ciega y a la autoridad la clave del verdadero y profundo conocimiento. Para De Maistre, así como no puede negarse autenticidad dentro de su orden al conocimiento sensible y al instinto de los animales, también la razón penetra el conocimiento de lo real en un estrato de mayor profundidad y aproximación. Más aún: la razón es asimismo un instrumento para alcanzar un cierto conocimiento del orden superior y resolutivo, con tal que esté guiada de la fe y sea consciente de su propia incapacidad para un pleno y ade-

cuado conocimiento. A este efecto, De Maistre traza toda una teoría del conocimiento analógico para avanzar en este terreno [20]. A este mismo efecto, no desdeña, siempre desde el reducto de la fe, de estudiar las fuentes del ocultismo y del misticismo esotérico, con la esperanza de encontrar en su seno las "iluminaciones repentinas", los vestigios de la revelación primitiva y de la tradición que puedan abrirle cauces para ese penetrar analógico en un orden superior, ante cuyo conocimiento el de los sentidos y el de la razón aparecen como meras aproximaciones relativas a nosotros mismos. "El mundo es un ensamblaje de apariencias en el que el menor fenómeno (material) responde a una realidad (espiritual)... Los objetos materiales no son lo que veo..., pero lo que veo es real en relación a mí mismo, y es bastante para mí el ser así conducido hasta los confines de un mundo en que yo creo firmemente sin verlo" [21].

En toda esta construcción, De Maistre acentúa, sin duda, frente al racionalismo imperante, las limitaciones de la razón y los aspectos diferenciales de los estratos ónticos y gnoseológicos; pero los principios de esta metafísica sobrenaturalista son comunes a toda la filosofía cristiana y pueden hallarse implícitos aún en el tomismo, el más intelectualista

[20] DE MAISTRE, *o. c.*, 4.ª conv. PAULHAM, *J. de Maistre et sa philosophie.* París, 1893.
[21] DE MAISTRE, *o. c.*, 5.ª conv.

de los sistemas escolásticos. Santo Tomás, en efecto, admite un conocimiento por *connaturalidad* con las cosas, que suple a menudo a nuestra inteligencia, sugiriéndonos un horizonte y un mundo más amplios que los que dibujó nuestra razón. Por otra parte, la *luz de gloria* determinará en nosotros un *medio*—el de la visión beatífica—tan superior al nuestro como, según él, lo es el que determina el entendimiento agente sobre el mundo del animal. En fin, conocido es el éxtasis místico del santo de Aquino, tras el que hubo de declarar su imposibilidad de proseguir su obra filosófica porque cuanto había escrito era paja ante sus ojos: estas palabras no suponían, ciertamente, una rectificación de su pensamiento, pero sí sugerían la reducción del mismo a lo que De Maistre llamaría asíntota de un conocimiento superior y resolutivo.

La ciencia moderna es para De Maistre la realización histórica del racionalismo. "¡Ah, qué caras le han costado al hombre las ciencias físiconaturales!"—exclama en las *Veladas*. No le costaron menos que la negación del orden sobrenatural y de la vida religiosa, que es la inserción del hombre en el plano real y superior de las cosas. La Ciencia no es para De Maistre el orden riguroso del moderno saber físicomatemático, con su concreción empírica y su autolimitación metódica de horizontes. Esta actitud sanamente científica—o *positiva*, en el lenguaje de Comte—hallaría buena fundamentación en su teo-

ría de los planos del conocimiento, que asigna a la razón, como campo propio, el físicomatemático: sabido es cómo se interesó personalmente en los descubrimientos científicos de su época. La autolimitación de la Ciencia, en el sentido que es objeto de su crítica, no nace de ese designio metódico, sino de una subyacente metafísica, que es precisamente la del racionalismo. La ciencia moderna no se limita a unos datos científicos y verificados cuantitativamente porque reconozca que ese es su solo dominio adecuado, sino porque niega todo género de conocimiento superior y ve en su propio progreso el del conocimiento absoluto, es decir, el *Progreso,* con mayúscula.

De este modo, los científicos modernos, "ridículamente orgullosos de unos cuantos descubrimientos infantiles, se guardan celosamente de llegar a preguntarse una vez en su vida lo que son y cuál es su puesto en el Universo... Todo es importante para ellos, excepto la sola cosa importante" [22]. De Maistre, cuyo pensamiento se asemeja en tantos puntos al de Comte, se encuentra en la más extrema oposición con el positivismo en lo que respecta al valor de la Ciencia considerada como conocimiento resolutivo. El espíritu cientificista convierte al espíritu humano en "un barbecho que nada produce, ó que se cubre de plantas espontáneas, inútiles para el hombre"; y estas plantas, "mezclando y entrelazando sus raíces, endurecen el suelo y forman una barrera entre el cielo y la tierra" [23]. El hombre, encerrado bajo esa barrera, no puede llevar una vida verdaderamente humana ni alcanzar el verdadero, útil y significativo conocimiento del que ateísmo y escepticismo son los principales enemigos. "Las teorías materialistas no satisfacen en modo alguno a la inteligencia... ; los movimientos del Universo no pueden explicarse por leyes matemáticas" [24]. Pero el espíritu científico y su consecuencia, la técnica maquinista, que son para De Maistre la realización del racionalismo, no han sido sólo una actitud de los científicos, sino que han impregnado toda la vida de los hombres, sus preocupaciones, sus relaciones y la organización de sus Estados, cada vez más tecnocráticos. El activismo deambulatorio de la época presente, en la que los hombres parecen aplicados a su agotador trabajo industrial o burocrático con el solo objeto de adquirir máquinas que aumenten o faciliten el ritmo vertiginoso de sus existencias, faltas de interioridad, fué previsto por De Maistre en los años iniciales de la Revolución Francesa. "En los Estados modernos —dice—la administración de las cosas se ha perfeccionado a costa de la de los hombres y la preocupación por lo material excede, con mucho, a la de lo moral. Se trata, sobre todo, de inventar máquinas

[22] De Maistre, *Mémoire à Brünswick* (inéd.).

[23] De Maistre, *o. c.,* 10.ª conv.
[24] De Maistre, *o. c.,* 11.ª conv.

para satisfacer la industria del hombre, más los hombres no serán sino máquinas... La sociedad en Europa se halla en un estado violento"[25]. "Si cedemos a la nueva idolatría del cientificismo, los males que nos esperan son incalculables; seremos embrutecidos por la ciencia, y este es el último grado de embrutecimiento"[26]. "La religión de la ciencia—en fin— es la más hipócrita de las supersticiones, y también la más nefasta, porque no tiene fuerza para crear y pierde, además, todo contacto con la razón general, con la tradición, con la realidad profunda"[27]. Pero esta referencia a la *razón general* y a la tradición, igualándolas con la realidad profunda que trata de alcanzar el verddero conocimiento, nos coloca ante la, segunda de las concepciones que son base de su sistema: el comunitarismo social y religioso.

* * *

La idea de comunidad.

La idea de la unidad y solidaridad humanas tiene en De Maistre raíces profundamente religiosas, pero el carácter fundamental que posee en su sistema responde, por vía de oposición, a la primera de las concreciones prácticas del racionalismo: la difusión del

[25] DE MAISTRE, *La legislación primitiva,* I, II, cap. 12.
[26] DE MAISTRE, *Essai sur le principe générateur,* cap. 39.
[27] DE MAISTRE, *o. c.,* 8.ª conv.

espíritu individualista. Para De Maistre, el protestantismo fué una primera manifestación del racionalismo en el terreno religioso. Con el libre examen, con la negación del valor comunitario y definidor de la Iglesia, así como de los sacramentos como lazos reales entre este mundo y el sobrenatural, el protestantismo crea un individualismo religioso que termina lógicamente en el deísmo y la irreligiosidad. El verdadero y primitivo cristianismo ha mantenido siempre el espíritu eclesiástico, la comunión de los santos, el valor comunitario de la oración y del culto. El racionalismo es, para De Maistre, un verdadero protestantismo filosófico, destructor, como tal, de las fuentes más profundas del conocimiento y creador de un individualismo que mata las esencias más reales de la sociabilidad.

No hay más que leer los primeros capítulos de las *Consideraciones sobre Francia* para darse cuenta del desprecio de su autor por la voluntad de la mayoría y por la opinión pública. Cada hombre no tiene una opinión fundada más que sobre el reducidísimo sector de su competencia. La masa, la opinión mayoritaria, es sólo una suma inmensa de incompetencias, que sólo puede aprovechar para el mal. "El pueblo es siempre un menor, siempre loco, siempre ausente". Su opinión momentánea es imprevisible, cambiante y sin sentido; sólo su furia, generalmente a destiempo, puede ser un factor en la historia. Esto parece en abierta contradicción con la apelación casi

constante de De Maistre a la ***razón general*** o al ***sentido común***, de forma casi coincidente con el adagio clásico: ***vox populi, vox Dei.***

La contradicción, sin embargo, se resuelve en el seno de su teoría comunitaria del espíritu humano y de la sociedad en su origen. Es preciso distinguir entre la multitud y la comunidad, entre la opinión multitudinaria y la razón general. La multitud—que hoy llamaríamos *masa*—es una suma de individualidades, coincidentes ahora y aquí, en una adición inorgánica, gregaria. A ella se aplican las célebres leyes de Gustavo Le Bon sobre la resta de inteligencia y la suma de sentimiento; a ella también la "adición de incompetencias" de que nos habla De Maistre. La multitud es el sujeto de la opinión pública; es algo inasible e irresponsable, que cambia sin cesar y no conserva memoria ni conciencia colectiva. Todos sus miembros, aún los más fanáticos de un día, se ven íntimamente diferentes de ella y, lejos de reivindicarla, se sienten ofendidos con el dictado de *multitud* o, simplemente de *gente*.

Cuando nuestra consideración se detiene, no en la multitud amorfa, sino en la colectividad presidida por una jerarquía natural, estructurada en instituciones creadas a lo largo de los siglos en procesos espontáneos de adaptación y evolución, el valor que cabe otorgar a la *voz del pueblo* o al juicio común de la colectividad es muy otro. En dos sentidos diferentes otorga De Maistre a este consentimiento

general el rango de un criterio de verdad, muy superior al de la razón individual, en virtud del cual ni el mal ni el error pueden alcanzar la perennidad y la universalidad de lo que ha penetrado en las tradiciones históricamente actuantes: según uno de ellos, la naturaleza humana no sólo *tiende* o *desea* de acuerdo con lo que conoce, sino que, en su estrato más profundo, tiende también, como cualquier ser de la naturaleza, hacia su bien en virtud de su propia forma natural; y estas tendencias ciegas y espontáneas—las más comunes y generales—no pueden errar en su fin, puesto que es el Creador quien les ha impreso su propio dinamismo teleológico. En este sentido reza el conocido aforismo escolástico: *desiderium naturae non potest esse inane*. La universalidad o permanencia de un juicio o creencia es, así, un criterio estimado por la Iglesia, incluso para las definiciones dogmáticas: aunque una creencia constante y universal pueda estar envuelta, aquí u otrora, en tales errores o desviaciones, si le quitamos lo que es local o temporal, eso común que resta es una verdad. Es en este sentido, el más radicalmente comunitario por basarse en la comunidad de todos en la naturaleza humana, en el que la ***razón general*** de De Maistre coincide con el *sentido común* de Balmes, oposiciones ambas a la razón individual del racionalismo y de las convenciones revolucionarias [28].

[28] Vid. mi artículo *El pensamiento social de Balmes*. Revista "Reconquista". San Paulo, vol. 5, núm. 2.

La creencia general es, así, verdadera, ante todo, por representar a la naturaleza humana, y es también en este sentido como Lamennais trata de combatir "el *sentir privado* de los filósofos, de los deístas y de los ateos, con el *sentir común* de los hombres o la autoridad del género humano, como el catolicismo combate el *sentir privado* de los herejes con el *sentir común* de los cristianos o con la autoridad de la Iglesia". O se duda de todo, o hay que edificar sobre ese cierto número de verdades que los hombres han creído en todos los tiempos de un modo cierto e invencible.

Pero en un segundo sentido es también la razón general un criterio de verdad y una pauta directiva para el pensamiento de los hombres y el gobierno de los pueblos: la conciencia universal de la humanidad en razón de su origen divino y de la revelación primitiva, posee una especie de memoria colectiva inconsciente que acerca al hombre a la esencia profunda del Cosmos mucho más que la razón individual cartesiana. Y, en el orden social, los mismos hechos dan lugar a que la evolución de los acontecicimientos históricos y la génesis natural de las instituciones políticas respondan a una inspiración profunda y a una espontaneidad interior, inasequibles para esa razón pseudocientífica [29].

A pesar de tantos juicios admitidos a la ligera so-

[29] DE MAISTRE, *o. c.*, 9.ª conv.

bre este aspecto, no puede verse en esta concepción de De Maistre ningún modo de fideismo o de tradicionalismo filosófico. La razón es para De Maistre un instrumento perfecto—y el único a nuestro alcance—para llegar a la verdad, pero siempre que se le maneje de acuerdo con su propia ley, que es la ley del Universo; es decir, dentro de lo que Scheler ha llamado la unidad de lo vital (*Einsfünlung*). Si, en cambio, es empleada por el individuo en rebelión, con una subyacente concepción antropocentrista o racionalista, la misma razón conducirá a las mayores aberraciones. De Maistre no se cansa de reprochar a Bacon y Descartes la excesiva separación entre la fe y la razón que hace a aquélla inoperante y a ésta desviada. El pensamiento maistreano aparece desde este ángulo como una concepción positiva y comprensiva frente al negativismo limitador del cientificismo racionalista, creador de compartimentos estancos y de prejuicios metódicos [30].

Trasladada esta idea al orden político social, constituye la afirmación de que la sociedad es, ante todo, una comunidad, y no sólo una coexistencia; dotada de orígenes históricodivinos y no simplemente convencionales o pactistas, y con lazos no solamente voluntarios y racionales, sino emocionales y de actitud. La antropología moderna ha confirmado ampliamente este origen y estructura comunitarios de la socie-

[30] DE MAISTRE, *Etude sur la Souveraneité*, cap. XIII.

dad y del poder. Levy-Bruhl ha mostrado el carácter eminentemente afectivo de las representaciones colectivas del primitivo y las emociones intensas a que están unidas, y Malinowski ha descrito el mundo del primitivo como poblado enteramente de creencias mágicas e imperativas. El doctor Wallon, en fin, ha analizado el papel afectivo de las comunicaciones inmediatas que en toda sociedad subyacen en la relación voluntaria del lenguaje o la acción, y la fuerza emocional del rito o la ceremonia solemne en que propiamente se expresa y vive la sociedad. Para De Maistre la sociedad—toda sociedad histórica—es, ante todo, comunión de valores, convicciones y sentimientos, *comunidad;* y el Estado neutro, la coexistencia meramente jurídica y constitucional del Estado moderno, solo puede representar una crisis de la sociedad humana que si perdura es por las reservas comunitarias que la sociedad guarda todavía en su seno. Sin una comunidad histórica de valores —ha dicho Heller muchos años más tarde—no existe una comunidad política de valores ni una comunidad jurídica. En la disolución de esa comunidad de valores se encuentran las raíces más profundas de la crisis política europea.

La comunidad es esencialmente una *sociedad de deberes,* animada por un espíritu interno, al contrario de la *sociedad de derechos* que ha creado el individualismo moderno. Y la naturaleza de esa comu-

nidad y de esa fe vinculadora es, siempre y universalmente, religiosa. La religión aparece, sin excepción, como el elemento aglutinante último y resolutivo de las sociedades históricas. Las mitologías —"mucho más verdaderas, en frase de De Maistre, que la historia antigua"—revelan con su carácter religioso la naturaleza comunitaria de los pueblos. Tylor, en su obra *Primitive Culture* ha definido modernamente el elemento religioso que se encuentra en el origen de los pueblos como la creencia en seres espirituales; y en sus múltiples formas, politeísta, monoteísta, y aún panteísta, pero siempre concreta e imperativa, la encuentra en el fondo de todas las culturas humanas. "Los pueblos—dice De Maistre—nunca han sido civilizados más que por la religión. Ningún otro instrumento hace presa sobre el hombre salvaje"[32]. "Enviad a una nación nueva académicos antes de haberle enviado misioneros, y veréis los resultados"[33]. Los pueblos nuevos formados en el neutralismo liberal, si llegan a constituir una nacionalidad estable, es porque han divinizado a su modo las figuras históricas o las leyes que dominaron en sus orígenes, a los que rinden un culto idolátrico. Piénsese en la veneración de los norteamericanos por la ley. Por esto mismo, "ninguna institución puede

[32] De Maistre, *Essai sur le principe générateur,* cap. 33.
[33] De Maistre, *o. c.,* 10.ª conv.

durar si no está fundada sobre la religión"[34], y la institución fundamental—el poder político—que expresa en su concreción resolutiva la esencia de la comunidad, posee claramente este mismo origen y sentido religioso. "Lo sagrado de los reyes—dice De Maistre—procede de la misma raíz"[35]. La realeza, en efecto, se halla siempre en la génesis de las nacionalidades religiosas y en el origen de todas. Pero la monarquía no es sólo gobierno de uno solo, puesto que el mismo lenguaje vulgar repugna aplicarla a muchos gobiernos monopersonales modernos y aún antiguos. Monarquía implica, además, un poder en alguna manera *santo* o *sagrado*, es decir, elevado sobre el orden puramente natural de las convenciones o de la técnica de los hombres. El respeto que toda monarquía inspira a sus vasallos es de origen divino o en alguna forma santificado. El etnólogo Sir J. Frazer ha demostrado posteriormente los orígenes mágicoreligiosos de la realeza[36]. Como fenómeno político, la monarquía se ha dado en todos los medios, incluso desconectados entre sí. Aquí rozamos otra vez la idea de De Maistre según la cual todas las religiones expresan en alguna forma, aunque desviada, la misma verdad que posee el hombre por la revelación primitiva[37]. Pero solo la verdadera religión—el cristianismo—la expresa íntegra y rectamente. Ello concilia el principio maistreano de la íntima lealtad al credo profesado—"ningún hombre honesto debe variar de religión"—con la licitud y necesidad de propagar el cristianismo: éste, para él, no contradirá las religiones primitivas, sino que les dará perfecto y luminoso cumplimiento[38]. En esta teoría se halla un germen de la idea cabalística sobre la implicación mútua y unidad profunda de todas las cosas, idea que le condujo en su juventud a los núcleos ocultistas del martinismo lionés.

Pero la comunidad no sólo adquiere un valor superior en razón de los vínculos que determina y de su origen divino, sino que, en un aspecto profundo del pensamiento maistreano, posee en sí misma un sentido trascendente, cuasi religioso. Ello puede recordar la posterior concepción sociológica de Durkheim para el que la religión surge en el hombre de la contemplación y vivencia misma de la sociedad, que tiene desde su origen un valor misterioso, respetable como santo. Pero la génesis de una y otra concepción son contradictorias, puesto que una reduce el hecho religioso a la percepción de lo social,

[34] De Maistre, *Essai sur le principe générateur*, cap. 30.
[35] De Maistre, o. c., cap. 31.
[36] Franzer, Sir J. G., *The Golden Bough: A Study in Magic and Religion*. Nueva York, 1935, I, 220.

[37] De Maistre, *o. c.*, 5.ª conv. Id., *Melanges* (inéd.). Mayo 1799. Id., *Du Pape*, lib. IV, cap. IV.
[38] Vid. como aplicación posterior de esta teoría la obra del religioso chino Juan Bta. Kao, *La philosophie sociale et politique du Confucionisme*. París, s. f., Aux éditions franciscaines.

y la otra ve en lo social un hecho religioso. Para Durkheim, la sociedad es un hecho súbito que surge de la agregación de individualidades, lo que engendra una realidad psíquica—no psicológica—con modos propios de pensar, sentir y actuar. Para De Maistre, la sociedad procede de Dios, como el lenguaje, y se nos da, en realidad, con nuestra propia naturaleza. Pero ella misma posee el valor místico de la unidad y la solidaridad humanas. Al igual que la comunidad religiosa que es la Iglesia otorga un valor superior a la oración hecha en común y determina la reversibilidad de los méritos de los justos, así el pensamiento no es sino fragmentario mientras está disociado en la pluralidad de los individuos y de los pueblos. En el conjunto se da perfecto y profundo, pero es en la medida en que participa de lo absoluto. Las *Veladas de San Petersburgo* nos describen la fascinación que produjeron a su autor las palabras de Malebranche, "Dios es el lugar de los espíritus, como el espacio es el lugar de los cuerpos", tan afines, según él, a aquellas otras de San Pablo; "En Dios tenemos la vida, el movimiento y el ser" [39].

* * *

[39] De Maistre, *o. c.*, 9.ª conv.

Las interpretaciones.

De Maistre, en fin, ha llegado a estas teorías audaces, opuestas al ambiente en que vivió, y a estas conclusiones de extensa fecundidad, merced a una visión profundamente religiosa de su tiempo y de los acontecimientos cruciales de que fué testigo. He aludido a la síntesis originalísima cuyo mérito principal consistió en ser lograda a lo largo de una vida profundamente consecuente y leal a sus convicciones; De Maistre no puede ser considerado como un teósofo martinista, alejado por las ciencias ocultas de la ortodoxia católica, al modo como han pretendido algunos [40], ni pueden tampoco negarse sus contactos con esos grupos, ni aún su entusiasmo por figuras y ambientes del iluminismo místico, particularmente por el martinismo, como han hecho otros, creyendo así salvaguardar mejor la pureza ortodoxa del pensador [41]. Según Dermeghem, este último elemento ha obrado en él a manera de un fermento, y el primero (la ortodoxia romana) a modo de un contrapeso y de un regulador [42]. Quizá solo él entre los pensadores católicos ha podido decir de sí: "Yo he permanecido

[40] Sainte-Beuve, *Portraits littéraires*, 1844.
[41] Margerie, *Le Compte J. de Maistre*. París, 1882. Moreau, L., *J. de Maistre*. París, 1879.
[42] Dermenghem, *J. de Maistre mystique*, pág. 106.

en la Iglesia católica romana, pero no sin haber adquirido en el contacto con los iluminados martinistas y en el estudio de sus doctrinas una multitud de ideas de las que he sacado partido".

El De Maistre de las obras de juventud es, en efecto, en sus tesis generales y, sobre todo, en su actitud, el mismo que reflejan sus últimos escritos. El mismo providencialismo, la misma síntesis de lo visible y lo invisible en una teoría de analogías, idéntico comunitarismo político y religioso pueden hallarse en el *Discurso sobre la virtud* (1775), o en el *Carácter del Magistrado* (1777), y en las *Veladas de San Petersburgo.* Quizá la magnitud de los hechos históricos que, con la caída del régimen secular en el estallido de la Revolución Francesa, se presentaron a su intuición interpretativa explique la extraordinaria continuidad y la síntesis de su pensamiento, esencialmente histórico, en una época apenas iniciada todavía en la consideración histórica. La obra de De Maistre—y muy particularmente sus *Consideraciones sobre Francia*—constituye una filosofía de la historia, según la cual, el secreto del acontecer histórico lo posee la Providencia, y sólo con una actitud humilde y guiados por la analogía podemos en algún momento entreverlo.

Muchos de los comentaristas de De Maistre le han reprochado el historicismo básico de su concepción. Así, Grasset y, recientemente, Camus en *L'Homme Revolté* (1951), en que hace un curioso paralelo

entre la filosofía de la historia revolucionaria de Marx y la tradicionalista de De Maistre. En opinión de Camus, el cristianismo, aliado con la tradición germánica, ha roto la armonía griega entre el hombre y la naturaleza y ha hecho de ésta no más que el fondo mudo e ininteresante de un drama histórico que comenzó en el principio de los tiempos y discurre hacia su desenlace final. La noción griega del devenir es según él, totalmente ajena a nuestra noción creacionista de la evolución histórica, según la cual la historia de los hombres es rigurosamente única. Ambas concepciones se distinguen entre sí como un círculo de una línea recta. Para los griegos, el mundo y el devenir eran cíclicos; Aristóteles, por ejemplo, no se consideraba posterior—es decir, en un estadio superior, más cercano al desenlace—a los guerreros de Troya. Para todo pensamiento histórico la naturaleza es considerada como un objeto, no de contemplación, sino de transformación. Para el espíritu griego, en cambio, debe obedecerse a la naturaleza, buscar en la serena contemplación la armonía del espíritu y el mundo que es la verdadera sabiduría. La filosofía de la historia del marxismo es para Camus la misma del mundo cristianogermánico desposeída de sus fundamentos religiosos. Ambas vacían al mundo y a la vida de su substancia, convirtiéndolos en una serie de símbolos. Mundo y vida son para la concepción cristiana sólo un algo que hay que someter y disciplinar, y, para la concepción

marxista, el objeto de una organización racional. El tiempo es para ambos historismos, un estadio provisional, preparador de un mundo atemporal perfecto, en el que se reconciliarán el lobo y el cordero. De Maistre representa, para Camus, la filosofía de la historia más consciente y perfecta de la concepción cristiana. Esta reconciliación última será para De Maistre el triunfo sobre las herejías, y la reconstrucción del manto sin costura de una Iglesia al fin católica, en la que "todos los hombres, poseídos del mismo espíritu, se penetrarán mutuamente y compartirán su felicidad". Para Marx será "el fin de la querella entre esencia y existencia", el mundo socialista de la organización racional perfecta. La eternidad separa a uno y otro sistema, pero la historicidad los une en una misma hostilidad a la naturaleza y a la armonía. Para Camus, en el seno de una historicidad dotada de un sentido y de un desenlace predeterminados, no pueden tener cabida ni la libertad personal del cristiano ni la determinación revolucionaria del marxista.

Pero en este paralelo falla, a nuestro juicio, la base. Es cabalmente la filosofía de la historia de De Maistre aquella en que se expresa de una manera más clara y convincente la perfecta compatibilidad del providencialismo cristiano con la tesis antideterminista del libre albedrío. Para Marx, las leyes de la Historia representan un determinismo de fuerzas puramente económicomateriales, y, por lo mismo,

ciegas. De Maistre, al contrario, ve en las leyes históricas el reflejo de un orden superior en cuyo seno se sintetiza el determinismo y la libertad. La obra inexcrutable de la Providencia no es ciega y, por ello, puede adaptarse a la libre determinación de los hombres sin variar sus propios destinos. Del mismo modo que la acción individual, aún consciente de su autodecisión, se reconoce impotente para variar el curso del acontecer social e histórico, que se forma de la aportación y mútua influencia de múltiples actividades, discurriendo a veces por cauces de nadie deseados, así también una acción superior inteligente y finalista puede ordenar la marcha de esa evolución general sin atentar contra la libre decisión en las actuaciones individuales. Esta acción superior sintetiza, como hemos dicho, el determinismo y la libertad. La concepción de De Maistre preludia en este aspecto a la de Bergson, y puede calificársele como a éste "el filósofo de la *continuidad*". Conocida es la crítica bergsoniana del determinismo como tesis cerrada, y de la libertad como *especie de creación ex nihilo,* según la imagen vulgar como se la concibe. Sobre ambos ve la libertad real en el acto mismo, en su continuidad y sentido propio, en un modo superior de espontaneidad que, a su juicio, es también el del *impulso vital* primero y radical, del que la materia y sus leyes deterministas son a modo de degeneración.

De Maistre, un siglo antes, consideraba ya a la

acción providencial—acción divina creadora—como un orden superior, impulso de amor y de síntesis, en el que la libertad forma parte de su propia substancia y del que los órdenes superiores—la razón humana y su libre albedrío, la materia y la sensibilidad con su determinismo—son planos convergentes—asíntotas—que, sin poder nunca alcanzar al superior, hallan en él su explicación y su sentido global. Bajo este aspecto puede De Maistre considerar a la filosofía moderna—empirismos y cientificismos—como un pensamiento negativista, obstinado en explicar lo superior por lo inferior, cuando sólo en el origen y en el ser adquieren las cosas su sentido. También bajo esta concepción, le aparece el régimen político nacido de la Revolución con su esquematismo constitucional y racionalista como incapaz, no sólo de gobernar a las naciones y de crear y mantener instituciones, sino hasta de congregar al pueblo para una simple fiesta y de ser tomado en serio por él.

Esta fuente superior del ser, libre y original en su dinamismo explica también desde un ángulo más profundo los aspectos pragmatistas del pensamiento maistreano. Así, cuando define "el poder de la religión como aquel que cambia y exalta el corazón del hombre" [43], contra el formulismo ritual de la Iglesia rusa y contra el negativismo conformista bajo

[43] De Maistre, *Du Pape*, lib. IV, cap. IV.

el que muchos otros cristianos profesan su religión. Así, también, cuando afirma que "la sola ciencia buena y verdadera, la verdadera civilización, es la que nos hace mejores y más felices" [44].

Así, en fin, cuando en las *Consideraciones sobre Francia,* concluye su interpretación de la época revolucionaria con estas palabras: "si nuestras conjeturas son plausibles, si la analogía está a su favor, si se apoyan en ideas universales, y, sobre todo, si son consoladoras y propias para hacernos mejores, ¿qué es lo que les falta? Si no son verdaderas, son, al menos, buenas; o, más bien, puesto que son buenas, ¿no debe deducirse que son verdaderas?" [45].

Camus, por lo demás, opone a lo que él llama *concepciones históricas del Universo* el solo pensamiento griego, con su noción cíclica de la duración, y opina que en ésta se halla la verdadera unidad, puesto que no necesita, en su originalidad radical para nuestra cultura, de ninguna clase de intermediarios [46]. Pero más bien cabría decir que el ideal atemporal de la armonía griega es un punto aislado en la cultura humana, rodeado no sólo de todas las culturas anteriores, exteriores y posteriores a Grecia, sino, incluso de la interpretación popular en la misma Grecia, de la mitología religiosa, alimentada de contínuo con la aportación de cultos orientales, mo-

[44] De Maistre, *Etude sur la Souveraneité,* lib. II. cap. VII.
[45] De Maistre, *Consideraciones sobre Francia,* cap. III.
[46] Camus, A., *L'Homme révolté.* París, 1951, pág. 289.

noteístas e históricos. Lo que llamamos cultura griega era, sin duda, una cultura de *élite* sostenida sobre un extensísimo mundo, mucho más amplio que el sometido a la esclavitud, que no compartía el soberbio e insostenible esteticismo de aquella minoría. El cristianismo respetó y recogió lo que de verdadero y humano había producido aquella cultura, pero incorporándolo a un historismo trascendente que daba cumplimiento a todas las culturas religiosas del mundo, y también, en su mejor aspecto, a la cultura griega.

De Maistre, en fin, supo alcanzar, en los albores de la época revolucionaria, una extraordinaria consciencia de los valores culturales, políticos y humanos que poseía el cristianismo, y de cuanto se derrumbaba con la caída de las antiguas monarquías para no hallar sustitución en un largo período de hipertrofias culturales, de desarraigo social, de luchas sangrientas y de dirigismos violentos. Sin duda, sus afirmaciones fueron duras e insolentes en una época en que las nuevas ideas revolucionarias aparecían a muchos como un ilusionado ideal y se construía la leyenda negra sobre todo el pasado cristiano; tampoco puede negarse que De Maistre llevó demasiado lejos su propia interpretación de los tiempos, cayendo a veces en excesos de aplicación de su sistema. Todas estas fueran causas de que en su época resultara incomprendido y de que la posteridad, por tanto, lo desconociera largo tiempo: para unos—los liberales—

se convirtió en el ejemplo consagrado de oscurantismo; para otros—los católicos posibilistas adheridos al nuevo ambiente—fué el ejemplo típico de ultramontanismo e intransigencia. Como dijo Bonald, "los hombres que por sus sentimientos pertenecen al pasado y por su pensamiento al porvenir, hallan difícilmente hueco en el presente". Hoy, sin embargo, a la altura de la gran experiencia del socialismo soviético y de las destrucciones atómicas, vemos muy de cerca el profundo sentido de la crítica maistreana a la ciencia moderna y al entonces incipiente racionalismo político.

CONSIDERACIONES SOBRE FRANCIA

I

DE LAS REVOLUCIONES

Estamos todos atados al trono del Ser Supremo con una cadena flexible que nos retiene sin sojuzgarnos.

Lo más admirable que existe en el orden universal de las cosas es la acción de los seres libres bajo la mano de Dios. Libremente esclavos, operan a la vez voluntaria y necesariamente: hacen realmente lo que quieren, pero sin poder trastornar los planes generales. Cada uno de estos seres ocupa el centro de una esfera de actividad, cuyo diámetro varía a voluntad del *Eterno Geómetra*, que sabe ampliar, restringir, detener o dirigir la voluntad, sin alterar su naturaleza.

En las obras del hombre, todo es tan pobre como el autor. Las concepciones son estrechas; los medios, rígidos; los movimientos, penosos y los resultados, monótonos. En las obras divinas, las riquezas del In-

finito se manifiestan hasta en los menores detalles: su poder actúa solazándose; en sus manos todo es flexible, nada le resiste; para El, hasta los obstáculos sirven de medios; y las irregularidades producidas por la actuación de los agentes libres encuentran su puesto en el orden general.

Si imaginamos un reloj cuyos resortes todos varíen contínuamente de fuerza, de peso, de dimensión, de forma y de posición, y que, sin embargo, señale la hora con exactitud, nos formaremos cierta idea de la acción de los seres libres en relación con los planes del Creador.

En el mundo político y moral, como en el mundo físico, existe un orden normal, y existen excepciones a este orden. Habitualmente, observamos una serie de efectos producidos por determinadas causas; pero en ciertas épocas vemos acciones detenidas, causas paralizadas y efectos nuevos.

El milagro es un efecto producido por una causa divina o sobrehumana, que deja en suspenso o contradice una causa ordinaria. Si, en el corazón del invierno, un hombre ordena a un árbol que se cubra súbitamente de hojas y de frutos, y el árbol obedece, todo el mundo gritará: ¡Milagro!, y se inclinará ante el taumaturgo. Ahora bien: la Revolución francesa y cuanto ocurre en Europa en este momento es tan maravilloso, en su género, como la fructificación instantánea de un árbol en el mes de

enero; sin embargo, los hombres, en lugar de admirarlo, miran a otro lado o desvarían.

En el orden físico, donde él no entra en absoluto como causa, se digna el hombre admirar lo que no comprende; pero en la esfera de su actividad, donde se siente causa libre, su orgullo le lleva fácilmente a ver desorden donde quiera que su acción se ve suspendida o trastornada.

Determinadas medidas que están en poder del hombre producen habitualmente ciertos efectos en el curso normal de las cosas; si no logra su objeto, él sabe por qué o cree saberlo. Conoce los obstáculos, los valora: nada le sorprende.

Pero en los tiempos de revolución, la cadena que ata al hombre se acorta bruscamente, su libertad de acción disminuye, y sus medios le defraudan. Y, al sentirse arrastrado por una fuerza desconocida, se irrita contra ella, y, en lugar de besar la mano que le oprime, la niega o la insulta.

No lo comprendo: es la frase del día. Esta frase es muy sensata, si nos conduce a la causa primera que en estos momentos ofrece a los hombres tan grandioso espectáculo; es necia, si no expresa más que despecho o abatimiento estériles.

"¿Cómo?—se oye por todas partes—. Los hombres más culpables del Universo triunfan sobre el Universo... Un espantoso regicidio obtiene todo el éxito que podían esperar los que lo han cometido... La Monarquía se ha hundido en toda Europa; sus ene-

migos encuentran aliados hasta en los tronos... A los rebeldes todo les sale bien; ejecutan sin dificultad los más gigantescos proyectos, mientras que el partido de los leales resulta desdichado y ridículo en todo cuanto emprende... La fidelidad es rechazada en toda Europa por la opinión pública... Los principales hombres de estado se equivocan invariablemente, los más grandes generales son humillados..."

Así tiene que ser, indudablemente, puesto que la primera condición para que la Revolución triunfe, es que todo aquello que podía prevenirla sea nulo, que en nada acierten los que quieren impedirla. Pero jamás es más visible el orden, jamás es la Providencia más palpable, que cuando la acción superior sustituye a la del hombre y obra por sí sola: eso es lo que estamos viendo en este momento.

Lo que más impresiona en la Revolución francesa es esa fuerza arrolladora que derriba todos los obstáculos. Su torbellino arrastra como si fuera paja todo lo que la fuerza humana ha podido oponerle: nadie ha resistido impunemente a su marcha. La pureza de intención ha ennoblecido, a veces, al obstáculo, pero nada más; esa fuerza ciega, que marcha invariablemente hacia su objeto, rechaza igualmente a Charette, a Dumouriez y a Drouet.

Se ha observado con razón que la Revolución francesa conduce a a los hombres y no es conducida por ellos; y en cuanto tienen la pretensión de dominarla, caen vergonzosamente. Los que han estable-

cido la República lo han hecho sin desearlo y sin saber lo que hacían: los acontecimientos les han llevado a ello. Un proyecto previo no hubiera triunfado.

Jamás pensaron Robespierre, Collot o Barrère en instaurar el Gobierno Revolucionario o el Régimen del Terror: las circunstancias les llevaron a ello insensiblemente. Nunca volverá a verse nada semejante. Estos hombres, vulgares hasta la exageración, ejercieron sobre una nación culpable el más espantoso despotismo de que la Historia hace mención, y seguramente eran ellos, de todo el Reino, los más asombrados de su propio poder.

Pero en el mismo momento en que esos tiranos detestables llenaron la medida de crímenes necesaria a esta fase de la Revolución, bastó un soplo para derribarlos. Aquel poder gigantesco que hacía temblar a Francia y a Europa, no soportó el primer ataque; y para que no hubiera nada grande, nada augusto, en una revolución totalmente criminal, quiso la Providencia que el primer golpe se lo dieran los *septembrinos*, con lo que hasta la justicia quedó infamada [1].

[1] Por la misma razón, los propios honores se han deshonrado. Un periodista "Le Republicain" ha dicho, con gran ingenio y exactitud: "Comprendo muy bien que se puede *despanteonizar* a Marat; pero no comprenderé jamás cómo se puede *desmaratizar* el Panteón." Alguien se ha quejado de ver el cuerpo de Turena olvidado en el rincón de un museo, junto al esqueleto de un animal. ¡Qué impruden-

Muchos se han sorprendido de que hombres más que vulgares hayan previsto la Revolución francesa mejor que otros de preclaro talento; de que hayan creído en ella firmemente mientras consumados políticos aún no creían. Es que esta persuasión era una de las piezas esenciales de la Revolución, que no podía triunfar más que por la extensión y el vigor del espíritu revolucionario, o, si es lícito expresarse así, por la fe en la Revolución. Así, hombres sin talento y sin conocimientos han conducido muy bien lo que ellos llamaban *el carro revolucionario;* se han atrevido a todo sin temor a la contrarrevolución; han marchado siempre hacia adelante, sin volver la cara atrás; y todo les ha salido bien, porque no eran más que instrumentos de una fuerza más sabia que ellos. No han cometido errores en su carrera, como el flautista de Vaucanson no dió jamás una nota falsa.

El torrente revolucionario ha tomado sucesivamente distintas direcciones; y los hombres más notables de la Revolución, sólo siguiendo la dirección de la corriente han adquirido esa clase de poder y celebridad a que podían aspirar; en cuanto han querido llevarle la contraria o, simplemente, apartarse para trabajar por su cuenta, han desaparecido de la escena.

Pensad en aquel Mirabeau que tanto destacó en

---

cia! Hubiera podido sugerir la idea de arrojar al Panteón estos venerables restos...

la Revolución: en el fondo, era *el rey de las plazuelas.* Con los crímenes que llevó a cabo y con los libros que mandó escribir, secundó el movimiento popular: se ponía detrás de una masa en movimiento y la empujaba en la misma dirección que ya llevaba; su poder no se extendió nunca más allá: compartía con otro héroe de la Revolución el poder de agitar a la multitud, sin tener el de dominarla—que es precisamente la característica de la mediania—en los trastornos políticos. Otros políticos menos brillantes y en realidad más hábiles y más poderosos que él, se servían de su influencia para el propio provecho. El tronaba en la tribuna mientras los otros le engañaban. Decía al morir que, *"si él hubiera vivido, habría reunido las piezas dispersas de la Monarquía";* y cuando quiso, en el momento de su mayor influencia, pretender nada más que un ministerio, sus subalternos le rechazaron como a un niño.

En fin, cuanto más se examina a los personajes que parecen más activos de la Revolución, más claramente se aprecia en ellos un algo de pasivo y mecánico. Nunca se repetirá bastante que no son los hombres los que dirigen la Revolución, sino la Revolución la que utiliza a los hombres. Se expresa una gran verdad cuando se dice *que marcha por sí sola.* Esta frase significa que jamás la Divinidad se ha mostrado de una manera tan clara en ningún acontecimiento humano. Si emplea los instrumentos más viles, es porque castiga para regenerar.

II

CONJETURAS SOBRE LOS DESIGNIOS DE LA PROVIDENCIA EN LA REVOLUCION FRANCESA

Cada Nación, como cada individuo, ha recibido una misión que cumplir. Francia ejerce sobre Europa un verdadero magisterio, que sería inútil discutir, y del cual ha abusado de la manera más reprobable. Sobre todo, estaba a la cabeza del orden religioso, y no sin razón era su Rey llamado *cristianísimo*: Bossuet no ha exagerado sobre este punto. Pues bien: ya que se ha servido de su influencia para desmoralizar a Europa, contraviniendo su vocación, no hay que extrañar que haya sido conminada a volver a ella por los medios más terribles.

Desde hacía mucho tiempo no se había visto castigo tan tremendo inflingido a un tan gran número de culpables. Hay inocentes, sin duda, entre los que **sufren**; pero *son muchos menos* de lo que se imagina corrientemente.

Todos los que han trabajado para desligar al pue-

blo de sus creencias religiosas; todos los que han opuesto sofismas metafísicos a las leyes de la propiedad; todos los que han dicho: "Podéis herir, con tal que salgamos ganando con ello"; todos los que han puesto sus manos en las leyes fundamentales del Estado; todos los que han aconsejado, aprobado, favorecido las medidas violentas empleadas contra el Rey...; todos estos han querido la Revolución, y todos los que la han querido, con justicia han sido víctimas suyas, aún ateniéndose a una visión limitada.

Nos lamentamos al ver que sabios ilustres caen bajo el hacha de Robespierre. Humanamente hablando, nunca se lamentará bastante su pérdida; pero la Justicia divina no tiene el menor respeto por los geómetras o los físicos. Demasiados sabios franceses han sido actores principales de la Revolución; demasiados sabios franceses la amaron y la favorecieron mientras, como el bastón de Tarquino, no abatió más que las cabezas dominantes: *Es imposible que se realice una gran revolución sin causar desgracias.* Pero cuando un filósofo se consuela de estas desgracias en vista de sus resultados; cuando dice en su corazón: *Toleremos cien mil asesinatos si con ello logramos la libertad,* si la Provindencia le contesta: Acepto tu aprobación, *pero tú entrarás en ese número,* ¿dónde está la injusticia? ¿Juzgaríamos de otro modo en nuestros tribunales?

Resultaría odioso dar detalles; pero ¡qué pocos

franceses hay, entre los llamados *víctimas inocentes de la Revolución,* a quienes su conciencia no puede decir:

> ¡Al contemplar los tristes frutos de vuestros errores.
> Reconoced los golpes que vosotros mismos asestásteis!

Nuestras ideas sobre el bien y el mal, sobre el inocente y el culpable, son con demasiada frecuencia alteradas por nuestros prejuicios. Declaramos culpables e infames a dos hombres que luchan con un cuchillo de tres pulgadas; pero si la hoja tiene tres pies, el combate se convierte en honorable. Deshonramos a un hombre que roba un céntimo en el bolsillo de su prójimo; pero si sólo le roba su mujer, ¿qué importa? Todos los crímenes brillantes que suponen el desarrollo de cualidades grandes o amables; todos aquellos, sobre todo, que son coronados por el éxito, los perdonamos, si no es que los convertimos en virtudes; a los ojos de la Verdadera justicia, en cambio, las cualidades brillantes que rodean al culpable lo infaman más aún, pues para ella el mayor crimen es el abuso de los dones recibidos.

Cada hombre tiene determinados deberes que cumplir, y la extensión de estos deberes es proporcionada a su posición social y a la magnitud de sus medios. Una misma acción está muy lejos de ser igualmente criminal en dos hombres diferentes. Para no salir de nuestro tema, tal acción, que fué solo un error o un rapto de locura en un hombre obscuro,

investido bruscamente de un poder ilimitado, podría ser una iniquidad en un obispo o en un duque-par.

En fin, hay acciones disculpables y hasta laudables según las miras humanas, y que son en el fondo infinitamente criminales. Si alguien nos dice, por ejemplo: *Yo he abrazado de buena fe la causa de la Revolución francesa, por puro amor a la libertad y a mi Patria; he creído en mi alma y mi conciencia que ella traería la reparación de los abusos y el bienestar público,* no sabríamos qué replicar. Pero el ojo para el que todos los corazones son diáfanos ve la fibra culpable; él descubre en una desavenencia ridícula, en una pequeña mortificación del orgullo, en una pasión baja o criminal, el primer móvil de estas resoluciones que se pretende ennoblecer a los ojos de los hombres; y para él, la mentira y la hipocresía injertadas en la traición son un crimen más. Pero hablemos de la nación en general.

Uno de los mayores crímenes que pueden cometerse es, sin duda, el atentado contra la soberanía, ya que ningún otro tiene más terribles consecuencias. Si la soberanía reside en una cabeza, y esta cabeza cae, víctima de un atentado, la atrocidad del crimen aumenta. Pero si este soberano no ha merecido esta suerte por ningún crimen, si son sus virtudes precisamente las que han armado contra él la mano de los culpables, entonces el crimen no tiene nombre. En estos rasgos se reconoce la muerte de Luis XVI; pero lo que más importa señalar, es que

jamás crimen tan grande tuvo tantos cómplices. La muerte de Carlos I tuvo muchos menos, aunque era posible hacerle reproches que Luis XVI no mereció. Sin embargo se le dieron pruebas del interés más tierno y decidido; el mismo verdugo, que no hacía más que obedecer, no se atrevió a darse a conocer. En Francia, Luis XVI marchó a la muerte en medio de 60.000 hombres armados que no tuvieron un tiro para Santerre; ni una voz se alzó por el infortunado monarca, y tan mudas fueron las provincias como la capital. *Hubiera sido peligroso*—se decía. ¡Franceses!: si encontráis buena esa razón, no habléis tanto de vuestro valor, o reconoced que lo empleáis bien mal.

No menos notoria fué la indiferencia del Ejército. Sirvió a los verdugos de Luis XVI mucho mejor que le había servido a él, puesto que lo había traicionado. No dió la más ligera muestra de descontento. En fin, jamás crimen tan grande pudo atribuirse (en muy diferentes grados, es verdad) a tan elevado número de culpables.

Y aún falta una observación importante: que todo atentado cometido contra la soberanía *en nombre de la Nación* es siempre, en mayor o menor grado, un crimen nacional, porque nunca está la Nación libre de culpa cuando unos facciosos llegan a situarse en condiciones de cometer el crimen en su nombre. Sin duda, no todos los franceses han querido la muerte de Luis XVI, pero la inmensa mayoría del

pueblo *ha querido,* durante más de dos años, todas las locuras, todas las injusticias, todos los atentados que condujeron a la catástrofe del 21 de enero.

Ahora bien: todos los crímenes nacionales contra la soberanía son castigados sin demora y de una manera terrible; es una ley que nunca sufrió excepciones. Pocos días después de la ejecución de Luis XVI, alguien escribió en el *Mercure Universel*: *"Tal vez no se ha debido llegar tan lejos; pero, ya que nuestros legisladores han aceptado la responsabilidad del hecho, agrupémonos a su alrededor; extingamos todos los odios y que no se hable más de ello".* Muy bién: tal vez no se hubiera debido asesinar; pero puesto que la cosa está hecha, no hablemos más, y seamos todos buenos amigos. ¡Qué insensatez! Algo mejor lo entendía Shakespeare, cuando decía: *La vida de todo individuo es preciosa para él; pero la vida de que dependen tantas vidas, la de los soberanos, es preciosa para todos* [2]. ¿Destruye un crimen la majestad real? En el lugar que ella ocupaba se abre un abismo, y todo cuanto le rodea se precipita en él. Costará torrentes de sangre a Francia cada gota de la de Luis XVI; tal vez cuatro millones de franceses paguen con su cabeza el gran crimen nacional de insurrección antirreligiosa y antisocial coronada por un regicidio.

¿Dónde están los primeros guardias nacionales,

[2] *Hamlet,* acto III, escena VIII.

los primeros soldados, los primeros generales, que prestaron juramento a la Nación? ¿Dónde están los jefes, los ídolos, de aquella primera Asamblea, tan culpable, para la cual el epíteto de *constituyente* será un eterno epigrama? ¿Dónde está Mirabeau? ¿Donde Beilly, con su *gran día?* ¿Dónde está Touret, que inventó la palabra *expropiar?* ¿Dónde Osselin, el ponente de la primera ley que proscribió a los emigrados? Se podrían contar por millares los instrumentos activos de la Revolución que han perecido de muerte violenta.

Una vez más, podemos aquí admirar el orden en el desorden; porque es evidente, a poco que sobre ello se reflexione, que los grandes culpables de la Revolución no podían caer más que bajo los golpes de sus cómplices. Si se hubiera realizado lo que se llama *la contrarrevolución* y devuelto el Rey a su trono únicamente por la fuerza, no hubiera habido medio alguno de hacer justicia. La mayor desgracia que puede ocurrir a un hombre sensible es tener que juzgar al asesino de su padre, de un pariente, o, simplemente, al usurpador de sus bienes. Y esto es, precisamente, lo que habría ocurrido en el caso de una contrarrevolución, tal como se la entendía; porque los jueces superiores, por la misma naturaleza de las cosas, habrían pertenecido casi todos a la clase ofendida; y aunque la justicia no hubiera hecho más que castigar, hubiera parecido que se vengaba. Por otra parte, la autoridad legítima conserva siempre cierta

moderación en el castigo de los crímenes que tienen una multitud de cómplices. Cuando envía a la muerte cinco o seis reos de un mismo crimen, parece una carnicería; si traspasa ciertos límites, se hace odiosa. Por otra parte, los grandes crímenes exigen, desgraciadamente, grandes castigos; y, en esta materia, es fácil traspasar los límites cuando se trata de crímenes de lesa majestad, en los que la adulación se hace verdugo. La humanidad no ha perdonado aún a la antigua legislación francesa el espantoso suplicio de Damiens[3]. ¿Qué hubieran hecho los magistrados franceses de tres o cuatrocientos Damiens, y de todos los monstruos que cubren a Francia? ¿Habría caído sin reposo la espada sagrada de la justicia, como caía la guillotina de Robespierre? Por otra parte ¿cómo dilucidar los diferentes crímenes? ¿Cómo graduar los castigos? Y, sobre todo ¿cómo castigar sin leyes? Se habría escogido—nos dirán— a unos cuantos culpables, y todos los demás habrían obtenido gracia. Esto es, precisamente, lo que la Providencia no quería. Como ella puede cuanto quiere, ignora estos perdones originados por la imposibilidad de castigar. Era necesario que se realizase, y de un modo impresionante, la gran depuración. Era necesario que el metal de Francia, libre de sus

[3] *Avertere omnes a tanta foeditate spectaculi oculos. Primum ultinumque illud supplicium apud romanos exempli parum memoris legum humanorum fuit.* Tito Liv., I, 28, *De supp. Metii.*

escorias ásperas e impuras, llegase más limpio y más maleable a las manos del Rey futuro. Claro es que la Providencia no necesita castigar en el tiempo para justificarse; pero en esta época se pone a nuestra altura y castiga como un tribunal humano.

Ha habido naciones literalmente condenadas a muerte, y sabemos porqué[4]. Si entrara en los designios de Dios revelarnos sus planes respecto a la Revolución francesa, podríamos leer el castigo de los franceses como un decreto del Parlamento. Pero ¿qué sabríamos que no sepamos? ¿No es visible ese castigo? ¿No hemos visto a Francia deshonrada por más de cien mil asesinatos y el suelo de este hermoso reino cubierto de patíbulos, y esta tierra desdichada regada con la sangre de sus hijos en las matanzas judiciales, mientras que déspotas inhumanos la prodigaban en el exterior para sostén de una guerra cruel mantenida en su propio interés? Jamás el tirano más sanguinario se ha burlado de la vida de los hombres con tal insolencia, y jamás un pueblo pasivo se ha ofrecido a la carnicería con tal docilidad. El hierro y el fuego, el hambre y el frío, las privaciones, los sufrimientos de todas clases, nada le hastía de su suplicio. Todo el que se ha entregado debe sufrir su suerte: no se verá ninguna

[4] *Levit.* XVIII, 21 el seq., XX, 23.—*Deuter,* XVIII, 9 el seq.—I Reg. XV, 24.—IV Reg. XVII, 7 el seq., XXI, 2.—Herodoto, lib. II, § 46, y la nota de M. Larcher sobre este pasaje.

desobediencia hasta que el juicio se haya cumplido. Y sin embargo, en esta guerra tan cruel, tan desastrosa, ¡cuántos puntos de vista interesantes!, y, ¡cómo se pasa a cada instante de la tristeza a la admiración!... Traslademonos a la época más terrible de la Revolución; supongamos que, bajo el gobierno del infernal Comité, el Ejército, por una súbita metamórfosis, se hace de pronto realista; supongamos que convoca por su parte Asambleas primarias y que nombra libremente los hombres más ilustrados y estimables para que le señalen el camino que debe seguir en esta difícil ocasión; supongamos, en fin, que uno de los elegidos del Ejército se levanta y dice:

"¡Valerosos y fieles guerreros!: Hay ocasiones en que la prudencia humana se ve reducida a elegir entre diferentes males. Es duro, sin duda, combatir por el Comité de Salud Pública; pero habría algo más fatal aún, que sería volver nuestras armas contra él. En el momento en que el Ejército se meta en política, el Estado quedará disuelto; y los enemigos de Francia, aprovechando este momento de disolución, la invadirán y la dividirán. No debemos obrar para el momento presente, sino mirando a la continuidad; es preciso, ante todo, mantener la integridad de Francia, y nosotros no podemos hacerlo más que combatiendo a favor del Gobierno, sea el que sea; porque de este modo, a pesar de sus internos desgarramientos, Francia conservará su fuerza militar y su influencia exterior. Bien mirado, no es por el

Gobierno por quien combatimos, sino por Francia y por el Rey futuro, que nos deberá un imperio quizá mayor que el que encontró la Revolución. Es, pues, nuestro deber vencer la repugnancia que nos hace vacilar. Tal vez nuestros contemporáneos calumnien nuestra conducta; pero la posteridad la hará justicia."

Tal hombre habría hablado como un gran filósofo. Pues bien: esta hipótesis quimérica la ha realizado el Ejército sin saber lo que hacía. Y el terror de una parte, la inmoralidad y la extravagancia de otra, han hecho precisamente lo que una prudencia consumada hubiera dictado al Ejército.

Si bien se medita, se verá que, una vez establecido el movimiento revolucionario, Francia y la Monarquía sólo podían ser salvadas por el jacobinismo.

El Rey no tuvo jamás aliados; y es un hecho lo bastante evidente para que no haya imprudencia alguna al enunciarlo, que la coalición era enemiga de la integridad de Francia. Ahora bien. ¿cómo resistir a la coalición? Sólo el genio infernal de Robespierre podía operar el prodigio. El Gobierno revolucionario endurecía el alma de los franceses sumergiéndola en sangre: exasperaba el espíritu de los soldados y redoblaba sus fuerzas, por medio de una desesperación feroz y un desprecio de la vida que tenía algo de rabioso. El horror de los cadalsos, empujando al ciudadano a la frontera, aumentaba la fuerza exterior, a medida que anonadaba hasta la menor

resistencia en el interior. Todas las vidas, todas las riquezas, todos los poderes, estaban en manos del poder revolucionario; y este monstruo de poderío, ebrio de sangre y de triunfos, fenómeno aterrador que nunca se había visto y que, sin duda, jamás volverá a verse, era al mismo tiempo un castigo espantoso para los franceses y el único medio de salvar a Francia.

¿Qué pedían los realistas cuando pedían una contrarrevolución tal como ellos la imaginaban, es decir, hecha bruscamente y por la fuerza? Pedían la conquista de Francia, pedían, por tanto, su división, la anulación de su influencia y el envilecimiento de su Rey; es decir: matanzas durante quizás tres siglos, consecuencia infalible de una tal ruptura del equilibrio. Pero nuestros sucesores, que sin preocuparse de nuestros sufrimientos, bailarán sobre nuestras tumbas, se reirán de nuestra actual ignorancia; y les será muy fácil consolarse de los excesos que nosotros hemos presenciado y que habrán servido para conservar la integridad de *el más bello Reino después de los cielos*[5]. Todos los monstruos que engendró la Revolución han trabajado, según las apariencias, sólo para la realeza. Por ellos, el brillo de las victorias ha forzado la admiración del Universo y rodeado el nombre francés de una gloria de la que ni los crímenes de la Revolución han podido despojar-

[5] Grotius, *De Juri belli ac pacis*, epist. ad Ludovicum XIII.

le enteramente; por ellos, el Rey volverá a subir al trono con todo su esplendor y todo su poderío, quizá hasta con un poderío acrecido. Y ¿quién sabe si, en en lugar de ofrecer miserablemente algunas de sus provincias para obtener el derecho de reinar sobre las demás, no devolverá otras con el orgullo del que da lo que puede retener? Ciertamente, se han visto realizadas cosas menos probables.

Esta misma idea—la de que todo se hace para ventaja de la Monarquía francesa—me persuade de que toda revolución realista es imposible antes de la paz, porque el restablecimiento de la realeza distenderá súbitamente todos los resortes del Estado. La magia negra que opera en este momento desaparecerá como la niebla al sol. La bondad, la clemencia, la justicia, todas las virtudes suaves y apacibles reaparecerán repentinamente, y traerán consigo cierta suavidad general en los caracteres, cierta alegría enteramente opuesta al sombrío rigor del poder revolucionario. Ya no más requisas, no más robos velados, no más violencias. Los generales, precedidos de la bandera blanca ¿llamarían *rebeldes* a los habitantes de los países invadidos que se defendieran legítimamente? ¿Les ordenarían permanecer pasivos so pena de ser fusilados como rebeldes? Estos horrores, muy útiles al Rey futuro, no podrían, sin embargo, ser empleados por él: no podría usar más que medios humanitarios. Estaría a la par con sus enemigos. Y ¿qué ocurriría en ese momento de suspen-

sión que acompaña necesariamente al paso de un Gobierno a otro? No lo sé. Ya comprendo que las grandes conquistas de los franceses parecen poner a cubierto la integridad del Reino. (Creo, incluso, encontrar en esto la razón de tales conquistas.) Sin embargo, parece más ventajoso para Francia y para la Monarquía que la paz—y una paz gloriosa para los franceses—la haga la República; y que, en el momento en que el Rey vuelva a su trono, una paz profunda aparte de él toda clase de peligros.

Por otro lado, es evidente que una revolución brusca, lejos de curar al pueblo, habría confirmado sus errores; y que éste no habría perdonado nunca al Poder el haberle arrebatado sus quimeras.

Como era precisamente el pueblo—o la multitud—lo que los facciosos necesitaban para trastornar a Francia, es claro que, en general, tenían que tratarle con miramientos, y que las grandes vejaciones habían de caer en primer término sobre la clase acomodada. Era, pues, necesario que el poder usurpador pesase largo tiempo sobre el pueblo para que llegase a hacérsele odioso. No había visto más que la Revolución. Era preciso que sintiera, que saborease, por así decirlo, sus amargas consecuencias. Tal vez en el momento en que esto escribo aún no tiene bastante.

Y, como la reacción ha de ser igual a la acción, no os precipitéis, hombres impacientes, y pensad que la misma prolongación de los males os anun-

cia una *contrarrevolución* de la que no tenéis idea. Calmad vuestros resentimientos y, sobre todo, no os quejéis de los reyes ni pidáis otros milagros que los que estáis viendo. Pues qué: ¿imagináis que las potencias extranjeras combaten filosóficamente para reconstruir el trono de Francia sin ninguna esperanza de compensación? Entonces queréis que el hombre no sea hombre: pedís lo imposible. Tal vez digáis que consentiríais en el desmembramiento de Francia *para restablecer el orden;* pero ¿sabéis lo que es *el orden?* Esto es lo que se verá dentro de diez años, quizá más pronto, quizá más tarde. ¿De dónde os viene, además, el derecho de estipular en nombre del Rey, de la monarquía francesa y de vuestra posteridad? Cuando facciosos ciegos decretan la indivisibilidad de la República, ved en ello a la Providencia decretando la indivisibilidad del Reino.

Echemos ahora una mirada sobre la inaudita persecución provocada contra el culto nacional y sus ministros: es una de las facetas más interesantes de la Revolución.

No es posible negar que el sacerdocio en Francia necesitaba ser regenerado; y, aunque yo esté muy lejos de aceptar las vulgares peroraciones sobre el clero, me parece igualmente indiscutible que las riquezas, el lujo y la inclinación general hacia la relajación, habían hecho decaer este gran cuerpo; que a menudo, bajo la sotana se hallaba un caballero en lugar de un apóstol; y que, por último, en los

tiempos que precedieron inmediatamente a la Revolución, el clero había descendido en la opinión general casi tanto como el Ejército.

El primer golpe que se dió a la Iglesia fué la invasión de sus propiedades; el segundo, el juramento constitucional; y estos dos actos tiránicos dieron principio a la regeneración. El juramento cribó a los sacerdotes, si se me permite la expresión. Todo el que lo prestó—salvo algunas excepciones que es lícito dejar a un lado—ha ido hundiéndose gradualmente en el abismo del crimen y del oprobio: la opinión pública sabe a qué atenerse respecto a tales apóstatas.

Los sacerdotes fieles, acreedores a la confianza pública por este primer acto de firmeza, se engrandecieron más y más por la intrepidez con que supieron afrontar los sufrimientos y la misma muerte en defensa de su fe. La matanza de los carmelitas es comparable a los más bellos ejemplos que ofrece la historia de la Iglesia.

La tiranía que les expulsó de su patria por millares, contra toda justicia y todo decoro, fué sin duda lo más indignante que cabe imaginar; pero en este punto, como en todos los demás, los crímenes de los tiranos de Francia se convirtieron en instrumentos de la Providencia. Indudablemente era necesario que los sacerdotes franceses fuesen conocidos en las naciones extranjeras: han vivido en medio de pueblos protestantes, y esta aproximación ha disminuído grandemente los odios y los prejuicios. Creo que la considerable emigración del clero y, sobre todo, de los obispos franceses a Inglaterra, marcará una época. Seguramente se habrán pronunciado palabras de paz; seguramente se habrán formado proyectos de aproximación durante aquella reunión extraordinaria. Aunque no se hubiera hecho más que desear en común, ya sería mucho. Si alguna vez los cristianos vuelven a unirse—y todo les invita a ello—parece que habrá de ser por iniciativa de la Iglesia de Inglaterra. El presbiterianismo fué obra francesa y, por consiguiente, exagerada. Nosotros estamos demasiado lejos de los sectarios de un culto tan poco substancial: no hay modo de entenderse con ellos. Pero la Iglesia anglicana, que nos toca con una mano, toca con la otra a aquellos a quienes nosotros no podemos tocar. Y, aunque, bajo ciertos puntos de vista, está expuesta a los golpes de los dos partidos y ofrece el ridículo espectáculo de un sedicioso que predica la obediencia, es, sin embargo, muy digna de aprecio en otros aspectos, y puede ser considerada como uno de esos intermedios químicos necesarios para realizar la aleación de elementos que son por naturaleza inasociables.

Como los bienes del clero han sido dilapidados, ningún motivo despreciable podrá, durante mucho tiempo, proporcionarle nuevos miembros; de forma que todas las circunstancias concurren a elevar su espíritu. Hay razón además, para creer que la contem-

plación de la obra que parece estarle encomendada le dará ese grado de exaltación que eleva al hombre por encima de sí mismo, y le pone en condiciones de realizar grandes cosas.

Unid a estas circunstancias la fermentación de los espíritus en ciertos países de Europa, las ideas exaltadas de algunos hombres notables, y esa especie de inquietud que afecta a las mentes religiosas, sobre todo en los países protestantes, y las empuja por caminos extraordinarios.

Contemplad al mismo tiempo la tempestad que ruge sobre Italia: Roma amenazada, lo mismo que Ginebra, por la potencia que rechaza todo culto; y la supremacía nacional de la Religión abolida en Holanda por un decreto de la Convención nacional. Si la Providencia *borra,* es sin duda para *escribir de nuevo.*

Yo observo, además, que el establecimiento en el mundo de grandes creencias ha sido favorecido siempre por grandes conquistas, por la formación de grandes soberanías. Es fácil comprender la razón.

En fin, ¿qué va a suceder en la época en que vivimos, tras estas combinaciones extraordinarias que han desconcertado toda la prudencia humana? Verdaderamente, se siente uno inclinado a creer que la Revolución política no es más que un objetivo secundario del gran plan que se desarrolla ante nosotros con una majestad terrible.

He hablado al principio de ese magisterio que

Francia ejerce sobre el resto de Europa. La Providencia, que adapta siempre los medios a los fines, y da a las naciones, como a los individuos, los medios necesarios para el cumplimiento de su destino, ha dado precisamente a la nación francesa dos instrumentos, o, por decirlo así, dos brazos, con los cuales es capaz de remover el mundo: su idioma, y el espíritu de proselitismo que forma la esencia de su carácter; de forma que tiene perpetuamente la necesidad y el poder de influir en los hombres.

El poderío, casi diría la *monarquía,* de la lengua francesa es bien visible, aun cuando alguien finja ponerlo en duda. En cuanto al espíritu de proselitismo, es tan claro como el sol: en la vendedora de modas como en el filósofo, constituye el rasgo más saliente del carácter nacional.

Este proselitismo es generalmente considerado como una ridiculez, y es verdad que a menudo merece este nombre, sobre todo, en lo externo: en el fondo, sin embargo, es una *función.*

Pues bien: es una ley eterna del mundo moral que toda *función* origina un deber. La Iglesia gala era una piedra angular del edificio católico, o, mejor dicho, *cristiano,* porque no hay más que un edificio. Las iglesias enemigas de la Iglesia Universal, sólo por ella subsisten, aunque quizá no lo sospechen, semejantes a ese estéril muérdago que sólo vive de la savia del árbol que lo sostiene y al cual empobrece.

De aquí viene—puesto que la reacción entre fuer-

zas opuestas es siempre igual a la acción—que los mayores esfuerzos de la diosa Razón contra el cristianismo hayan tenido lugar en Francia: el enemigo atacaba la ciudadela.

El clero de Francia no debe dormirse: tiene mil razones para creer que está llamado a una gran misión, y las mismas conjeturas que le permiten colegir por qué ha sufrido, le permiten creerse destinado a una obra fundamental.

En una palabra: si no se hace una renovación moral en Europa, si el espíritu religioso no se robustece en esta parte del mundo, el vínculo social quedará disuelto. No se puede adivinar nada y todo puede esperarse. Pero si se produce un cambio feliz a este respecto, o ya no hay analogía, ni inducción, ni arte de conjeturar, o es Francia la llamada a producirlo.

Es esto, más que nada, lo que me hace pensar que la Revolución francesa señalará una gran época, y que sus consecuencias en todos los terrenos se harán sentir mucho más allá de los tiempos de su explosión y del alcance de sus llamas.

Si la observamos en sus relaciones políticas, nos confirmamos en la misma opinión. ¡Cuánto se han engañado acerca de Francia las potencias europeas! ¡Cuántas veces *han meditado cosas vanas!* ¡Oh vosotros, los que os creéis independientes porque no conocéis juez sobre la tierra! No digáis jamás: esto me conviene. *¡Discite sustanciam moniti!* ¿Qué ma-

no, a la vez severa y paternal, aplastaba a Francia bajo todas las calamidades imaginables, y sostenía su imperio por medios sobrenaturales, volviendo contra ellos mismos todos los esfuerzos de sus enemigos?

Que no vengan hablándome de los *asignados*, de la fuerza del número, etc., etc... Porque, precisamente, la posibilidad de los asignados está fuera de la naturaleza. Además, no es el papel moneda ni la ventaja del número lo que hace que los vientos impulsen a los navíos franceses y repelan a los de sus enemigos; que el invierno les construya puentes de hielo en el instante en que los necesitan; que los soberanos que les estorban mueran en el momento preciso; que invadan Italia sin cañones, y que falanges consideradas como las más aguerridas del continente arrojen las armas en igualdad de número, y pasen bajo su yugo.

Leed las bellas reflexiones del señor Dumas sobre la guerra actual; allí veréis perfectamente *porqué* ha tomado el carácter que ahora vemos; pero no *cómo* lo ha tomado. Hay que ir de nuevo al Comité de Salud Pública, que fué un milagro, y cuyo espíritu gana todavía las batallas.

En fin, el castigo de *los franceses* se sale de todas las reglas corrientes, y la protección concedida a *Francia*, lo mismo; pero estos dos prodigios, al reunirse, se multiplican el uno por el otro y presen-

tan uno de los espectáculos más asombrosos que los ojos humanos han contemplado jamás.

A medida que los acontecimientos se desarrollen, se irán dejando ver otras razones y relaciones admirables. Y además, yo solo veo una parte de lo que una vista más perspicaz podría descubrir en este momento.

La horrible efusión de sangre humana ocasionada por esta gran conmoción, es un medio terrible; sin embargo, es un medio tanto como un castigo, y puede dar lugar a reflexiones interesantes.

III

DE LA DESTRUCCION VIOLENTA DE LA ESPECIE HUMANA

No estaba, por desgracia, tan lejos de la verdad aquel rey de Dahomey, en el interior de Africa, que decía, no hace mucho tiempo, a un inglés: "Dios ha hecho este mundo para la guerra; todos los reinos, grandes y pequeños la han practicado en todos los tiempos, aunque bajo principios diferentes" [6].

La Historia prueba, desgraciadamente, que la guerra es el estado habitual del género humano en cierto sentido; es decir: que la sangre humana ha de correr sin interrupción sobre la tierra, ya en un lugar, ya en otro, y que la paz, en cada nación no es más que una tregua.

Se puede citar la clausura del templo de Jano bajo Augusto; se puede citar un año del reinado guerrero de Carlomagno (el año 790), en el cual

[6] ARCHIBALD DALZEL, *The history of Dahomey,* Biblioth. Brit., mayo 1796, vol. II, núm. 1, pág. 87.

no hizo la guerra [7]; una corta época después de la paz de Ryswick, en 1697, y otra igualmente corta después de la de Carlowitz, en 1699, en las que no hubo ninguna guerra, no solamente en Europa, sino en todo el mundo conocido.

Pero estos son solo ejemplos excepcionales. Por otra parte, ¿quién puede saber lo que sucede en todo el globo, en una época determinada?

El siglo que termina comenzó para Francia con una guerra cruel, que no terminó hasta 1714, por el tratado de Rastadt. En 1719, Francia declaró la guerra a España; el tratado de París le puso fin en 1724. La elección del rey de Polonia reanudó la guerra en 1733; la paz se hizo en 1736. Cuatro años después estalló la terrible guerra de Sucesión austríaca que duró sin interrupción hasta 1748. Ocho años de paz comenzaban a cicatrizar las heridas de ocho años de guerra, cuando la ambición de Inglaterra obligó a Francia a tomar las armas. La guerra de los Siete Años es de sobra conocida. Después de quince años de reposo, la Revolución americana arrastró de nuevo a Francia a una guerra, cuyas consecuencias no hubiera podido prever toda la humana sabiduría. Se firma la paz en 1782; siete años después, comienza la Revolución, que dura todavía;

[7] M. Gaillard, *Histoire de Charlemagne*, t. II, lib. I, cap. V.

y puede ser que en este momento haya costado ya a Francia tres millones de hombres.

Así, considerando tan solo a Francia, tenemos cuarenta años de guerra en un conjunto de noventa y siete. Si algunas naciones han sido más felices, otras lo han sido mucho menos. Pero no basta considerar un espacio de tiempo y un punto del globo. Es preciso echar una mirada rápida sobre esa serie de matanzas que mancha todas las páginas de la Historia. Se verá a la guerra haciendo estragos sin interrupción, como una fiebre continua jalonada de espantosos recrudecimientos. Yo ruego al lector que considere este cuadro a partir de la caída de la República romana.

Mario extermina en una batalla doscientos mil cimbrios y teutones. Mithrídates manda degollar ochenta mil romanos. Sila le mata noventa mil hombres en un combate entablado en Beocia en que él mismo pierde diez mil. En seguida vienen las Guerras Civiles y las proscripciones. César por sí solo hace morir un millón de hombres sobre el campo de batalla. (Antes que él había tenido Alejandro tan funesto honor.) Augusto cierra un instante el templo de Jano; pero lo abre para siglos al establecer un Imperio electivo. Algunos buenos príncipes permiten que el Estado respire; pero la guerra no cesa jamás, y, bajo el imperio del *bondadoso* Tito, seiscientos mil hombres perecen en el sitio de Jerusalén. La destrucción de hombres realizada por las armas de

los romanos es verdaderamente aterradora [8]. El Bajo Imperio no presenta más que una serie de matanzas. Comenzando por Constantino ¡qué guerras y qué batallas! Licinio pierde veinte mil hombres en Cíbalis, treinta y cuatro mil en Andrinópolis y cien mil en Crisópolis. Las naciones del Norte comienzan a ponerse en marcha. Los francos, los godos, los hunos, los lombardos, los alanos, los vándalos... atacan el Imperio y lo arrasan sucesivamente. Atila pasa Europa a sangre y fuego. Los franceses le matan más de doscientos mil hombres cerca de Chalons; y los godos, al año siguiente, le hacen sufrir una pérdida aún más considerable. En menos de un siglo, Roma es tomada y saqueada tres veces; y en una rebelión que se alza en Constantinopla son degolladas cuarenta mil personas. Los godos se apoderan de Milán y matan trescientos mil de sus habitantes. Totila manda exterminar a todos los habitantes de Tívoli, y noventa mil hombres en el saco de Roma. Aparece Mahoma. La espada y el Corán recorren los dos tercios de globo. Los sarracenos llegan desde el Eúfrates al Guadalquivir. Destruyen de punta a cabo la inmensa ciudad de Siracusa; pierden treinta mil hombres cerca de Constantinopla en un solo combate naval, y Pelayo les mata veinte mil en una batalla terrestre. Estas pérdidas no eran nada para los sarracenos; pero el torrente

[8] MONTESQUIEU, *Esprit des lois,* lib. XXIII, cap. XIX.

encuentra el genio de los francos en la llanura de Tours, donde el hijo del primer Pipino, en medio de trescientos mil cadáveres, une a su nombre el epíteto de Terrible, que le distingue todavía. Al llegar a España, el islamismo encuentra un rival indomable. Quizá nunca se vió mayor gloria, mayor grandeza y mayores carnicerías. Muchas expediciones, y hasta muchas batallas, cuestan veinte, treinta, cuarenta y hasta ochenta mil vidas.

Carlomagno sube al trono y combate durante medio siglo. Cada año decreta sobre qué parte de Europa hay que enviar la muerte. Presente en todas partes y siempre vencedor, aplasta pueblos de hierro como César aplastaba a los afeminados asiáticos. Los normandos comienzan esa larga serie de estragos y crueldades que aún nos hacen estremecer. La inmensa herencia de Carlomagno queda desgarrada: la ambición la cubre de sangre, y el nombre de francos desaparece en la batalla de Fontenay. Italia entera es saqueada por los sarracenos, mientras que los normandos, los daneses y los húngaros asolan Francia, Holanda, Inglaterra, Alemania y Grecia. Los pueblos bárbaros se establecen al fin y se amansan. Esta herida ya no sangra, pero otra se abre al instante: las Cruzadas comienzan. Europa entera se lanza sobre Asia, las víctimas se cuentan por miriadas. Gengis-Kan y sus hijos subyugan y asolan el globo desde la China hasta Bohemia. Los franceses, que habían hecho cruzadas contra los musulmanes las

hacen contra los herejes. Guerra cruel contra los albigenses..., batalla de Bouvines, donde treinta mil hombres pierden la vida... Cinco años después, ochenta mil sarracenos perecen en el sitio de Damiette. Los Güelfos y los Gibelinos inician la guerra que había de ensangrentar durante tanto tiempo a Italia. La hoguera de las guerras civiles se enciende en Inglaterra. Vísperas sicilianas. Bajo los reinados de Eduardo y Felipe de Valois, Francia e Inglaterra chocan más violentamente que nunca, y crean una nueva era de carnicería; matanzas de judíos, batalla de Poitiers, batalla de Nicópolis: el vencedor cae bajo los golpes de Tamerlán, que resucita a Gengis-Kan. El duque de Borgoña hace asesinar al duque de Orleans, y comienza la sangrienta rivalidad de las dos familias. Batalla de Azincourt. Los husitas pasan a sangre y fuego gran parte de Alemania. Mahomet II reina y combate durante treinta años. Inglaterra, confinada dentro de sus fronteras, se destroza con sus propias manos; las casas de York y de Lancaster la bañan en sangre. La heredera de Borgoña aporta sus estados a la casa de Austria, y con este contrato quedaba escrito que los hombres se degollarían durante tres siglos, desde el Báltico al Mediterráneo. Descubrimiento del Nuevo Mundo: es la sentencia de muerte para tres millones de indios. Carlos V y Francisco I aparecen en la escena del mundo: cada página de su historia está teñida de sangre humana. Reinado de Solimán; batalla de

Mohatz, sitio de Viena, sitio de Malta... De la sombra del claustro surge uno de los más grandes azotes del género humano: Lutero aparece, le sigue Calvino; guerra de los Campesinos, guerra de los Treinta Años, guerra Civil de Francia, matanzas de los Países Bajos, matanzas de Irlanda, matanzas de los Cevennes; la noche de San Bartolomé; asesinato de Enrique III, de Enrique IV, de María Estuardo, de Carlos I; y, en nuestros días, la Revolución francesa, que brota de la misma fuente.

No llevaré más adelante esta enumeración espantosa; nuestro siglo y el precedente son de sobra conocidos. Ya nos remontemos hasta la cuna de las naciones, ya descendamos hasta nuestros días; sea cualquiera el estado en que encontremos a los pueblos, desde la barbarie a la más refinada civilización, siempre hallaremos la guerra... Por esta causa, que es la principal, y por todas las que se le añaden, la efusión de sangre humana no se detiene jamás en el Universo: unas veces es menos abundante sobre una gran superficie y otras más abundante sobre una superficie menos extensa; o sea, que es, poco más o menos, constante. Pero de cuando en cuando suceden acontecimientos extraordinarios que la aumentan prodigiosamente, como las guerras Púnicas, los Triunviratos, las victorias de César, la irrupción de los Bárbaros, las Cruzadas, las guerras de Religión, la de Sucesión de España, la Revolución francesa. Si hubiera tablas de matanzas como hay tablas me-

teorológicas, ¿quién sabe si no se descubrirían sus leyes al cabo de algunos siglos de observación?[9].

Buffon ha probado perfectamente que una gran parte de los animales está destinada a morir de muerte violenta. Hubiera podido, según las apariencias, extender su demostración al hombre; pero podemos limitarnos a los hechos.

Hay, además, motivos para creer que esta destrucción violenta no es un mal tan grande como se cree: al menos, es uno de esos males que entran en un orden de cosas en que todo es violento y contra naturaleza, y que producen compensaciones. En primer lugar, cuando el alma humana ha perdido su temple por la molicie, la incredulidad, y los vicios gangrenosos que acompañan al exceso de civilización, no puede volver a templarse más que en la sangre. No es fácil, ni mucho menos, explicar porqué la guerra produce efectos tan diferentes según las diversas circunstancias. Lo que se ve con bastante

[9] Consta, por ejemplo, en el informe dado por el cirujano en jefe de los ejércitos de S. M. I., que de doscientos cincuenta mil hombres empleados por José II contra los turcos, desde el 1.° de junio de 1788 hasta 1.° de mayo de 1789, habían perecido 33.543 por enfermedades y 80.000 por las armas "Gaceta Nacional y Extranjera", 1790, número 34. Y vemos, por un cálculo aproximativo hecho en Alemania, que la guerra actual había ya costado, en el mes de octubre de 1795, un millón de hombres a Francia y quinientos mil a las potencias aliadas. (De un trabajo periodístico alemán, en el "Correo de Francfort", 28 de octubre de 1795, núm. 296.)

claridad es que el género humano puede ser considerado como un árbol al que una mano invisible poda sin tregua, y que mejora frecuentemente con esta operación. Es verdad que si se lesiona al tronco, o si se cortan todas las ramas, el árbol puede morir. Pero ¿quién puede determinar los límites para el árbol humano? Lo que sabemos es que las mayores carnicerías se alían a menudo con las más densas poblaciones, como se ha visto sobre todo en las antiguas repúblicas griegas y en España bajo la dominación de los árabes[10]. Los lugares comunes sobre la guerra nada significan: no hace falta ser muy listo para saber que cuantos más hombres se matan, menos quedan por el momento, como, cuántas más ramas se cortan, menos se dejan en el árbol; pero son las consecuencias finales de la operación lo que hay que considerar. Pues bien: siguiendo con la misma comparación, se puede observar que el jardinero hábil encamina la poda, más que a la vegetación de conjunto, a la fructificación del árbol; lo que quiere de la planta son frutos, y no madera y hojas. Y los verdaderos frutos de la naturaleza humana: las ar-

[10] España, en aquella época, llegó a tener cuarenta millones de habitantes; hoy no tiene más que diez. En otro tiempo "Grecia florecía en el seno de las más crueles guerras; corrían ríos de sangre y todo el país estaba cubierto de hombres. Parecía—dice Maquiavelo—que en medio de los asesinatos, proscripciones y guerras civiles, y a causa de ellos, nuestra República se fortalecía..., etc." ROUSSEAU, *Contrato Social,* lib. III, cap. X.

tes, las ciencias, las grandes empresas, las altas concepciones, las virtudes viriles, dependen, sobre todo, de la guerra. Sabido es que las naciones no alcanzan jamás el punto culminante de grandeza de que son capaces, más que tras largas y sangrientas guerras. Así, el momento más brillante de los griegos fué la época terrible de la guerra del Peloponeso; el siglo de Augusto siguió inmediatamente a la guerra civil y a las proscripciones; el genio francés fué tallado por la Liga y pulimentado por la Fronda; todos los grandes hombres del siglo de la reina Ana nacieron en medio de conmociones políticas. En una palabra: diríase que la sangre es el abono de esa planta que se llama *genio.*

No sé si se comprende bien el sentido de la frase *las artes son amigas de la paz.* Por lo menos habría que explicar y precisar la proposición: yo no encuentro nada menos pacífico que los siglos de Alejandro y de Pericles, de Augusto, de León X y de Francisco I, de Luis XIV y de la reina Ana.

¿Es posible pensar que la efusión de sangre humana no tenga una causa grande y grandes efectos? Reflexionemos: la Historia y la fábula, los descubrimientos de la fisiología moderna y las antiguas tradiciones, se unen para proporcionarnos materia para estas meditaciones. No será más humillante andar tanteando en este terreno que en otros mil más ajenos al hombre.

Clamemos, sin embargo, contra la guerra; procu-

remos alejar de ella a los soberanos; pero no caigamos en los sueños de Condorcet, ese filósofo tan amado de la Revolución, que empleó su vida en preparar la desgracia de la generación presente, legando generosamente la perfección a nuestros sucesores. Solo hay un medio de reducir el azote de la guerra, que es reducir los desórdenes que traen esta terrible purificación.

En la tragedia griega de Orestes, Helena es arrebatada por los dioses al justo resentimiento de los griegos, y colocada en el cielo al lado de sus dos hermanos, para ser, junto con ellos, signo de salvación para los navegantes. Apolo aparece para justificar tan extraña apoteosis [11]. La belleza de Helena—dice—no fué más que un instrumento de que los dioses se sirvieron para enfrentar a griegos y troyanos y hacer correr la sangre a fin de contener [12] en la tierra la iniquidad de los hombres, ya demasiado numerosos [13].

Apolo hablaba muy bien. Son los hombres los que acumulan las nubes, y luego se quejan de las tormentas.

"La cólera de los reyes levanta en armas a la tierra;
La cólera de los cielos levanta en armas a los reyes."

---

[11] Dignus vindice nodus. Horacio, A. P., 191.
[12] ὠςἀπαντλοῖεγ
[13] Eurip. Orest., 1655-58.

Ya comprendo que en todas estas consideraciones nos vemos constantemente asaltados por la imagen, tan dolorosa, de los inocentes que perecen junto con los culpables, pero, sin detenernos en esta cuestión, que se relaciona con las cuestiones más profundas que existen, podemos considerarla solamente en su relación con el dogma universal, y tan antiguo como el mundo, de *la reversibilidad de los dolores del inocente a favor del culpable.*

Creo que de este dogma derivaron los antiguos la costumbre de los sacrificios, que se practicaron en todo el Universo, y que juzgaban provechosos, no sólo a los vivos, sino también a los muertos [14]. Extraños usos, que la costumbre nos hace mirar sin asombro, pero cuyas raíces no es fácil descubrir.

Las inmolaciones voluntarias, tan famosas en la antigüedad, se basaban en el mismo dogma. Decio tenía fe en que el sacrificio de su vida sería aceptado por la divinidad y que podría contrarrestar los males que amenazaban a su patria [15].

El cristianismo ha dado su consagración a este dogma, que es infinitamente natural al hombre, aunque parezca difícil llegar a él por medio del razonamiento.

[14] PLATÓN, *De República*, lib. II. Literalmente, hacían sacrificios "por el reposo de las almas; y estos sacrificios —dice Platón—son de gran eficacia, por lo que dicen ciudades enteras, y los poetas, hijos de los dioses, y los profetas, inspirados por los dioses."

[15] TITO LIVIO, VIII, 9 y 10. Diaculum omnes deorum irae. Omnes minas periculaque ab diis, superis inferisque in re unum vertit.

Así, puede haber habido en el corazón de Luis XVI, en el de la celestial Isabel, un movimiento, una aceptación, capaces de salvar a Francia.

Se pregunta a veces de qué sirven esas austeridades terribles practicadas en ciertas órdenes religiosas, y que son también inmolaciones; tanto valdría, exactamente, preguntar para qué vale el cristianismo, que se basa enteramente en ese mismo dogma engrandecido: la inocencia satisfaciendo por el crimen.

La autoridad que aprueba estas órdenes escoge algunos hombres y los aparta del mundo para que sean sus *conductores.*

No todo es violencia en el Universo; pero la filosofía moderna nos adula cuando dice que *todo está bien;* siendo así que el mal lo ha manchado todo y que, en un sentido muy real, *todo está mal,* porque nada está en su sitio. Cuando bajó la nota tónica de nuestra creación, todas las demás bajaron proporcionalmente, según las reglas de la armonía. *Todos los seres se lamentan* [16], y tienden con esfuerzo y dolor hacia otro orden de cosas.

[16] SAN PABLO *a los Romanos,* VIII, 22 y sigs. El sistema de la Palingenesia de CHARLES BONNET tiene ciertos puntos de contacto con este texto de San Pablo; pero esta idea no le ha conducido a la de una degradación anterior, a pesar de que ambas concuerdan muy bien.

Sobre todo, los espectadores de las grandes calamidades humanas llegan fácilmente a estas tristes conclusiones; pero cuidemos de no perder por ello el ánimo: no hay castigo que no purifique, no hay desorden que el *Amor Eterno* no sepa volver contra el principio del mal. Es consolador, en medio del desorden general, presentir los designios de la Divinidad. Jamás los veremos por completo durante nuestro viaje, y con frecuencia nos equivocaremos; pero ¿no estamos reducidos a conjeturar en todas las ciencias posibles, salvo las exactas? Y, si nuestras conjeturas son plausibles, si la analogía está a su favor, si se apoyan en ideas universales, y, sobre todo, si son consoladoras y propias para hacernos mejores, ¿qué es lo que les falta? Si no son verdaderas, son al menos buenas; o, más bien, puesto que son buenas, ¿no debe deducirse que son verdaderas?

Tras haber considerado la Revolución francesa desde un punto de vista puramente moral, dirigiré mis conjeturas sobre la política, aunque sin olvidar el objeto principal de mi obra.

IV

¿PUEDE DURAR LA REPUBLICA FRANCESA?

Sería mejor preguntar: ¿Puede existir la República? Se dá por supuesto que sí, pero eso es correr demasiado; y la *cuestión previa* parece bien fundada, porque la Naturaleza y la Historia se unen para establecer que la existencia misma de una gran República es una cosa imposible. Un pequeño número de republicanos, encerrados dentro de los muros de una gran ciudad, pueden, sin duda, tener millones de súbditos: ese fué el caso de Roma; pero no puede existir una gran nación libre bajo un Gobierno republicano. La cosa es tan clara por sí misma, que la teoría hace supérflua la experiencia; pero la experiencia, que decide todas las cuestiones en política —como en física— está aquí perfectamente de acuerdo con la teoría.

¿Qué ha podido decirse a los franceses para hacerles creer en la República de veinticuatro millones

de hombres? Solamente dos cosas: 1.°, nada impide que ahora se vea lo que jamás se ha visto; 2.°, el descubrimiento del sistema representativo hace posible para nosotros lo que no lo era para nuestros antepasados. Examinemos la fuerza de estos dos argumentos.

Si nos dijeran que en un dado, echado cien millones de veces, no han salido nunca más que cinco cifras: 1, 2, 3, 4, 5, ¿podríamos creer que el número 6 se encuentra en una de sus caras? Sin duda que no: estaría demostrado, como si lo hubiéramos visto, que una de esas caras es blanca o una de las cifras está repetida. Pues bien, recorramos la Historia: veremos a eso que se llama la fortuna echando el dado sin descanso desde hace cuatro mil años. ¿Ha sacado jamás *la gran República?* No. Por consiguiente, *esta cifra* no estaba en el dado.

Si el mundo hubiera visto sucederse numerosas formas de gobierno, no tendríamos derecho a decir que tal o cual forma es imposible porque no ha sido vista jamás; pero la realidad es diferente: se ha visto siempre la Monarquía y algunas veces la República. Si se quiere entrar en las subdivisiones, se puede llamar *democracia* al Gobierno en que la masa ejerce la soberanía, y *aristocracia* aquél en que la soberanía pertenece a un número más o menos restringido de familias privilegiadas. Y ya está dicho todo.

La comparación del dado es, pues, perfectamente

exacta: puesto que siempre han salido los mismos números del cuerno de la fortuna, la ley de las probabilidades nos autoriza a sostener que no hay otros en él.

No confundamos las esencias de las cosas con sus modificaciones: las primeras son inalterables y reaparecen siempre; las segundas cambian y hacen variar un poco el espectáculo, al menos para el vulgo; porque la mirada del experto atraviesa fácilmente el ropaje variable en que la eterna naturaleza se envuelve según los tiempos y los lugares.

¿Qué hay, por ejemplo, de particular y de nuevo en los tres poderes que constituyen el gobierno de Inglaterra? El nombre de *pares* y el de *comunes*, el ropaje de los *lores*... Pero los tres grandes poderes, considerados de modo abstracto se encuentran siempre donde se encuentra la libertad prudente y duradera; y ante todo, en Esparta, donde el gobierno, antes de Licurgo, *estaba continuamente en conmoción inclinándose tan pronto a la tiranía, cuando los reyes tenían demasiado poder, tan pronto a la confusión popular, cuando el pueblo llano usurpaba una excesiva autoridad.* Pero Licurgo puso entre ambos poderes el Senado, que fué—como dice Plutarco—*un contrapeso saludable y una fuerte barrera, que mantenía ambos extremos en el fiel de la balanza y daba base firme y segura al estado de la cosa pública, ya que los senadores se ponían algunas veces de parte de los reyes, para resistir a la temeridad*

popular y, por el contrario, fortificaban algunas veces el partido del pueblo en contra de los reyes, para evitar que éstos usurpasen un poder tiránico [17].

Así, pues, no hay nada nuevo; y la gran República es imposible, puesto que jamás ha existido ninguna gran República.

En cuanto al sistema representativo que algunos creen capaz de resolver el problema, me arrastra a una digresión, que espero me sea perdonada.

Comencemos por señalar que este sistema no es, en modo alguno, un descubrimiento moderno, sino un *producto*, o, mejor dicho, un *engranaje* del gobierno feudal, cuando llegó a aquel punto de madurez y de equilibrio que le hizo lo más perfecto que se ha visto en el Universo [18].

La autoridad real, tras haber creado los municipios, los convocó a las Asambleas nacionales; no podían presentarse en ellas más que por medio de sus mandatarios: de aquí el sistema representativo.

Lo mismo ocurrió—dicho sea de paso—con el juicio por jurados. La jerarquía feudal sometía a los vasallos de cada estadio al tribunal de sus soberanos respectivos; de aquí nació la máxima de que cada hombre debe ser juzgado por sus iguales (pa-

[17] PLUTARCO, *Vida de Licurgo.* Traducción de Amyot.
[18] "No creo que exista en la tierra ningún Gobierno tan equilibrado...", etc. MONTESQUIEU, *Espíritu de las leyes,* lib. XI, cap. VIII.

res curtis) [19]. Máxima que los ingleses han mantenido en toda su extensión, haciéndola sobrevivir a su causa generadora, mientras que los franceses, menos tenaces, o quizá debido a circunstancias invencibles, no han sacado de ella el mismo partido.

Hay que ser bien incapaz de penetrar lo que Bacon llama *interiora rerum,* para imaginar que los hombres han podido llegar por medio de un previo razonamiento a tales instituciones, y que éstas puedan ser el fruto de una deliberación.

Por lo demás, la representación nacional no es exclusiva de Inglaterra: se la encuentra en todas las monarquías de Europa. Pero en Inglaterra está viva; fuera de ella está muerta o duerme; y no entra en los planes de esta pequeña obra examinar si es una desgracia para la Humanidad el que haya sido suspendida y si convendría acercarse de nuevo a las formas antiguas. Baste con observar que, según la Historia: 1.°, en Inglaterra, donde la representación nacional ha obtenido y mantenido más fuerza que en cualquier otro lugar, no se piensa en ella hasta mediados del siglo XIII [20]; 2.°, que no fué, ni mucho menos, una invención, ni efecto de una deliberación,

[19] Véase el *libro de los feudos.*
[20] Los demócratas de Inglaterra han tratado de remontar mucho más lejos los derechos de los municipios, y han visto al pueblo hasta en los famosos Wittenagemots; pero han tenido que abandonar voluntariamente esta tesis insostenible. HUME, t. I, apénd. I, pág. 144; apénd. II, pág. 407. Edit. en 4.°, Millar, Londres, 1762.

ni el resultado de la acción del pueblo utilizando sus antiguos derechos, sino que un soldado ambicioso, para lograr sus objetivos particulares, creó realmente la balanza de los tres poderes después de la batalla de Lewes, sin saber lo que hacía, como sucede siempre; 3.º, no solamente la convocación de los municipios fué una concesión del monarca, sino que, al principio, el Rey nombraba a los representantes de las provincias, ciudades y pueblos; 4.º, incluso después que los municipios se arrogaron el derecho de enviar diputados al Parlamento—durante el viaje de Eduardo I a Palestina—no tuvieron en él más papel que el consultivo; presentaban sus quejas, como los estados generales de Francia, y la fórmula de las concesiones que emanaban del trono a continuación de sus peticiones, era siempre: *otorgado por el Rey y los señores espirituales y temporales a los humildes ruegos de los municipios;* en fin, el poder colegislativo atribuído a la Cámara de los Comunes, es todavía bastante joven, puesto que apenas se remonta a la mitad del siglo XV.

Si se entiende por representación nacional *cierto* número de representantes, enviados por *algunos* hombres, de *algunas* ciudades y pueblos, en virtud de una antigua concesión del soberano, no vamos a discutir las palabras: ese Gobierno existe, y es el de Inglaterra.

Pero si se quiere que todo el pueblo sea representado, que no pueda serlo más que por medio de

un mandato[21], y que todo ciudadano sea hábil para dar y recibir ese mandato, con pocas excepciones física y moralmente inevitables; y si se quiere añadir a tal orden de cosas la abolición de toda jerarquía y función hereditaria, este régimen representativo es una cosa que no se ha visto jamás y que nunca se logrará.

Nos arguyen con América: no conozco nada tan irritante como las alabanzas que se tributan a ese niño, aún en pañales. Dejadle crecer.

Pero para aclarar todo lo posible esta discusión, hay que subrayar que los fautores de la República francesa no están solamente obligados a probarnos que la representación *perfeccionada,* como dicen los innovadores, es posible y buena, sino, además, que el pueblo podría conservar por este medio su soberanía (como ellos dicen también) y formar, en su totalidad, una República. Este es el eje del problema; porque *si la República está en la capital,* y el resto de Francia es súbdito de la República, eso no es el triunfo del *pueblo soberano.*

La comisión encargada últimamente de presentar

[21] Se supone con frecuencia, por mala fe o irreflexión, que sólo el "mandatario" puede ser "representante": es un error. Todos los días, ante los tribunales, el niño, el loco y el ausente están representados por hombres que sólo de la ley reciben su mandato; ahora bien: el "pueblo" reúne en grado eminente estas cualidades, porque siempre es "niño", siempre "loco" y siempre está "ausente". ¿Por qué, pues, sus tutores no han de poder prescindir de sus mandatos?

un sistema para la renovación del tercio, estima el número de franceses en treinta millones. Aceptemos ese número y supongamos que Francia conserva sus conquistas. Cada año, según el texto de la Constitución, doscientas cincuenta personas saldrán del Cuerpo legislativo para ser reemplazadas por otras doscientas cincuenta. De eso se deduce que, si los quince millones de varones que supone esa población fueran inmortales, aptos para la representación y nombrados por orden, invariablemente cada francés ejercería la soberanía nacional una vez cada sesenta mil años [22].

Pero como no podemos dejar de morir sin llegar a ese término; como, además, puede repetirse la elección de las mismas personas, y hay una multitud de individuos a quienes la naturaleza y el buen sentido declararán siempre ineptos para la representación nacional, la imaginación se aterra ante el número prodigioso de soberanos condenados a morir sin haber reinado.

Rousseau ha sostenido que la *voluntad nacional no puede ser delegada;* se puede decir que sí o que no, y discutir mil años sobre esas cuestiones de escuela. Pero lo seguro es que el sistema representativo excluye directamente el ejercicio de la soberanía, sobre todo en el sistema francés, en el que los derechos

[22] No tengo en cuenta los puestos de Directores. A este respecto, la probabilidad es tan pequeña que puede ser considerada como cero.

del pueblo se limitan a nombrar a los que nombran; en que, no solo no puede dar mandatos especiales a sus representantes, sino que la ley tiene buen cuidado de romper toda relación entre éstos y sus provincias respectivas, advirtiéndoles que *en modo alguno son enviados por los que los han enviado, sino por la Nación*: gran palabra, infinitamente cómoda, porque se hace con ella lo que se quiere. En fin, no se puede concebir una legislación mejor calculada para anular los derechos del pueblo. Tenía, pues, razón aquel vil conspirador jacobino cuando declaraba rotundamente ante un tribunal: *Considero al Gobierno actual usurpador de la autoridad, violador de todos los derechos del pueblo, al que ha reducido a la más deplorable esclavitud. Este es el horrible sistema de la felicidad de unos pocos fundada en la opresión de la masa. El pueblo está de tal modo amordazado, de tal modo encadenado por este Gobierno aristocrático, que se ha hecho más difícil que nunca el romper sus ligaduras* [23].

¡Ah! ¿Qué importa al pueblo el vacuo honor de la representación, en la cual interviene tan indirectamente, y que millones de individuos no alcanzarán jamás? ¿Le son por ello menos ajenas la soberanía y el gobierno?

Pero se nos dirá, dando la vuelta al argumento: ¿Qué importa al pueblo el vacuo honor de la repre-

[23] Véase el interrogatorio de Barboeuf, junio de 1796.

sentación, si el sistema establecido determina la libertad pública?

No se trata de eso. La cuestión no es saber si el pueblo francés puede ser *libre* con la Constitución que se le ha dado, sino si puede ser *soberano*. Se cambia el problema para escapar al razonamiento. Comencemos por excluir el ejercicio de la soberanía; insistamos sobre este punto fundamental: el soberano estará siempre en París, y todo este estrépito de representación nada significa. El pueblo permanece perfectamente ajeno al Gobierno, es más *súbdito* que en la Monarquía, y las palabras de *gran República* se excluyen como las de *círculo cuadrado*. Esto ha quedado demostrado matemáticamente.

La cuestión se reduce, pues a si conviene más al pueblo francés ser súbdito de un Directorio ejecutivo y de dos Consejos instituídos de acuerdo con la Constitución de 1795, que de un rey que reinase en la forma antigua.

Resolver un problema es mucho más difícil que plantearlo.

Hay, pues, que excluir esa palabra, *República*, y no hablar más que de *Gobierno*. No examinaré si es propio para hacer la felicidad pública: ¡lo saben tan bien los franceses! Veamos solamente si, tal como es, y de cualquier modo que se le nombre, se puede creer en su permanencia.

Elevémonos, ante todo, a la altura que conviene

al ser inteligente, y, desde este punto de vista elevado consideremos la fuente de este Gobierno.

El mal nada tiene de común con la existencia: no puede crear, puesto que su fuerza es puramente negativa. *El mal es el cisma del ser; no es real.*

Ahora bien: lo que distingue a la Revolución francesa y hace de ella un acontecimiento único en la Historia, está en que es radicalmente *mala;* ningún elemento de bien alivia la visión del observador. Es el más alto grado de corrupción conocido: es la pura impureza.

¿En qué página de la Historia se encontrará una cantidad tan grande de vicios actuando a la vez sobre el mismo escenario? ¡Qué reunión espantosa de bajeza y de crueldad! ¡Qué profunda inmoralidad! ¡Qué desprecio de todo pudor!

Las épocas en que realmente nace la libertad tienen *caracteres* tan notorios que es imposible confundirlos. En esas épocas, el amor a la Patria es una religión y el respeto por las leyes una superstición: Los *caracteres* son acusados, las costumbres austeras: todas las virtudes resplandecen a la vez. Los partidos redundan en provecho de la Patria, puesto que solo se disputan el honor de servirla; todo, hasta el crimen, lleva el sello de la grandeza. Si se compara con este cuadro el que nos ofrece Francia, ¿cómo creer en una libertad que comienza por la gangrena? O, para hablar más exactamente, ¿cómo creer que esta libertad pueda nacer—pues todavía no ha

nacido—y que del seno de la corrupción más repugnante pueda salir esa forma de Gobierno que necesita de las virtudes más que cualquier otra? Cuando se oye a esos pretendidos republicanos hablar de libertad y de virtud, creemos ver a una cortesana marchita simulando los modales de una virgen con un rubor de carmín.

Un periódico republicano nos ha transmitido la anécdota siguiente sobre las costumbres de París: "Se veía ante el tribunal civil una causa por seducción; una muchacha de catorce años asombraba a los jueces por un grado de malicia que aventajaba a la profunda inmoralidad de su seductor. Más de la mitad del auditorio estaba compuesto por mujeres jóvenes y por muchachas; entre ellas más de veinte no pasaban de los trece o catorce años. Varias estaban acompañadas de sus madres; y, en lugar de cubrirse la cara, reían estrepitosamente de los detalles necesarios, pero repugnantes, que hacían enrojecer a los hombres"[24].

Lector, acuérdate de aquel romano que, en los mejores tiempos de Roma, fué castigado por haber besado a su mujer delante de sus hijos. Establece un paralelo... y saca la consecuencia.

La Revolución francesa ha recorrido un período cuyos momentos, indudablemente, difieren entre sí; sin embargo, su carácter general no ha variado y des-

---

[24] "Journal de l'Opposition", 1795, núm. 173, pág. 705.

de la cuna mostraba ya lo que iba a ser. Era un delirio inexplicable, una impetuosidad ciega, un desprecio escandaloso hacia lo más respetable para los hombres; una atrocidad de un nuevo género que se burlaba de sus propios crímenes; pero, sobre todo, una impúdica prostitución del razonamiento y de todas las palabras hechas para expresar las ideas de justicia y de virtud.

Si nos detenemos en particular sobre los actos de la Convención nacional, es difícil expresar lo que se siente. Cuando yo asisto con el pensamiento a la época de su convocatoria, me siento transportado, como el sublime bardo de Inglaterra, a un mundo intelectual: veo al enemigo del género humano convocando a todos los malos espíritus a un nuevo *Pandemonium;* escucho *il rauco son delle tarteree trombe;* veo a todos los vicios de Francia acudir a la llamada, y no sé si estoy escribiendo una alegoría.

Y ved, además, cómo el crimen sirve de base a todo ese andamiaje republicano; esa palabra, "ciudadano" con que han sustituído las antiguas formas de cortesía procede de los seres humanos más viles: unos bandidos inventaron ese nuevo título en una de sus orgías legislativas. El calendario republicano, que no debe ser considerado solamente en su aspecto ridículo, fué una conjuración contra el culto. Su era data de las mayores iniquidades que han deshonrado a la Humanidad: no pueden fechar un acta sin cubrirse de vergüenza, al recordar el deshonroso ori-

gen de un Gobierno cuyas fiestas mismas hacen palidecer.

¿De este fango sangriento ha de salir un Gobierno estable? Que no se nos arguya con las costumbres feroces y licenciosas de los pueblos bárbaros, que sin embargo han llegado a ser lo que ahora vemos. La ignorancia bárbara ha presidido, sin duda, muchas instituciones; pero la barbarie sabia, la atrocidad sistemática, la corrupción calculada y, sobre todo, la irreligión, no han producido jamás nada. Una fruta verde se encamina a la madurez; de una podrida, nada puede esperarse.

¿Se ha visto nunca, por otra parte, que un Régimen, y, sobre todo, una Constitución libre, comiencen contra la voluntad de los miembros del Estado y prescindiendo de su asentimiento? Ese sería, sin embargo, el fenómeno que nos presentaría ese meteoro llamado *República francesa,* si pudiera durar. Se cree que es un Gobierno fuerte porque es violento; pero la fuerza difiere de la violencia tanto como de la debilidad, y quizá la forma asombrosa como actúa en estos momentos, nos suministre por sí sola la demostración de que no puede actuar por mucho tiempo. La nación francesa no *quiere* este Gobierno; le *sufre* y permanece sumisa, o bien porque no puede sacudírselo, o bien porque teme algo peor. La República solo reposa sobre esas dos columnas que nada tienen de real. Puede decirse que se apoya enteramente en dos negaciones. También es muy digno

de atención el que los escritores amigos de la República no se dedican a demostrar la bondad de este régimen. Ven claramente que ese es el punto débil de su defensa; se limitan, pues, a decir que es posible, y, pasando sobre esa tesis como sobre carbones encendidos, se consagran sobre todo a demostrar a los franceses que se expondrían a los mayores males si volvieran a su antiguo Gobierno. En este capítulo sí que están elocuentes: no se agotan sus discursos sobre los inconvenientes de las revoluciones. Si se les aprieta, estarán dispuestos a conceder que la que creó el Gobierno actual fué un crimen, con tal que se les conceda que no hay que hacer otra nueva. Poniéndose de rodillas ante la nación francesa, le suplican que conserve la República. Se percibe en cuanto dicen sobre la estabilidad del Gobierno, no el convencimiento de la razón, sino el sueño del deseo.

Y pasemos al gran anatema que pesa sobre la República.

V

LA REVOLUCION FRANCESA CONSIDERADA EN SU CARACTER ANTIRRELIGIOSO. DIGRESION SOBRE EL CRISTIANISMO

Hay en la Revolución francesa un carácter satánico que la distingue de todo lo que se ha visto, y quizá de todo cuanto se verá.

Recordemos las grandes sesiones, el discurso de Robespierre contra el sacerdocio, la apostasía solemne de los sacerdotes, la profanación de los objetos de culto, la fundación de la diosa Razon, y aquella multitud de escenas inauditas, en las que las provincias procuraban sobrepasar a París: todo esto se sale del círculo habitual de los crímenes, y parece pertenecer a otro mundo. Y aún en estos momentos en que la Revolución ha retrocedido mucho, los grandes excesos han desaparecido, pero subsisten los principios. ¿No han pronunciado los legisladores (para emplear sus propios términos), esta frase, aislada en la Historia: "La Nación no sostiene ningún culto"? Parece que hay hombres, en la época

en que vivimos, que se elevan a veces hasta el odio a la divinidad; pero no era necesaria esta espantosa proeza para inutilizar los mayores esfuerzos constituyentes; el solo olvido del gran Ser (no digo ya el desprecio) es un anatema irrevocable sobre los actos humanos en que recae. Todas las instituciones imaginables, si no reposan sobre una idea religiosa, son efímeras. Son fuertes y duraderas en la medida en que están *divinizadas*, si se me permite la expresión. No solo la razón humana—o lo que se llama filosofía sin saber lo que se dice—es incapaz de suplir esas bases que se llaman *supersticiones*—igualmente sin saber lo que se dice—, sino que la filosofía es, por el contrario, una potencia esencialmente desorganizadora.

En una palabra: el hombre no puede representar al Creador más que poniéndose en relación con él. ¡Insensatos! Si queremos que un espejo refleje la imagen del sol ¿acaso lo volvemos hacia la tierra?

Estas reflexiones se dirigen a todo el mundo, tanto al creyente como al escéptico: expongo un hecho, no una tesis. Que se haga burla de las ideas religiosas o que se las venere, no hace al caso: verdaderas o falsas, ellas son la base única de todas las instituciones duraderas.

Rousseau, quizá el hombre que más ha errado en el mundo, hizo, sin embargo, esta observación, sin querer sacar sus consecuencias:

La ley judaica—dice—*siempre subsistente; la del*

hijo de Ismael, que desde hace diez siglos rige la mitad del mundo, proclaman aún hoy la grandeza de los hombres que la han dictado...: la orgullosa filosofía o el ciego espíritu de partido no ven en ellos más que impostores afortunados [25].

Sólo de él dependía el haber sacado conclusiones, en lugar de hablarnos de *ese genio grande y poderoso que preside las instituciones duraderas* [26].

Cuando se reflexiona sobre hechos atestiguados por la Historia entera; cuando se considera que, en la escala de las estructuras humanas, desde esas grandes instituciones que son épocas del mundo hasta la más pequeña organización social, desde el Imperio hasta la cofradía, todas tienen una base divina, y que el poder humano, cuando se ha aislado, no ha podido dar a sus obras más que una existencia falsa y pasajera, ¿qué se puede pensar del nuevo edificio francés y del poder que lo ha producido? Por mi parte, yo nunca creeré en la fecundidad de la nada.

Sería curioso ir profundizando en nuestras instituciones europeas y mostrar cómo están todas *cristianizadas;* cómo la religión, mezclándose a todo, todo lo anima y lo sostiene. Por más que las pasiones humanas manchen y hasta desnaturalicen las creaciones primitivas, si el principio es divino, eso basta para darles una duración prodigiosa. Entre mil

[25] *Contrato Social,* lib. II, cap. VII.
[26] *O. c.*

ejemplos, se puede citar el de las Ordenes militares. Ciertamente, no ofenderemos a los miembros que las componen al afirmar que el objetivo religioso no es el primero de que se ocupan. No importa: permanecen y esa permanencia es prodigiosa. ¡Cuántos espíritus superficiales se ríen de esa extraña amalgama de monje y soldado! Más les valdría extasiarse ante esa fuerza escondida por la cual esas Ordenes han atravesado los siglos, han reprimido poderes formidables y rechazado choques que aún nos asombran en la Historia. Pues bien: esa fuerza es el *nombre* sobre el que esas instituciones reposan. Porque nada *es* sino por *aquel que es*. En medio del trastorno general de que somos testigos, la ausencia de educación atrae más que nada las miradas inquietas de los amigos del orden. Más de una vez se les ha oído decir que era preciso restablecer a los jesuítas. No voy a discutir aquí el mérito de la Orden; pero esta aspiración no demuestra reflexiones muy profundas. Cualquiera diría que San Ignacio está aquí, dispuesto a servir nuestros designios. Si la Orden es destruída, quizá algún hermano cocinero podría restablecerla con el mismo espíritu que la creó; pero todos los soberanos del mundo no lo conseguirían.

Hay una ley divina tan cierta, tan palpable, como las leyes del movimiento.

Siempre que un hombre se pone, según sus fuerzas, en relación con su Creador y realiza una institución en nombre de la divinidad, cualquiera que

sea, por lo demás, su debilidad personal, su ignorancia, su pobreza, la obscuridad de su nacimiento, en una palabra, su absoluta privación de todos los medios humanos, participa en cierta manera de la omnipotencia de que se ha hecho instrumento y produce obras cuya fuerza y permanencia asombran a la razón.

Yo ruego a todo lector atento que eche una mirada a su alrededor. Hasta en los menores objetos encontrará la demostración de estas grandes verdades. No es preciso remontarse hasta *el hijo de Ismael*, a Licurgo, a Numa, a Moisés, cuyas legislaciones fueron todas religiosas; una fiesta popular, una danza rústica, bastan al observador. Verá en ciertos países protestantes algunas reuniones, algunos regocijos populares, que no tienen ya causa aparente y que proceden de costumbres católicas completamente olvidadas. Las fiestas de esta clase no tienen en sí mismas nada de moral, nada de respetable. No importa: proceden, aunque muy de lejos, de ideas religiosas. Esto es bastante para perpetuarlas. Tres siglos no han logrado hacerlas olvidar.

En cambio vosotros, señores de la tierra, príncipes, reyes, emperadores, poderosas majestades y conquistadores invencibles: tratad de llevar al pueblo en tal día del año a un lugar determinado *para bailar*. No es mucho pedir: pero me atrevo a desafiaros solemnemente a que lo consigáis, mientras que el más humilde misionero puede lograrlo y se hará obede-

cer mil años después de su muerte. Cada año, en nombre de San Juan, de San Martín, de San Benito... el pueblo se reúne en torno a un templo rústico: llega animado de una alegría ruidosa, pero inocente. La religión santifica la alegría, y la alegría embellece la religión. Olvida sus penas. Piensa, al retirarse, en la alegría que le espera al año siguiente, y ese día queda señalado en su memoria [27].

Al lado de este cuadro, colocad el de los amos de Francia, a quienes una Revolución inaudita ha revestido de todos los poderes y que no pueden organizar una simple fiesta. Derrochan el oro, llaman a todas las artes en su auxilio... y el ciudadano se queda en casa o no acude más que para reirse de los organizadores. Escuchad el despecho de la impotencia, escuchad estas palabras memorables de uno de los *diputados del pueblo*, hablando al *Cuerpo legislativo* en una sesión del mes de enero de 1796:

¡Pues qué,—exclamaba—*hombres ajenos a nuestras costumbres, a nuestros usos han conseguido establecer fiestas ridículas por causa de acontecimientos ignorados o en honor de hombres cuya existencia es problemática. Han podido obtener el empleo de fondos inmensos para repetir todos los días, con triste monotonía, ceremonias insignificantes y, a menudo, absurdas... y los hombres que han derribado la*

[27] CICERÓN, *De legibus*, II, 9. Ludis publicis... popularem laetitiam in cantu et fidibus et tibiis moderanto. "Eamque cum divum honore jungunto".

Bastilla y el trono, los hombres que han vencido a Europa, no lograrán conservar en fiestas nacionales el recuerdo de los grandes acontecimientos que inmortalizan nuestra Revolución!

¡Qué delirio! ¡Qué honduras de la humana debilidad! Legisladores, meditad esta gran confusión: ella os enseñará lo que sois y lo que podéis.

Y ahora ¿qué más necesitamos para juzgar al sistema francés? Si su nulidad no es bien clara, nada hay seguro en el Universo.

Yo estoy tan persuadido de las verdades que defiendo que, cuando considero la debilitación general de los principios morales, las divergencias de opiniones, la vacilación de las soberanías que carecen de base, la inmensidad de nuestras necesidades y la inanidad de nuestros medios, me parece que todo verdadero filósofo ha de optar entre estas dos soluciones: o va a formarse una religión nueva, o el cristianismo va a revitalizarse de un modo extraordinario. Hay que elegir entre estas dos suposiciones según el partido que se haya tomado acerca de la verdad del cristianismo.

Esta conjetura solo será rechazada desdeñosamente por esos hombres de estrechas miras que solo creen lo que ven. ¿Qué hombre de la antigüedad habría podido prever el cristianismo? ¿Y qué hombre ajeno a esta religión habría podido, en sus comienzos, prever su éxito? ¿Cómo podemos saber que no ha comenzado una gran revolución moral? Plinio, como

se demuestra por su famosa carta, no se hacía idea del gigante del cual no veia más que la infancia.

Pero ¡qué multitud de ideas vienen a asaltarme en este momento y me elevan a las más altas contemplaciones!

La *generación* presente es testigo de uno de los más grandes espectáculos que jamás haya impresionado los ojos humanos: es el combate a ultranza entre el cristianismo y el filosofismo. La liza está abierta, los dos enemigos están frente a frente, y el Universo los contempla.

Vemos, como en Homero, *al Padre de los dioses y de los hombres* levantando la balanza que pesa los dos grandes intereses; pronto descenderá uno de los platillos.

Para el hombre prevenido, para aquel, sobre todo, cuyo corazón ha convencido a su cabeza, los acontecimientos nada prueban; cuando se ha tomado partido irrevocablemente por el sí o por el no, las observaciones y el razonamiento son igualmente inútiles. Pero para todos vosotros, hombres de buena fe, que negáis o que dudáis, tal vez esta gran época del cristianismo decidirá todas las irresoluciones.

Desde hace dieciocho siglos reina sobre gran parte del mundo y especialmente sobre la parte más civilizada del globo. Pero tampoco en esa remota época perdemos de vista esta religión: ligada a su Fundador, se enlaza a otro orden de cosas, a una religión originaria que la ha precedido. La una no pue-

de ser verdadera sin que lo sea la otra; una de ellas se jacta de prometer lo que la otra se jacta de cumplir; de forma que esta última, por un engranaje que es un hecho evidente, se remonta hasta el origen del mundo.

Ella nació aquel día en que los días nacieron.

No existe otro ejemplo de una tal permanencia. Y aún limitándose al cristianismo, ninguna institución en todo el Universo puede comparársele. Si se la compara con otras religiones no es más que por embrollar; varios caracteres evidentes excluyen toda comparación. No es este el lugar de detallar; basta con una palabra. Que se nos muestre otra religión fundada sobre hechos milagrosos y reveladora de dogmas incomprensibles, que haya sido creída durante dieciocho siglos por una gran parte del género humano y defendida a través de los tiempos por los hombres más ilustres de cada época, desde Orígenes hasta Pascal, a pesar de los supremos esfuerzos de una secta enemiga, que no ha cesado de rugir desde Celso a Condorcet.

¡Cosa admirable! Cuando se reflexiona sobre esa gran institución, la hipótesis más natural, la que reúne todas las verosimilitudes, es la de su fundación divina. Si la obra es humana, no hay medio de explicar su éxito: al excluir el prodigio, se excluye la explicación.

Todos los pueblos—se nos dice—han tomado alguna vez por oro el oropel. De acuerdo; pero ese

oropel, ¿ha sido echado al alambique europeo y sometido durante dieciocho siglos a nuestra química observadora? O, si ha sufrido esta prueba ¿ha salido airosamente de ella? Newton creía en la Encarnación; Platón, me parece, no creía gran cosa en el nacimiento maravilloso de Baco.

El cristianismo ha sido predicado por los ignorantes y creído por los sabios, y es en eso en lo que no se parece a nada conocido.

Además, ha salido con bien de todas las pruebas. Se dice que la persecución es un viento que alimenta la llama del fanatismo. Sea: Diocleciano favoreció al cristianismo; pero, según esa suposición, Constantino debió haberlo asfixiado, cosa que no ocurrió. Ha resistido a todo: a la paz, a la guerra, a los patíbulos, a los triunfos, al puñal, a las delicias, al orgullo, a la humillación, a la pobreza, a la opulencia, a la noche del medievo y a la luz brillante de los siglos de León X y de Luis XIV. Un emperador todopoderoso y dueño de la mayor parte del mundo conocido agotó en otro tiempo todos los recursos de su genio. No olvidó nada que pudiera resucitar los antiguos dogmas, los asoció hábilmente a las ideas platónicas que estaba de moda. Escondiendo la rabia que le animaba bajo la máscara de una tolerancia puramente externa, empleó contra el culto enemigo las armas a que ninguna obra humana ha resistido: le entregó al ridículo, empobreció al sacerdocio para hacerlo despreciable, le privó de todos los apoyos

que el hombre puede dar a sus obras; difamación, ardides, injusticias, opresión, ridículo, fuerza y destreza, todo fué inútil: el *Galileo* venció a *Julián el filósofo.*

Hoy día la experiencia se repite en condiciones aún más favorables: nada falta de cuanto pudiera hacerla decisiva. Estad, pues, bien atentos, todos aquellos a quienes la Historia no ha enseñado bastante. Vosotros decíais que el Cetro sostenía a la Tiara. Muy bien: ya no hay cetro, en el terreno de la lucha; lo han roto, y sus pedazos han sido arrojados al lodo. No sabíais en qué grado la influencia de un clero rico y poderoso podía sostener los dogmas que predicaba. Yo no creo que la fuerza tenga la facultad de hacer creer; pero pasemos por ello. Ya no hay sacerdotes: se les ha expulsado, degollado, envilecido, y los que han escapado a la guillotina, al fuego, al puñal, a ser ahogados, fusilados, deportados, necesitan ahora la limosna que en otros tiempos daban. Vosotros recelábais de la fuerza de la costumbre, del ascendiente de la autoridad, de las ilusiones de la imaginación: nada de esto existe ya. No hay costumbre, no hay señor. La filosofía ha corroído el vínculo que unía a los hombres, y ya no existen conglomerados morales. La autoridad civil, para favorecer con todas sus fuerzas la ruina del sistema antiguo, da a los enemigos del cristianismo todo el apoyo que antes daba a él; el ingenio humano toma todas las formas imaginables para combatir la anti-

gua religión nacional. Estos esfuerzos son aplaudidos y recompensados, y los esfuerzos contrarios son considerados crímenes. Nada tenéis ya que temer del deslumbramiento de los ojos, que son siempre los primeros engañados: ya no hay un pomposo aparato de vanas ceremonias que encandile a estos hombres, ante los cuales se hace burla de todo, desde hace siete años. Los templos están cerrados, o se abren solo a las ruidosas deliberaciones o a las bacanales de un pueblo desenfrenado. Los altares han sido derribados; se ha paseado por las calles a animales inmundos cubiertos por las vestiduras de los pontífices; los vasos sagrados han servido para abominables orgías; y sobre esos altares que la antigua fe rodeó de querubines arrobados se ha hecho subir a prostitutas desnudas. El filosofismo no tiene ya de qué quejarse: todas las probabilidades humanas están con él; se hace todo a su favor y en contra de su rival. Si vence, no dirá como César: *Llegué, ví, vencí;* pero al fin, habrá vencido. Puede batir palmas y sentarse orgullosamente sobre una cruz derribada,

Pero si el cristianismo sale de esta prueba terrible más puro y más vigoroso, si el Hércules cristiano, sin más fuerza que su propia fuerza, levanta al *hijo de la tierra* y lo ahoga entre sus brazos, *patuit Deus*: ¡Franceses! Abrid paso al Rey cristianísimo y que el oro de su estandarte pasee de un polo a otro polo la divisa triunfal: *Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera.*

VI

DE LA INFLUENCIA DIVINA EN LAS CONSTITUCIONES POLITICAS

El hombre puede modificarlo todo en la esfera de su actividad, pero no crea nada: esa es su ley, en lo físico como en lo moral. El hombre puede, indudablemente, plantar una semilla, cultivar un árbol, perfeccionarlo por la poda y recortarlo de cien maneras diferentes; pero jamás ha pretendido que tenía el poder de hacer un árbol.

¿Cómo ha imaginado que podía hacer una Constitución? ¿Será por experiencia? Veamos lo que ésta nos enseña.

Todas las Constituciones libres conocidas en el Universo se han formado de una de estas dos maneras. Unas veces han germinado, por decirlo así, de una manera insensible, por la reunión de una multitud de circunstancias de esas que llamamos fortuitas, y algunas otras veces tienen un autor único que de improviso aparece y se hace obedecer.

En ambos casos se ve cómo Dios nos recuerda nuestra debilidad y el derecho que Él mismo se ha reservado en el gobierno de los pueblos.

1.° Ninguna Constitución es resultado de una deliberación; los derechos de los pueblos no están nunca escritos o, al menos, las actas constituyentes, o los derechos fundamentales escritos, son sólo títulos declaratorios de derechos anteriores, de los que no puede decirse otra cosa sino que existen porque existen [28].

2.° Ya que Dios no ha juzgado conveniente emplear en este orden de cosas medios sobrenaturales, circunscribe al menos la acción humana hasta tal punto que, en la formación de las Constituciones, las circunstancias lo son todo y los hombres no son más que circunstancias. Incluso, con mucha frecuencia, cuando persiguen un objetivo, obtienen otro diferente, como lo hemos visto en la Constitución inglesa.

3.° Los derechos del *pueblo* propiamente dicho parten muy a menudo de las concesiones de los soberanos y, en este caso, pueden constar históricamente; pero los derechos de los soberanos y de la aristocracia, al menos los derechos esenciales, constitutivos y *radicales,* si se permite la expresión, no tienen fecha ni autor.

[28] SIDNEY, *Discurso sobre el Estado.* t. I, § II. Habría que estar loco para preguntar quién dió la libertad a las ciudades de Esparta, de Roma, etc. Estas repúblicas no recibieron de los hombres sus cartas de libertad. Se las dieron Dios y la Naturaleza. El autor no es sospechoso.

4.° Las mismas concesiones del soberano han sido siempre precedidas de un estado de cosas que las hacía necesarias y que no dependían de él.

5.° Aunque las leyes escritas no sean más que declaraciones de derechos anteriores, no está escrito en ellas, ni mucho menos, todo lo que podría escribirse; siempre hay en la Constitución algo que no puede ser escrito [29], y que hay que dejar entre una niebla espesa y venerable, so pena de derribar el Estado.

6.° Cuanto más se escribe, más débil es la Constitución. La razón es clara: las leyes no son más que declaraciones de derechos, y los derechos no son declarados más que cuando se los ataca, de forma que la multiplicidad de leyes constitucionales escritas sólo prueba la multiplicidad de los conflictos y el peligro de una destrucción. He aquí porque la Constitución más vigorosa de la antigüedad pagana fué la de Lacedemonia, en la que nadie escribió nada.

7.° Ninguna Nación puede darse la libertad si no

[29] El sabio Hume ha hecho a menudo esta observación. Citaré sólo el pasaje siguiente: "Es éste un punto de la Constitución inglesa (el derecho de amonestación al Rey) que es muy difícil o, mejor dicho, imposible regularizar con leyes; ha de ser dirigido por ciertas delicadas ideas sobre el decoro, más que por la exactitud de las leyes y las ordenanzas." HUME, *Hist. de Ingl. Carlos I,* cap, LIII nota. B. TOMÁS PAYNE es de otra opinión, como es sabido. Pretende que una Constitución no existe si no puede llevarse en el bolsillo.

la tiene [30]. Cuando comienza a reflexionar sobre sí misma ya tiene fijadas sus leyes. La influencia humana no se extiende más allá del desarrollo de los derechos ya existentes, pero que eran despreciados o discutidos. Si unos imprudentes franquean esos límites por medio de reformas temerarias, la Nación pierde lo que tenía sin alcanzar lo que deseaba. De aquí resulta la necesidad de no hacer innovaciones sino raramente, y siempre con mesura y con temor.

8.° Cuando la Providencia ha decretado la formación más rápida de una Constitución política, aparece un hombre revestido de un poder indefinible; habla, y es obedecido. Tal vez estos hombres maravillosos solo pertenecen al mundo antiguo y a la juventud de las naciones; pero, sea como quiera, puede señalarse una característica distintiva de tales legisladores por excelencia: eran reyes o pertenecían a la alta nobleza. No hay, ni puede haber, excepción alguna a esta regla. Fué en este punto donde falló la obra de Solón, la más frágil de la antigüedad [31].

[30] MAQUIAVELO, *Discurso sobre Tito Livio*, lib. I, capítulo XVI. "Un popolo uso a vivere sotto un principe, se per qualche accidente diventa libero, con difficultà mantiene la libertà."

[31] PLUTARCO comprendió muy bien esta verdad, "Solón —dice— no pudo conseguir mantener largo tiempo una ciudad en unión y concordia... por la razón de que era de raza popular y no era de los más ricos de su ciudad, sino solamente de clase media."

La gran época de Atenas, tan efímera [32] fué, además, interrumpida por invasiones y por tiranías. Y el mismo Solón llegó a ver a los Pisistrátidas.

9.° Estos mismos legisladores, con todo su extraordinario poder, no hacen más que reunir elementos preexistentes en las costumbres y en el carácter de los pueblos; pero esta unión, esta formación rápida, que tiene algo de creación, solo se ejecuta en nombre de la divinidad. La política y la religión se interpenetran, apenas se distingue al legislador del sacerdote, y las instituciones públicas consisten principalmente en ceremonias y cultos religiosos [33].

10.° La libertad, en cierto sentido, fué siempre un don de los reyes, porque todas las naciones libres fueron instituídas por reyes. Esta es la regla general; y las excepciones que pueden mostrarse entrarían en la regla si fuesen bien estudiadas [34].

11.° Jamás existió una Nación libre que no tuvie-

[32] "Haec extrema fuit aetas imperatorum atheniensium Iphicratis Cabriae Thimothei: neque post illorum obitum quisquiam dux fuit dignus memoria." CORNELIO NEPONTE, Vit. Timoth., cap. IV. Entre la batalla de Marathon y la de Leucade, ganada por Timoteo, transcurrieron ciento catorce años. Este es el diapasón de la gloria de Atenas.

[33] PLUTARCO, *Vida de Numa.*

[34] "Neque ambigitur quin Brutus idem, que tantum gloriae, superbo, exacto rege, meruit pessimo publico id facturus, si libertatis inmaturae cupidine priorum regum alicui regnum extorsiset...", etc. TIT. LIV. II, I. Todo el pasaje es muy digno de ser meditado.

ra en su constitución natural gérmenes de libertad tan antiguos como ella misma; y ninguna Nación ha logrado desarrollar por medio de leyes fundamentales escritas, otros derechos que los existentes en su constitución natural.

12.° Una asamblea cualquiera de hombres no puede constiuir una Nación; una tal empresa excede en locura a lo más absurdo y más extravagante que puedan engendrar todos los Bedlans del Universo[35].

Demostrar al detalle esta proposición después de lo que he dicho, sería, a mi juicio, faltar al respeto a los que entienden y hacer demasiado honor a los que no entienden.

13.° He hablado de uno de los principales caracteres de los verdaderos legisladores. Hay otro también muy notorio, y sobre el cual sería fácil escribir un libro; que no son nunca lo que se llama *sabios,* que no *escriben,* que obran por impulso y por instinto más que por razonamiento, y que no tienen otro instrumento para obrar que una cierta fuerza moral que pliega las voluntades como el viento dobla las espigas.

Para demostrar que esta observación no es más que el colorario de una verdad general de la más alta importancia, podría decir cosas muy interesan-

[35] MAQUIAVELO, *Disc. sobre Tito Livio,* lib. I, cap. IX. "E necessario che no solo sia quello che dia il modo, e della cui mente dipenda qualunque simile ordinazione.

tes, pero temo desviarme de mi camino. Prefiero suprimir los trámites e ir derecho al resultado.

Hay entre la política teórica y la legislación constituyente la misma diferencia que existe entre la poética y la poesía. El insigne Montesquieu es a Licurgo, en la escala general de los espíritus, lo que Batteux es a Homero o a Racine.

Aún más: estos dos talentos se excluyen mutuamente, como se ha visto por el ejemplo de Locke, que fracasó estrepitosamente cuando pretendió dar leyes a los americanos.

Yo he oído a un gran entusiasta de la República lamentar seriamente que los franceses no hayan descubierto entre las obras de Hume la titulada *Plan para una República perfecta. ¡O caecas hominum mentes!* Si véis un hombre vulgar que tenga buen sentido pero que nunca haya dado, en ningún terreno, signo alguno exterior de superioridad, no podéis asegurar que no pueda ser legislador. No hay razón para decir que sí ni que no. Pero si se trata de Bacon, de Locke, de Montesquieu, podéis negarlo sin vacilar; porque han demostrado cuál es su talento y eso prueba que carecen del otro[36].

Los mayores enemigos de la Revolución francesa tienen que convenir, si son francos, en que la Co-

[36] "Plutarco, Zenón, Crispino, hicieron libros; pero Licurgo hizo actas." (PLUTARCO, *Vida de Livcurgo*). No hay una sola idea sana en moral y en política que haya escapado al buen sentido de Plutarco.

misión de los once que creó la última Constitución es, según todas las apariencias, más inteligente que su obra, y en que ha hecho, probablemente, todo lo que podía hacer. Los materiales de que disponía eran rebeldes y no le permitían seguir los principios; y la misma división de poderes, aunque no estén divididos más que por un muro[37], es una hermosa victoria sobre los prejuicios del momento.

Pero no se trata del mérito intrínseco de la Constitución. No entra en mis planes discernir los defectos concretos que nos aseguran que no puede durar. Además, sobre este punto, todo está dicho. Indicaré solamente el error de principio que ha servido de base a esta Constitución, y que ha extraviado a los franceses desde el primer instante de su Revolución.

La Constitución de 1795, como las precedentes, está hecha para el *hombre*. Ahora bien; *el hombre* no existe en el mundo. Yo he visto, durante mi vida, franceses, italianos, rusos..., y hasta sé, gracias a Montesquieu, *que se puede ser persa*: en cuanto al hombre, declaro que no me lo he encontrado en mi vida; si existe, lo desconozco.

¿Hay un solo país en el Universo donde no se pueda encontrar un Consejo de 500, un Consejo de ancianos y cinco Directores? Esta Constitución puede proponerse a todas las asociaciones humanas, desde

[37] En ningún caso pueden reunirse los dos Consejos en la misma sala (Constitución de 1793, tít. V, art. 60).

la China hasta Ginebra. Pero una Constitución que está hecha para todas las naciones, no está hecha para ninguna: es una pura abstracción, una obra escolástica, hecha para ejercitar el ingenio partiendo de una hipótesis ideal, y que está destinada al *hombre*, en los espacios imaginarios en que habita.

¿Qué es una Constitución? No otra cosa que la solución al siguiente problema:

Dadas la población, las costumbres, la religión, la situación geográfica, las relaciones políticas, las riquezas, las buenas y las malas cualidades de determinada Nación, hállense las leyes que le convienen.

Pues bien: este problema, ni siquiera ha sido planteado en la Constitución de 1795, que solo ha pensado en el *hombre*.

Todas las razones imaginables se reúnen, pues, para establecer que el sello divino no aparece en esta obra, que es tan solo un ejercicio de ingenio, un *tema*.

Además, ya en este momento, ¡cuántos signos de destrucción!

VII

SIGNOS DE NULIDAD EN EL REGIMEN FRANCES

El legislador se parece al Creador: después de crear, descansa. Toda verdadera legislación tiene su sábado, y la intermitencia es su carácter distintivo. De manera que Ovidio enunciaba una verdad de primer orden cuando decía:

Quod caret alterna requie durabile non est.

Si la perfección fuese patrimonio de la naturaleza humana, cada legislador solo hablaría una vez; pero, aunque todas nuestras obras son imperfectas y, a medida que las instituciones políticas degeneran, el soberano se ve obligado a acudir en su auxilio por medio de nuevas leyes, sin embargo, la legislación humana se aproxima a su modelo por esa intermitencia de que hablaba hace un instante. Su reposo la honra tanto como su actividad primitiva: cuanto

más activa, tanto más humana—o sea, más frágil—es su obra.

Veamos los trabajos de las tres Asambleas nacionales de Francia. ¡Qué prodigioso número de leyes!

Desde el primero de julio de 1789, hasta el mes de octubre de 1791, la Asamblea nacional ha promulgado	2.557
La Asamblea legislativa promulgó en once meses y medio	1.712
La Convención nacional, desde el primer día de la República, hasta el 4 de Brumario del año cuarto (26 de octubre de 1795) ha promulgado, en cincuenta y siete meses	11.210
TOTAL	15.479 [38]

Dudo que las tres dinastías de los reyes de Francia hayan dado a luz una colección de esta categoría.

[38] Este cálculo, hecho en Francia, es reproducido en una Gaceta extranjera del mes de febrero de 1796. Este número de 15.479 en menos de seis años me parece bastante decente; pero he encontrado entre mis fichas la afirmación de un amable periodista que se empeña, en una de sus relampagueantes páginas, "Quotidienne", 30 noviembre 1796, número 218, en que la República Francesa posee más de dos millones de leyes impresas y dieciocho mil que no lo están. Por mí, concedido.

Cuando se reflexiona sobre este infinito número de leyes, se experimentan sucesivamente dos sentimientos muy distintos: el primero es la admiración o, por lo menos, el asombro. Se sorprende uno, con M. Burke, de que esta Nación, cuya frivolidad es proverbial, haya producido tan obstinados trabajadores. El edificio de tales leyes es una obra de atlantes, cuya contemplación produce vértigo. Pero el asombro se convierte repentinamente en compasión cuando se piensa en la nulidad de estas leyes, y ya solo vemos a unos niños que se dejan matar por construir un castillo de naipes.

¿Por qué tantas leyes? Porque no hay ningún legislador.

¿Qué han hecho los pretendido legisladores desde hace seis años? Nada; porque *destruir* no es *hacer*.

No nos cansamos de contemplar el espectáculo de una Nación que se da tres Constituciones en cinco años. Ningún legislador ha vacilado ni hecho pruebas; dice *fiat* a su manera, y la máquina se pone en marcha. A pesar de los diferentes esfuerzos que las tres Asambleas han hecho en este terreno, todo ha ido de mal en peor, puesto que el asentimiento de la Nación ha faltado cada vez más a la obra de los legisladores.

Ciertamente, la Constitución de 1791 fué un magnífico monumento de insensatez; sin embargo, hay que confesarlo, había apasionado a los franceses, y

la mayoría del pueblo prestó *a la Nación, a la ley* y *al Rey* un juramento, aunque loco, sincero.

Los franceses se encapricharon en tal forma de esta Constitución que, cuando ya había pasado a la Historia, era todavía para ellos casi un lugar común que *para volver a la verdadera Monarquía había que pasar por la Constitución de 1791*. O sea, que para volver desde Asia a Europa, hay que pasar por la Luna; pero sólo me refiero al hecho [39].

La Constitución de Condorcet nunca ha sido puesta a prueba, y tampoco valía la pena; la que la desbancó, obra de unos cuantos forajidos, agradaba, sin embargo, a sus semejantes, y esta falange, gracias a la Revolución, no es poco numerosa; de forma que, bien mirado, la Constitución actual es, de las tres, la que ha tenido menos aceptación. En las Asambleas primarias que la han aceptado—según dicen los

[39] Un hombre de talento, que tenía sus razones para alabar esta Constitución, y que afirma rotundamente que es "un monumento de la razón escrita", reconoce, sin embargo, que, aun sin hablar del horror por las dos Cámaras y de la restricción del "veto, encierra otros varios principios de anarquía" (veinte o treinta por ejemplo). Véase *Ojeada sobre la Revolución francesa por un amigo del orden y de las leyes*, de M. M. (el General de Montesquiou), Hambourg, 1794, págs. 28 y 77. Pero hay algo más curioso: "Esta Constitución—dice el autor—no peca por lo que contiene, sino por lo que le falta." *Ibid.*, pág. 27. Se comprende: la Constitución de 1791 sería perfecta si estuviera hecha. Es el Apolo del Belbedere, menos la estatua y el pedestal.

gobernantes—varios miembros han escrito ingénuamente: *Aceptado, a falta de cosa mejor*. Esta es, en efecto, la postura general de la Nación: se ha sometido por cansancio, por desesperación de encontrar cosa mejor. En el agobio de los males que la oprimían, creyó poder respirar bajo ese frágil amparo. Prefirió un mal puerto, a una mar agitada; pero por ninguna parte se ha visto la convicción ni el consentimiento sincero. Si esta Constitución estuviera hecha para los franceses, la fuerza invencible de la experiencia le ganaría cada día nuevos partidarios. Ahora bien: sucede precisamente lo contrario. Cada minuto aparece un nuevo desertor de la democracia. Sólo la apatía y el miedo guardan el trono de los Pentarcas, y los viajeros más clarividentes y desinteresados que han recorrido Francia dicen a coro: *Es una República sin republicanos.*

Y si, como tanto se ha predicado a los reyes, la fuerza de los Gobiernos reside totalmente en el amor de los súbditos; si el temor es, por sí solo, un medio insuficiente para mantener las soberanías, ¿qué debemos pensar de la República francesa?

Abrid los ojos y veréis que no *vive*. ¡Qué inmenso mecanismo! ¡Qué multitud de resortes y de ruedas! ¡Qué estrépito de piezas que entrechocan! ¡Qué enorme cantidad de hombres ocupados en reparar los desperfectos! Todo anuncia que la Naturaleza no tiene nada que ver con estos movimientos, porque el primer distintivo de sus creaciones es la potencia

unida a la economía de medios. Como todo está en su lugar, no hay sacudidas ni vacilaciones; como todos los frotamientos son suaves, no hay ruidos. Y este silencio es augusto. Lo mismo que en la mecánica física la ponderación perfecta, el equilibrio y la simetría exacta de las partes hacen que de la misma celeridad de los movimientos resulte una grata apariencia de reposo.

No hay, pues, en Francia soberanía; todo es ficticio, todo es violento, todo anuncia que tal orden de cosas no puede durar.

La filosofía moderna es, a la vez, demasiado material y demasiado presuntuosa para percibir los verdaderos resortes del mundo político. Una de sus locuras consiste en creer que una Asamblea puede constituír una Nación; que una Constitución, es decir, el conjunto de leyes fundamentales que convienen a una Nación, y que han de darle tal o cual forma de Gobierno, es una obra como otra cualquiera, que no exige más que inteligencia, cultura y práctica; que se puede aprender *el oficio de constituyente,* y que unos cuantos hombres, el día en que se les ocurra, pueden encargar a otros hombres: *Hacednos un Gobierno,* como quien dice a un obrero: *Hazme una bomba apagafuegos o un telar de punto.*

Sin embargo, hay una verdad tan cierta en su terreno como una proposición matemática: *que ninguna gran institución es resultado de una deliberación,* y que la fragilidad de las obras humanas está

en proporción directa al número de hombres que en ellas intervienen y al aparato de ciencia y de razonamiento que se emplea en ellas *a priori.*

Una Constitución escrita tal como la que rige actualmente a los franceses, no es más que un autómata; no posee de la vida más que la forma externa. El hombre, por sus propias fuerzas, es todo lo más, un *Vaucanson;* para ser *Prometeo* es preciso subir al cielo. Porque *el legislador no puede hacerse obedecer ni por la fuerza ni por el razonamiento* [40].

En el día de hoy, ya puede decirse que está hecha la experiencia; porque es un error decir que la Constitución francesa *está en marcha*: se confunde la Constitución con el Gobierno. Este último, que es un despotismo muy avanzado, sí que marcha—demasiado—pero la Constitución solo existe sobre el papel; es observada o violada según los intereses de los gobernantes. El pueblo no cuenta para nada, y los ultrajes que sus amos le dirigen bajo las apariencias del respeto son bien propios para curarle de sus errores.

La vida de un Régimen es algo tan real como la vida de un hombre; se la siente, o, mejor dicho, se la ve, y nadie puede equivocarse sobre este punto. Yo conjuro a todos los franceses que tienen conciencia a que se pregunten si no necesitan hacerse

[40] ROUSSEAU, *Contrato Social,* lib. II, cap. VII. Hay que vigilar sin descanso a este hombre, para sorprenderle cuando deja escapar la verdad por distracción.

cierta violencia para dar a sus representantes el título de *legisladores;* si este título de etiqueta y de cortesía no les exige un ligero esfuerzo, algo semejante a lo que experimentaban cuando, bajo el Antiguo Régimen condescendían a llamar *conde* o *marqués* al hijo de un secretario del Rey.

Todo honor viene de Dios, dice el viejo Homero [41]; San Pablo dice lo mismo al pie de la letra, y no por haberle plagiado. Lo seguro es que no depende del hombre el comunicar ese carácter indefinible que se llama *dignidad.* Solo a la soberanía pertenece el *honor por excelencia,* y de ella, como de un vasto depósito, se distribuye, con número, peso y medida, entre las clases y los individuos.

Yo he advertido que, cuando un miembro de la legislatura habló de su *rango* los periódicos se burlaron de él; y, en efecto, no existe *rango* en Francia, sino solamente *poder,* que solo de la fuerza depende. El pueblo no ve en un diputado más que la setecientas cincuentésima parte del poder de hacer mucho mal. El diputado que sea respetado no lo será por ser diputado, sino por ser respetable. Todo el mundo, sin duda, quisiera haber pronunciado el discurso del señor Simeón sobre el divorcio; pero todo el mundo desearía que hubiese sido pronunciado en el seno de una Asamblea legítima.

Tal vez sea una ilusión mía; pero ese *salario* que

---

[41] *Ilíada,* I, 178.

un vanidoso neologismo denomina *indemnización,* me parece un mal antecedente para la representación francesa. El inglés, libre por la ley e independiente por su fortuna, que viene a Londres para representar a su costa a la Nación, tiene algo de admirable. Pero estos *legisladores* franceses que cobran cinco o seis millones de tornesas por dar leyes a la Nación; estos *fabricantes* de decretos que ejercen la soberanía nacional mediante *ocho miriagramos* de trigo por día y viven de su poder legislativo; estos hombres, realmente, hacen bien poca impresión en el alma; y, cuando se trata de saber lo que valen, no se puede evitar que la imaginación los valore en trigo.

En Inglaterra, estas dos letras mágicas, M. P., unidas al nombre menos conocido, lo elevan súbitamente y le dan derecho a una alianza distinguida. En Francia, un hombre que se buscase una plaza de diputado para conseguir un matrimonio desproporcionado, fallaría, probablemente, en sus cálculos,

Y es que un representante, un instrumento cualquiera, de una soberanía falsa, no puede inspirar más que curiosidad o terror.

Es tal la increíble debilidad del poder humano aislado, que ni siquiera es capaz de prestigiar una indumentaria. ¿Cuántos informes se han elevado al Cuerpo legislativo acerca de la manera de vestir de sus miembros? Tres o cuatro, lo menos; pero siempre en vano. En el extranjero se venden las imá-

genes de estos bellos trajes, mientras que en París la opinión pública los anula.

Un vestido corriente contemporáneo de un gran acontecimiento puede ser consagrado por él; entonces, queda marcado por un sello que lo sustrae al imperio de la moda: mientras los demás cambian, él sigue siendo el mismo, y el respeto le rodea ya para siempre. Poco más o menos de esta forma se consagran los ropajes de las grandes dignidades.

Para el buen observador puede ser interesante notar que, de todas las prendas revolucionarias, las únicas que tienen cierto prestigio, son la faja y el penacho, que proceden de la Caballería. Aún subsisten, aunque ajadas, como esos árboles de los que se ha retirado la savia nutritiva, pero que aún no han perdido su belleza. El funcionario público que lleva estas insignias deshonradas, es muy semejante a un ladrón que se pavonea con las ropas del hombre a quien acaba de robar.

Yo no sé si leo bien: pero en todas partes leo la nulidad de este Gobierno.

Atención: Las conquistas de los franceses son la causa de que se crea en la durabilidad de su Gobierno; el resplandor de los triunfos militares ciega incluso a espíritus sanos, que no perciben de momento hasta qué punto son ajenos tales triunfos a la estabilidad de la República.

Las naciones han vencido bajo todos los gobiernos

posibles. Es más: las revoluciones, al exaltar los espíritus, traen consigo las victorias. Los franceses triunfarán siempre en la guerra bajo un Gobierno fuerte que tenga la habilidad de despreciarlos mientras los alaba, y de arrojarlos contra el enemigo como proyectiles, prometiéndoles epitafios en los periódicos.

Sigue siendo Robespierre quien gana las batallas en este momento; es su férreo despotismo lo que conduce a los franceses a la matanza y a la victoria. Los éxitos de que somos testigos se han obtenido prodigando el oro y la sangre, forzando todos los resortes. Una Nación superiormente valerosa, exaltada por un fanatismo cualquiera y conducida por hábiles generales, vencerá siempre, pero pagará caras sus conquistas. ¿Recibió la Constitución de 1793 el sello de la permanencia por esos tres años de victorias, en cuyo centro está? Pues ¿por qué ha de suceder de otro modo con la de 1795? ¿Por qué la victoria ha de dar a ésta un carácter que no pudo imprimir a aquélla?

Por otra parte, el temperamento de las naciones es siempre el mismo. Barclay, en el siglo XVI, penetró muy bien el de los franceses en relación con la milicia. *Es una Nación*—dijo—*extraordinariamente valerosa y que presenta en el interior una masa invencible; pero en cuanto sale al exterior, ya no es la misma. De aquí que nunca haya podido conservar*

el dominio sobre pueblos extranjeros y que sólo para su desgracia sea poderosa[42].

Nadie mejor que yo comprende que las circunstancias actuales son extraordinarias y que es muy posible que no se vea lo que siempre se ha visto; pero esta cuestión es indiferente al objeto de esta obra. Me basta con mostrar la falsedad de este razonamiento: *La República vence, luego permanecerá.* Si me viese forzado a profetizar, preferiría decir: *La Guerra le da la vida, luego la Paz la matará.*

El autor de un sistema de física se felicitaría, sin duda, si tuviera en su favor todos los hechos de la Naturaleza como yo tengo los de la Historia. Examino de buena fe todas las fuentes que ella nos proporciona y no veo nada que favorezca este sistema quimérico de deliberación y de construcción política basada en razonamientos previos. Se podría citar a América, pero ya he contestado previamente al decir que aún no es hora de citarla. Sin embargo, añadiré algunas reflexiones.

1.° La América inglesa tenía un Rey, pero no le veía. El esplendor de la Monarquía le era extraño y el Rey era para ella como una especie de poder sobrenatural, que no impresiona los sentidos.

---

[42] J. BARCLAIUS, *Icon. animorum,* cap. III. "Gens armis strema, indomitae intra se molis; at ubi in exteros exundat, statim impetûs sui oblita; eo modo nec diu externum imperium tenuit, et sola est in exitium sui potens."

2.° Poseia el elemento democrático que existe en la constitución de la Metrópoli.

3.° Poseía, además, los que le llevaron multitud de sus primeros colonizadores, nacidos en medio de conmociones religiosas y políticas; y poseía, en fin, a casi todos los talentos republicanos.

4.° Con estos elementos, y sobre la base de los tres poderes que heredaron de sus antepasados, los americanos han edificado, y no han hecho *tabla rasa* como los franceses.

Pero todo lo que hay de verdaderamente nuevo en su Constitución, todo lo que resulta de la deliberación común, es la cosa más frágil del mundo. Sería imposible reunir más síntomas de debilidad y caducidad.

No solo no creo en la estabilidad del Gobierno americano, sino que sus instituciones particulares no me inspiran ninguna confianza. Las ciudades, por ejemplo, animadas de una envidia muy poco digna de respeto, no han podido convenir en el lugar donde se asentará el Congreso; ninguna ha querido ceder tal honor a las demás. En consecuencia, se ha decidido construir una ciudad nueva que será la sede del Gobierno. Se ha escogido el emplazamiento más ventajoso, a la orilla de un gran río; se ha decretado que la ciudad se llamará Washington; se ha señalado el lugar de cada edificio público; se han puesto manos a la obra, y el plano de la Ciudad-reina

circula ya por toda Europa. Esencialmente, nada hay en ello que exceda a las fuerzas del poder humano: Es perfectamente posible edificar una ciudad; sin embargo, hay demasiada deliberación, demasiada *humanidad* en este asunto; y se podrá apostar mil contra una a que la ciudad no se edificará, o no se llamará Washington, o no residirá en ella el Congreso.

VIII

DE LA ANTIGUA CONSTITUCION FRANCESA

DIGRESION SOBRE EL REY Y SUS DECLARACIONES A LOS FRANCESES DEL MES DE JULIO DE 1793

Se han sostenido tres teorías diferentes sobre la antigua Constitución francesa: unos han pretendido que la Nación no tenía Constitución en absoluto; otros han sostenido lo contrario; otros, en fin, han adoptado, como sucede en todas las cuestiones importantes, una opinión intermedia, sosteniendo que los franceses tenían realmente una Constitución pero que no era observada.

La primera opinión es insostenible. Las otras dos no se contradicen en realidad.

El error de los que han sostenido que Francia no tenía Constitución procede del grave error sobre el poder humano, la deliberación previa y las leyes escritas.

Si un hombre de buena fe, que solo cuenta con su buen sentido y su rectitud, pregunta qué era la antigua Constitución francesa, se le puede contestar

audazmente: "Es lo que usted sentía cuando estaba en Francia; es esa mezcla de libertad y de autoridad, de leyes y de opiniones, que hacía creer al extranjero súbdito de otra Monarquía, cuando viajaba por Francia, que estaba bajo un Régimen distinto al suyo".

Pero si se quiere profundizar en la cuestión, se encontrarán, en los monumentos del Derecho Público francés caracteres y leyes que elevan a Francia por encima de todas las Monarquías conocidas.

Una característica particular de esta Monarquía es que posee un elemento teocrático que le es propio y que le ha dado mil cuatrocientos años de duración; no hay nada tan nacional como este elemento. Los Obispos, sucesores de los Druidas a este respecto, no han hecho más que perfeccionarlo.

No creo que ninguna otra Monarquía europea haya empleado, para bien del Estado, mayor número de dignatarios eclesiásticos en el Gobierno.

Yo me remonto con el pensamiento desde el pacífico Fleury hasta aquellos St. Ouën, St, Léger y tantos otros, tan notables políticamente en la noche de su época; verdaderos Orfeos de Francia, que domesticaron a los tigres y se hicieron seguir por las encinas: dudo que en ningún otro lugar pueda mostrarse una serie semejante.

Pero mientras que el sacerdocio era en Francia una de las tres columnas que sostenían el trono y representaba en los comicios de la Nación, en los

tribunales, en el ministerio, en las embajadas, un papel tan importante, no se notaba, o se notaba muy poco, su influencia en la administración civil; y ni siquiera cuando un sacerdote era primer ministro había en Francia un *Gobierno de curas.*

Todas las influencias estaban muy bien equilibradas y todo el mundo estaba en su lugar. En este aspecto es Inglaterra la que más se parecía a Francia. Si alguna vez borra de su idioma político estas palabras: *Church and State,* su Gobierno perecerá como el de su rival.

Era moda en Francia (porque todo es moda en este país) decir que eran esclavos: pero entonces ¿porqué se encontraba en la lengua francesa la palabra *citoyen*—palabra que no puede traducirse a las demás lenguas europeas—, antes de que la Revolución se apoderase de ella para deshonrarla? Racine, hijo, dirigiría este hermoso verso al Rey de Francia, en nombre de su ciudad de París:

Bajo un Rey ciudadano, todo ciudadano es rey.

Para elogiar el patriotismo de un francés se decia:*Es un gran ciudadano.* En vano se tratará de transportar esta expresión a otros idiomas: *gross burger,* en alemán[43], *gran citadino,* en italiano, no serían tolerables[44]. Pero es preciso salir de las generalidades.

---

[43] J. A. Ernesti, *In dedicat. opp. Ciceronis,* pág. 79. "Burger, verbum humile apud nos et ignobile."

[44] Rousseau ha hecho una nota absurda sobre esta pala-

Varios miembros de la antigua magistratura han reunido y desarrollado los principios de la Monarquía francesa [45].

Estos magistrados comienzan, como es debido, por la prerrogativa real; y, ciertamente, no existe nada más magnífico.

"La Constitución atribuye al Rey el poder legislativo: de él emana toda jurisdicción. Tiene el derecho de administrar justicia y de hacerla administrar por sus representantes; de conceder gracia, de obtener privilegios y recompensas; de disponer de los cargos, de conferir nobleza; de convocar y disolver las Asambleas de la Nación cuando su prudencia se lo indique; de hacer la paz y declarar la guerra; de convocar los ejércitos..., etc." (Pág. 28.)

Estas son, sin duda, grandes prerrogativas; pero veamos lo que la Constitución francesa ha puesto en el otro platillo de la balanza.

"El Rey solo reina por la ley, y no tiene poder de hacer todas las cosas según sus apetencias." (Página 364.)

"Los mismos reyes se han confesado *felizmente*

bra "citoyen" en su *Contrato Social*, lib. I, cap. VI. Acusa con toda tranquilidad a un gran sabio de haber cometido un enorme error sobre este punto; y es él, Jean Jacques, el que comete un enorme error a cada línea; demuestra la misma ignorancia sobre idiomas, que sobre metafísica e historia.

[45] *Exposición de los principios fundamentales de la Monarquía francesa*, 1795, en 8.°

impotentes para violar ciertas leyes; estas son *las leyes del Reino*, a diferencia de las leyes circunstanciales o no constitucionales, llamadas *leyes del Rey*." (Págs. 29 y 30.)

"Así por ejemplo, la sucesión a la corona es una primogenitura masculina de modo invariable."

"Los matrimonios de los Príncipes de la sangre, hechos sin la autorización del Rey, son nulos." (Página 262.) "Si la dinastía reinante se extingue, es el pueblo el que se da nuevo Rey." (Pág. 263.)

"Los reyes, como legisladores supremos, han hablado siempre en forma positiva al publicar sus leyes. Sin embargo, hay también un consentimiento del pueblo; pero este consentimiento no es más que la expresión del deseo, del agradecimiento y de la aceptación de la Nación" [46]. (Pág. 271.)

"Tres órdenes, tres cámaras, tres deliberaciones; así está representada la Nación. El resultado de las deliberaciones, cuando es unánime, representa el deseo de los Estados generales." (Pág. 332.)

"Las leyes del Reino sólo pueden hacerse en Asam-

[46] Si se examina atentamente esta intervención de la Nación se encontrará que es "menos" que un poder co-legislativo y "más" que un simple consentimiento. Es un ejemplo de esas cosas que es preciso dejar en una cierta oscuridad y que no pueden ser sometidas a reglamentaciones humanas: es la parte "más divina" de las Constituciones, si se me permite la expresión. Se dice muchas veces: No hay más que hacer una ley para saber a qué atenerse. No siempre. Hay "casos reservados".

blea general de todo el Reino, con el común acuerdo de las gentes de los tres estados. El Príncipe no puede derogar estas leyes y, si las toca, todo cuanto haga puede ser destruído por su sucesor." (Páginas 292 y 293.)

"La necesidad del consentimiento de la Nación para el establecimiento de impuestos, es una verdad indiscutible reconocida por los reyes." (Pág. 302.)

"El voto de dos órdenes no puede ligar al tercero, si no es con su consentimiento." (Pág. 302.)

"El consentimiento de los Estados generales es necesario para toda enajenación perpetua del dominio" (pág. 330) "y la misma vigilancia les está encomendada para impedir todo desmembramiento parcial del Reino." (Pág. 304.)

"La justicia es administrada en nombre del Rey por magistrados que examinan las leyes y comprueban si no están en contradicción con las leyes fundamentales." (Pág. 343.) "Una parte de su deber consiste en resistir a la voluntad del soberano cuando se extravía. En este principio se basaba el canciller de l'Hopital cuando, dirigiéndose al Parlamento de París en 1561, decía: "*Los magistrados no deben dejarse intimidar por la cólera pasajera de los soberanos, ni por el temor a caer en desgracia, sino tener siempre presente el juramento de obedecer las ordenanzas, que son los verdaderos mandatos de los reyes.*" (Pág. 345.)

"Así vemos a Luis XI, detenido por una doble ne-

gativa de su Parlamento, desistir de una enajenación anticonstitucional," (Pág. 343.)

"Vemos a Luis XIV reconocer este derecho de libre verificación (pág. 347), y ordenar a sus magistrados *que le desobedezcan, bajo pena de desobediencia,* si les dirige un mandato contrario a la ley" (página 347). Esta orden no es en modo alguno un juego de palabras: el Rey prohibe obedecer al hombre; éste es su mayor enemigo.

Este soberbio monarca ordena, además, a sus magistrados que "tengan por nulas todas las cartas de presentación que contengan indicaciones o recomendaciones acerca del enjuiciamiento de las causas civiles o criminales, *e incluso que castiguen a los portadores de dichas cartas.*" (Pág. 363.)

Los magistrados exclaman: *¡Tierra feliz, donde la servidumbre es desconocida!* (Pág. 361.) Y un sacerdote, distinguido por su piedad y su ciencia (Fleury), escribe al exponer el Derecho público de Francia: *En Francia todos los particulares son libres; no existe la esclavitud: libertad para domicilios, viajes, comercio, elección de profesión, adquisiciones, disposición de bienes, sucesiones...* (Pág. 362.)

"El poder militar no debe interponerse en la Administración civil. Los Gobernadores (militares) de provincias sólo tienen potestad en lo que concierne a las armas, y sólo pueden servirse de ellas contra los enemigos del Estado, y no contra el ciudadano,

que está sometido a la justicia del Estado." (Página 364.)

"Los magistrados son inamovibles, y estos importantes cargos no pueden quedar vacantes más que por la muerte del titular, la dimisión voluntaria y la prevaricación probada" [47]. (Pág. 367.)

"El Rey, en las cuestiones que le conciernen, litiga contra sus súbditos, y ya se le ha visto condenado a pagar el diezmo de los frutos de su jardín..." (Página 367.)

Si los franceses se examinan de buena fe, imponiendo silencio a las pasiones, se darán cuenta de que esto es bastante *y tal vez más que bastante* para una Nación demasiado noble para ser esclava, demasiado fogosa para ser libre.

Se nos dirá que estas leyes no eran ejecutadas. En este caso, la culpa era de los franceses, y ya no hay

[47] ¿Se sabía bien lo que se decía cuando se clamaba tan fuerte contra la venta de los cargos de magistratura? La venta no debía ser considerada más que como un medio de hacerlos hereditarios; y el problema se reduce a saber si en un país como Francia, o como Francia era desde hacía dos o tres siglos, podía haber mejor manera de administrar justicia que por medio de magistrados hereditarios. Es una cuestión difícil de resolver. La enumeración de los inconvenientes es un argumento engañoso. Lo que hay de malo en una Constitución, incluso lo que llevará a su destrucción, forma, con todo, parte de ella, como lo que tiene de mejor. Me remito al pasaje de Cicerón, "Nimia potestas est tribunum quis negat...", etc. *De Leg.*, III, 10.

para ellos esperanza de libertad, porque cuando un pueblo no sabe sacar partido de sus leyes fundamentales, es inútil que busque otras: es señal de que no está hecho para la libertad o de que está irremisiblemente corrompido.

Pero, rechazando estas siniestras ideas, citaré un testimonio, irrecusable bajo todos los puntos de vista, acerca de la excelencia de la Constitución francesa: el de un gran político, un republicano ardiente; el de Maquiavelo.

Ha habido—dice—*muchos reyes y muy pocos reyes buenos: me refiero a los soberanos absolutos, en cuyo número no se puede contar a los reyes de Egipto, cuando este país, en los tiempos remotos, se gobernaba por las leyes; ni a los de Esparta; ni* a los de Francia, *en nuestros tiempos modernos, porque el Gobierno de este Reino es, que nosotros sepamos, el más moderado por las leyes* [48].

El Reino de Francia—dice en otro lugar—*es feliz y tranquilo, porque el Rey está sometido a infinidad de leyes que hacen la seguridad de los pueblos. El que constituyó este Gobierno* [49] *quiso que los reyes dispusieran a su arbitrio de las armas y del tesoro; pero en lo demás les sometió al imperio de las leyes* [50].

¿Quién dejará de impresionarse al ver desde qué punto de vista consideraba hace tres siglos este ce-

[48] *Disc. sobre Tit. Liv.*, lib. I, cap. LVIII.
[49] Me gustaría conocerlo.
[50] *Disc.*, I, XVI.

rebro poderoso las leyes fundamentales de la Monarquía francesa?

Los franceses han sido extraviados en este punto por los ingleses. Estos les han dicho, sin creerlo, que Francia era esclava—como les han dicho que Shakespeare vale más que Racine—y los franceses lo han creído. No hay excepciones. Hasta el honesto juez Blackstone, hacia el fin de sus comentarios, ha puesto, como todos, a la misma altura a Francia que a Turquía. Sobre lo cual habrá que decir, como Montaigne: Ninguna burla será excesiva para la impudencia de tal comparación.

Pero estos mismos ingleses, cuando hicieron su revolución—al menos la que se ha mantenido—¿suprimieron la realeza o la Cámara de los Pares para darse la libertad? De ningún modo, sino que de su antigua Constitución reactivada han extraído la declaración de sus derechos.

No hay Nación cristiana en Europa que no sea por derecho *libre* o *suficientemente libre*. No la hay que no tenga, en los monumentos más puros de su legislación, todos los elementos de la Constitución que le conviene. Pero, ante todo, hay que evitar el enorme error de creer que la libertad es algo absoluto, no susceptible de más o de menos. Recordemos los dos toneles de Júpiter; en lugar del bien y del mal, pongamos en ellos la tranquilidad y la libertad. Júpiter hace el lote de cada Nación: *más de uno, menos de otro*. El hombre no entra para nada en esta distribución.

Otro error muy funesto es el de aferrarse con excesiva rigidez a los documentos antiguos. Es preciso, sin duda, respetarlos; pero sobre todo hay que tener en cuenta lo que los jurisconsultos llaman *el último estado*. Toda Constitución libre es por naturaleza variable, y variable en la proporción en que es libre [51]. Querer retrotraerla a sus rudimentos, sin renunciar a nada de ellos, es una empresa loca.

Todo se reúne para demostrar que los franceses han pretendido sobrepasar el poder humano; que estos esfuerzos desordenados los conducen a la esclavitud; que no necesitan más que conocer lo que poseen, ya que, si están hechos para un grado de libertad más alto que el que gozaban hace siete años—lo cual no está nada claro—tienen a mano, en las fuentes de su Historia y de su legislación, cuanto necesitan para recobrar el honor y la envidia de Europa [52].

[51] HUME, *Hist. de Ingl., Carlos I*, cap. L. All the human governements, particulary those of mixed frame, are in continual fluctuation."

[52] Un hombre por cuya persona y opiniones tengo gran simpatía (M. MALLET DUPAN) y que no está de acuerdo conmigo sobre la antigua Constitución francesa, se ha tomado la molestia de exponerme una parte de sus ideas en una interesante carta que le agradezco grandemente. Me objeta, entre otras cosas, que "el libro de los magistrados franceses citado en este capítulo habría sido quemado en el reinado de Luis XIV o en el de Luis XV, por atentatorio a las leyes fundamentales de la Monarquía y a los derechos

Pero si los franceses están hechos para la Monarquía, y si se trata solamente de asentar la Monarquía sobre sus verdaderas bases, ¿qué error, qué fatalidad, qué prevención funesta podrá alejarlos de su legítimo Rey?

La sucesión hereditaria es en una Monarquía algo tan valioso que toda otra consideración debe ceder ante ésta. El mayor crimen que puede cometer un francés realista, es ver en Luis XVIII otra cosa que su Rey, y disminuir la buena voluntad, la popularidad de que es preciso rodearle, discutiendo de manera desfavorable sus cualidades como hombre o sus acciones. Sería vil y culpable el francés que no se avergonzase de remontar al pasado para buscar en él agravios verdaderos o falsos. El acceso al trono es un nuevo nacimiento. Sólo se cuenta a partir de ese instante.

Si existe un lugar común en la Moral es que el

---

del monarca." Lo creo. Como el libro de M. DELOLME habría sido quemado en Londres bajo el reinado de Enrique VIII y de su hija. Cuando se ha tomado partido en las grandes cuestiones con pleno conocimiento de causa, rara vez se cambia de opinión. Sin embargo, yo desconfío cuanto debo de mis prejuicios; pero estoy seguro de mi buena fe. Se reconocerá que no he citado en este capítulo ninguna autoridad contemporánea, por miedo a que las más respetables parecieran sospechosas. En cuanto a los magistrados autores de la *Exposición de los principios fundamentales,* si me he servido de su obra es porque no me gusta hacer lo que ya está hecho, y todos estos señores se atienen a las fuentes. Esto es precisamente lo que yo necesitaba.

Poder y la grandeza corrompen al hombre y que los mejores reyes han sido los probados por la adversidad. ¿Por qué, pues, los franceses han de privarse de la ventaja de ser gobernados por un Rey formado en la terrible escuela de la desgracia? ¡Cuántas reflexiones le habrán sugerido los seis años que acaban de transcurrir! ¡Qué alejado está de la embriaguez del Poder! ¡Qué dispuesto ha de estar a intentarlo todo para reinar gloriosamente! ¡De qué santa ambición debe estar penetrado! ¿Qué Príncipe en el Universo podría tener más motivos, más deseos, más medios, de curar las heridas de Francia?

¿No han probado durante bastante tiempo los franceses el linaje de los Capetos? Saben por una experiencia de ocho siglos que su sangre es *amable.* ¿Por qué cambiar? El jefe de esta gran familia se ha mostrado en su declaración leal, generoso, profundamente penetrado de las verdades religiosas; nadie discute su gran inteligencia natural y los muchos conocimientos que ha adquirido. Hubo un tiempo, quizá, en que era preferible que los reyes no supieran ortografía; pero en este siglo, en que se cree en los libros, un Rey letrado es una ventaja. Y, lo que es más importante, nadie puede atribuirle ninguna de esas ideas exageradas, capaces de alarmar a los franceses. ¿Quién podrá olvidar que desagradó a Coblenz? Este es un gran dato a su favor. Durante su declaración ha pronunciado la palabra *libertad,* y si alguien objeta que esta palabra aparece

rodeada de sombras, puede contestársele que el Rey no debe hablar el lenguaje de los revolucionarios. Un discurso solemne que él dirige a su pueblo ha de distinguirse por una cierta sobriedad de proyectos y de expresiones, que no tenga nada de común con la precipitación de un arbitrista. Cuando el Rey de Francia ha dicho que *la Constitución francesa somete las leyes a formas que ella misma ha consagrado, y al mismo soberano a la observancia de las leyes, a fin de garantizar la sabiduría del legislador contra los lazos de la seducción, y defender* la libertad *de los súbditos contra los abusos de la autoridad,* lo ha dicho todo, puesto que ha prometido *la libertad por la Constitución.* El Rey no debe hablar como un orador de la tribuna parisiense. Si ha descubierto que es una equivocación hablar de la Libertad como de algo absoluto; que es, por el contrario, algo susceptible de más y de menos, y que el arte del legislador no es hacer al pueblo *libre,* sino *lo bastante libre;* ha descubierto una gran verdad, y hay que alabar su reserva en lugar de reprobarla. Un célebre romano, en el momento en que devolvía la libertad al pueblo mejor constituído para ella y de más antiguo libre, decía a aquél pueblo: *Libertate módice utendum* [53]. ¿Qué hubiera dicho a los franceses? Seguramente, el Rey, al hablar sobriamente de la Libertad, pensaba menos en su interés que en el de los franceses.

[53] *Tit. Liv.,* XXXIV, 49.

La Constitución—sigue diciendo el Rey—*prescribe condiciones al establecimiento de impuestos, a fin de asegurar al pueblo de que los tributos que paga son necesarios para el mantenimiento del Estado.* El Rey pues, no tiene derecho a imponer tributos arbitrariamente, y esta declaración excluye por sí sola el despotismo.

Confía (la Constitución) *a los primeros Cuerpos de magistrados el depósito de las leyes, para que velen por su ejecución y esclarezcan la doctrina del Monarca si estuviere errada.* Ya tenemos el depósito de las leyes entregado en manos de los magistrados superiores; ya tenemos consagrado el derecho de amonestación. Pues bien: dondequiera que un Cuerpo de magistrados hereditarios o, al menos, inamovibles, tenga, por la Constitución, el derecho de advertir al Monarca, de esclarecer su doctrina y de protestar de los abusos, no puede haber despotismo.

Pone las leyes fundamentales bajo la salvaguardia del Rey y de los tres órdenes, a fin de prevenir las revoluciones, la mayor calamidad que puede afligir a los pueblos.

Hay, pues, una Constitución, ya que la Constitución no es más que el conjunto de las leyes fundamentales, y el Rey no puede atacar a esas leyes. Si lo intentara, los tres órdenes tendrían el derecho de *veto,* como cada uno de ellos lo tiene sobre los demás.

Y se equivocaría, sin duda, quien acusara al Rey

de haber hablado demasiado vagamente; porque esa vaguedad es precisamente una prueba de alta prudencia. El Rey hubiera obrado muy imprudentemente, si se hubiera puesto límites que le impidieran avanzar o retroceder; al reservarse una cierta amplitud de ejecución, estaba inspirado. Los franceses se convencerán algún día, y confesarán que el Rey ha prometido cuanto podía prometer.

¿Tuvo motivos Carlos II para alegrarse de haber suscrito las proposiciones de los escoceses? Se le decía, como se le ha dicho a Luis XVIII: "Hay que acomodarse a los tiempos, hay que doblegarse; *es una locura sacrificar una Corona para salvar una Jerarquía*". El lo creyó, e hizo muy mal. El Rey de Francia es más prudente. ¿Cómo se obstinan los franceses en no hacerle justicia?

Si este Príncipe hubiera cometido la locura de proponer a los franceses una nueva Constitución, hubiera podido acusársele de una vaguedad pérfida, porque, de hecho, nada habría dicho. Si hubiera propuesto su propia obra, todos se hubieran puesto en contra suya, y con razón. En efecto: ¿Con qué derecho pediría obediencia, si abandonaba las leyes antiguas? ¿No es la arbitrariedad dominio común al que todo el mundo tiene igual derecho? No hubiera quedado ni un muchacho en Francia que no señalase los defectos de la nueva obra y no propusiera correcciones. Si bien se examina, se verá que el Rey, en cuanto abandone la antigua Constitución, no podrá decir más que una cosa: *Yo haré lo que quieran que haga.* A esta frase indecente y ridícula quedarían reducidos los más bellos discursos del Rey, traducidos a lenguaje claro. ¿Piensan realmente lo que dicen aquellos que reprochan al Rey no haber propuesto a los franceses una revolución? Desde que la insurrección ha dado principio a las desdichas de su familia, él ha visto tres Constituciones aceptadas, juradas, consagradas solemnemente. Las dos primeras no han durado más que un instante, y la tercera *solo de nombre existe.* ¿Debería el Rey proponer a sus súbditos cinco o seis para que eligieran entre ellas? Ciertamente, esos tres ensayos han costado tan caros, que ningún hombre sensato se atrevería a proponer otro. Pero esta nueva proposición, que sería desatino viniendo de un particular, sería, viniendo del Rey, un desatino y un crimen.

Hiciera lo que hiciera, no podía el Rey haber contentado a todo el mundo. No publicar ninguna declaración, tenía inconvenientes; los tenía el publicarla tal como lo hizo; los tenía el publicarla en otra forma. En la duda, ha hecho bien en atenerse a los principios, y solo con las pasiones y los prejuicios puede chocar al decir que *la Constitución francesa será para él el arca de la alianza.*

Si los franceses examinan serenamente esta declaración, o mucho me equivoco, o encontrarán en ella motivos para respetar al Rey. En las circunstancias terribles en que se ha encontrado, nada era más ten-

tador que transigir con los principios para reconquistar el trono. ¡Tantas gentes han dicho y tantas han creído que el Rey se perdía por su obstinación en los viejos principios! ¡Parecía tan natural escuchar proposiciones acomodaticias! Era, sobre todo, tan fácil, acceder a estas proposiciones con la segunda intención de volver a las antiguas prerrogativas sin faltar a la lealtad, apoyándose únicamente en la fuerza de las cosas, que hay mucha franqueza, mucha nobleza, mucho valor, en decir a los franceses: "Yo no puedo haceros felices; yo no debo reinar más que por la antigua Constitución: no tocaré el arca del Señor; esperaré a que volváis a la razón; esperaré a que hayáis comprendido esta verdad tan simple, tan evidente, y que, sin embargo, os obstináis en rechazar: es decir; *que con la misma Constitución, yo puedo daros un régimen completamente diferente*".

¡Qué sabio se ha mostrado el Rey cuando, al decir a los franceses *que su antigua y sabia Constitución era para él el arca de la alianza, y que le estaba prohibido poner en ella una mano temeraria,* añade, sin embargo, *que quiere devolverle toda su pureza, que el tiempo había corrompido, y todo su vigor, que el tiempo había debilitado.* Una vez más, sus palabras son inspiradas, porque en ellas se ve claramente lo que está en poder del hombre, separado de lo que pertenece a Dios. Nada hay en esta declara-

ción poco meditado que no deba aumentar el prestigio del Rey ante los franceses.

Sería deseable que esta Nación impetuosa que sólo sabe volver a la verdad tras haber agotado el error, quisiera al fin percibir una verdad bien palpable: que es víctima y juguete de un pequeño número de hombres que se interponen entre ella y su legítimo soberano, del que solo beneficios puede esperar. Pongámonos en lo peor. El Rey dejará caer la espada de la justicia sobre algunos parricidas; castigará con humillaciones a algunos nobles que le han ofendido... Y ¿qué te importa eso a tí, buen labrador, artesano laborioso, ciudadano pacífico, quienquiera que seas, a quien el cielo ha dado la obscuridad y la dicha? Piensa que tú, con tus semejantes, formas casi toda la Nación; y que si el pueblo entero sufre todos los males de la anarquía es sólo porque un puñado de miserables les atemorizan con el Soberano, del que ellos mismos tienen miedo. Si el pueblo continúa rechazando a su Rey, pierde la más bella ocasión que pueda imaginarse, puesto que se expone a ser dominado por la fuerza, en lugar de coronar por sí mismo a su legítimo soberano. ¡Qué méritos podía adquirir ante el Príncipe! ¡Con qué esfuerzos de celo y de amor procuraría el Rey recompensar la fidelidad de su pueblo! Tendría siempre presente el llamamiento de la Nación, para animarle a las grandes empresas, a los obstinados trabajos que la regeneración de Francia exige de su jefe; y todos los mo-

mentos de su vida estarían consagrados a la felicidad de los franceses.

Pero si ellos se obstinan en rechazar a su Rey, ¿saben cúal será su suerte?

Los franceses están hoy lo bastante madurados por la desgracia para entender una verdad dura; es decir, que quien los observa friamente en medio de los excesos de su libertad fanática, se siente tentado a gritar, como Tiberio: *¡Oh homines ad servitutem natos!* Hay, como es sabido, varias clases de valor, e indudablemente, el francés no las posee todas. Intrépido ante el enemigo, no lo es ante la autoridad, por injusta que ésta sea. Nada iguala la paciencia de este pueblo que se titula libre. En cinco años se le ha hecho aceptar tres Constituciones y el Gobierno revolucionario. Los tiranos se suceden, y el pueblo sigue obedeciendo. Jamás se ha visto triunfar ni uno solo de sus esfuerzos para salir de su anonadamiento. Sus amos han llegado hasta destrozarle, burlándose de él al mismo tiempo. Le han dicho: *Vosotros creéis que no deseáis esta ley; pero podéis estar seguros de que la deseáis. Si osáis rechazarla, tiraremos contra vosotros, para castigaros por no desear lo que deseáis.* Y así lo han hecho.

De bien poco ha dependido que la Nación francesa no estén todavía sometida al yugo espantoso de Robespierre. Puede ésta *felicitarse*, pero ciertamente no *enorgullecerse* de haberse librado de esta tiranía; y

no creo que fueran para ella más vergonzosos los días de su servidumbre que los de su liberación.

La historia del 9 Thermidor no es larga: unos cuantos facinerosos mataron a algunos otros facinerosos. Sin esta desavenencia familiar, los franceses gemirían aún bajo el cetro del Comité de Salud Pública.

Y ¿quién sabe lo que les está aún reservado? Han dado tales pruebas de paciencia, que no hay ningún género de degradación que no puedan temer. Gran lección, no digo para el pueblo francés, que, más que cualquier otro del mundo, aceptará siempre a sus amos y no los elegirá jamás, sino para el pequeño número de buenos franceses a quienes las circunstancias hagan influyentes, que les enseñe a no descuidar nada para arrancar a la Nación de estas fluctuaciones envilecedoras, echándola en brazos de su Rey. Es un hombre, sin duda; pero ¿es que espera ser gobernada por un ángel? Es un hombre; pero hoy podemos estar seguros de que lo sabe, y esto es ya mucho. Si el deseo de los franceses le repusiera en el trono de sus padres, él se desposaría con su Nación, que lo encontraría todo en él: bondad, justicia, amor, gratitud y talentos indiscutibles, sazonados en la escuela austera de la desgracia.

Los franceses parecen haber prestado poca atención a las palabras de paz que les ha dirigido. No han alabado su declaración; incluso la han criticado; y, probablemente, la han olvidado. Pero algún

día le harán justicia; algún día, la posteridad contará este documento como un modelo de sabiduría, de franqueza y de estilo real.

El deber de todo buen francés, en estos momentos, es dirigir la opinión pública en favor del Rey, y presentar cada uno de sus actos bajo un aspecto favorable. Aquí es donde los realistas deben examinarse con extrema severidad, y no permitirse ninguna ilusión. Yo no soy francés; ignoro todas las intrigas y no conozco a nadie. Pero supongamos que un realista francés dice: "Estoy dispuesto a verter mi sangre por el Rey; pero, sin renegar de la fidelidad que le debo, no puedo evitar el censurarle". Yo contestaría a ese hombre lo mismo que su conciencia le estaría diciendo, sin duda, más alto que yo: *Mientes al mundo y a ti mismo. Si fueras capaz de sacrificar tu vida al Rey, le sacrificarías también tus prejuicios. Por lo demás, él no necesita tu vida, sino tu prudencia, tu celo mesurado, tu abnegación pasiva; hasta tu indulgencia, para ponernos en todos los casos; guarda tu vida, con la que él no sabría qué hacer en este momento, y préstale los servicios que le hacen falta; ¿crees que los más heroicos son los que se proclaman en los periódicos? Por el contrario, los más obscuros pueden ser los más eficaces y los más sublimes. No se trata aquí de satisfacer tu orgullo; contenta a tu conciencia y a Aquel que te la ha dado.*

Lo mismo que esos hilos, que un niño rompería

jugando, forman, empero, al reunirse, el cable que soporta el ancla de un navío de alto porte, una multitud de críticas insignificantes pueden crear un ejército formidable. ¡Cuántos servicios se pueden prestar al Rey de Francia combatiendo esos prejuicios que germinan no se sabe cómo y que arraigan no se sabe por qué...!

¿No hay hombres que se creen en la edad de la razón, y que han reprochado al Rey su inactividad? ¿No hay otros que le han comparado orgullosamente con Enrique IV, haciendo notar que este príncipe supo encontrar para conquistar su corona medios muy distintos de las intrigas y de las declaraciones? Pero, puesto que estamos ejercitando el ingenio, ¿por qué no reprocharle el no haber conquistado Alemania e Italia como Carlomagno, para vivir allí noblemente, en espera de que los franceses se dignen atender a la razón?

En cuanto al partido, más o menos numeroso, que vocifera contra la Monarquía y el Monarca, no todo es odio, ni mucho menos, en el sentimiento que les impulsa; y me parece que este sentimiento complejo merece ser analizado. No hay hombre inteligente en Francia que no se desprecie más o menos. La ignominia nacional pesa sobre todos los corazones, porque nunca pueblo alguno fué menospreciado por amos más despreciables; todos tienen necesidad de consolarse, y los buenos ciudadanos lo hacen a su manera. Pero el hombre vil y corrompido, ajeno a

todas las ideas elevadas, se venga de su abyección pasada y presente contemplando con esa voluptuosidad inefable que solo la bajeza conoce, el espectáculo de la grandeza humillada. Para elevarse a sus propios ojos, los vuelve al Rey de Francia, y se conforma con su estatura al compararla con ese coloso derribado. Insensiblemente, por un esfuerzo de su imaginación desordenada, llega a mirar esta gran caída como obra suya; se reviste a sí mismo con todo el poder de la República, apostrofa al Rey; le llama orgullosamente *el sedicente Luis XVIII;* y, descargando sobre la Monarquía sus páginas furibundas, se envanece si logra asustar a algunos *chouanes* como uno de los héroes de Lafontaine: *Yo soy el rayo de la guerra.*

Hay también que tener en cuenta el miedo, que aúlla contra el Rey por temor de que su venida haga disparar un tiro más.

Pueblo francés: no te dejes seducir por los sofismas del interés particular, de la vanidad o de la cobardía. No escuches a los razonadores; en Francia se razona demasiado, *y el razonamiento destierra de ella la razón.* Entrégate sin miedo y sin reserva al instinto infalible de tu conciencia. ¿Quieres elevarte a tus propios ojos? ¿Quieres adquirir el derecho a tu propia estimación? ¿Quieres realizar un acto de soberanía? Llama a tu Soberano.

Totalmente extranjero a Francia, que nunca he visto, y sin nada que esperar de su Rey, al que nunca conoceré, si cometo errores, los franceses pueden, al menos, leerlos sin cólera, porque son enteramente desinteresados.

Pero ¿qué somos nosotros, débiles y ciegos humanos, y qué es esa luz vacilante que llamamos *razón?* Cuando hemos reunido todas las probabilidades, interrogado a la Historia, discutido todas las dudas y todos los intereses, todavía podemos abrazar una niebla engañosa en lugar de la verdad. ¿Qué decreto ha pronunciado ese Gran Señor ante el que nada grande existe? ¿Qué decreto ha pronunciado sobre el Rey, sobre su dinastía, sobre su familia, sobre Francia, sobre Europa? ¿Dónde y cuándo terminarán las perturbaciones y con cuántas desgracias tendremos aún que comprar la tranquilidad? ¿Ha derribado para construir, o bien sus rigores son irremediables? ¡Ah! Una nube sombría cubre el porvenir y ninguna mirada puede atravesar estas tinieblas. Sin embargo, todo anuncia que el orden de cosas establecido en Francia no puede durar, y que la invencible naturaleza tiene que traer de nuevo la Monarquía. Sea, pues, que nuestros deseos se cumplan, sea que la inexorable Providencia haya decidido otra cosa, es curioso, e incluso útil, investigar, sin perder de vista la historia y la naturaleza del hombre, cómo se producen estos grandes cambios, y qué papel podrá representar la multitud en un acontecimiento en el cual solo la fecha parece dudosa.

IX

¿COMO SE HARA LA CONTRARREVOLUCION, SI ES QUE LLEGA A HACERSE?

Al formar hipótesis sobre la contrarrevolución se comete muy a menudo el error de razonar como si esta contrarrevolución tuviera que ser el resultado de una deliberación popular y no pudiera ser de otro modo. *El pueblo teme*—se dice—, *el pueblo quiere, el pueblo no consentirá jamás, al pueblo no le conviene...* ¡Lamentable! El pueblo no entra para nada en las revoluciones, o, al menos, no entra más que como instrumento pasivo. Cuatro o cinco personas, quizá, darán un Rey a Francia. Unas cartas de París anunciarán a las provincias que Francia tiene Rey, y las provincias gritarán: ¡Viva el Rey! En el mismo París, todos los habitantes, menos quizá una veintena, recibirán al levantarse la noticia de que tienen un Rey. *¡Es posible!*—exclamarán—. *¡Esto sí que es un acontecimiento! ¿Sabéis por qué puerta*

entrará? Quizá fuera conveniente alquilar ventanas por anticipado, porque aquello va a ser un agobio.

Si la Monarquía se restablece, no será el pueblo quien decrete su restablecimiento, como no decretó su destrucción ni el establecimiento del Gobierno Revolucionario.

Yo suplico que se insista en estas consideraciones, y las recomiendo, ante todo, a los que creen la contrarrevolución imposible porque hay demasiados franceses partidarios de la República, y porque un cambio haría sufrir a demasiada gente. *¡Scilicet in superis labor est!* Es, ciertamente, discutible el que la República tenga mayoría; pero, la tenga o no la tenga, eso no importa en absoluto: el entusiasmo y el fanatismo no son estados durables. Ese grado de excitación fatiga en seguida a la naturaleza humana; de forma que, aún suponiendo que el pueblo—y sobre todo el pueblo francés—pueda querer una cosa durante mucho tiempo, es seguro que no puede quererla con pasión. Por el contrario, al remitir el acceso de fiebre, el abatimiento, la apatía, la indiferencia suceden siempre a los grandes arrebatos de entusiasmo. Este es el caso en que se encuentra Francia, que ya nada desea con pasión, excepto el reposo. Aunque se supusiera, pues que la República tiene mayoría en Francia—lo cual es probablemente falso—¿qué importa? Cuando el Rey se presente, claro es que no se contarán los votos, y que nadie se moverá; en primer lugar porque aún el que prefiere la República a la Monarquía, prefiere la tranquilidad a la República; y, además, porque las voluntades contrarias a la realeza no podrán unirse. En política, como en mecánica, las teorías fallan si no se tienen en cuenta las diferentes cualidades de los materiales que forman las *máquinas.* A primera vista, por ejemplo, parece verdadera esta proposición: el consentimiento previo de los franceses es necesario al restablecimiento de la Monarquía. Sin embargo, nada más falso: salgamos de las teorías y volvamos a los hechos.

Un correo llegado a Bordeaux, a Nantes, a Lyon, lleva la noticia de que *el Rey ha sido reconocido en París; de que un grupo cualquiera* (al que se nombra o no se nombra) *se ha apoderado de la autoridad y ha declarado que solo la posee en nombre del Rey; que se ha enviado un mensajero al soberano, al que espera de un momento a otro, y que en todas partes se exhibe la escarapela blanca.* La notoriedad se apodera de estas noticias y las adorna con mil circunstancias impresionantes. ¿Qué sucederá? Para favorecer en todo a la República le concederé la mayoría, e incluso un cuerpo de tropas republicanas. Estas tropas tomarán en el primer momento una actitud rebelde; pero, llegada la hora querrán comer y empezarán a desligarse del poder que ya no paga. Cada oficial, que no goza de consideración alguna —y que lo percibe así claramente, diga lo que diga—, ve con la misma claridad que el primero que grite:

¡Viva el Rey! será un gran personaje. El amor propio le dibuja con bellos colores la imagen de un general de los ejércitos de *Su Majestad Cristianísima,* brillante de insignias honoríficas y mirando de lo alto de su grandeza a los hombres que le mandaban en otro tiempo desde el estrado municipal. Estas ideas son tan sencillas, tan naturales, que a nadie pueden escapar; todos los oficiales lo comprenden así, de lo que se sigue que todos son sospechosos los unos para los otros. El temor y la desconfianza originan la duda y la frialdad. El soldado, que ya no está electrizado por el oficial, se siente aún más desanimado. El vínculo de la disciplina recibe un golpe inexplicable, un golpe mágico que lo afloja súbitamente. El uno vuelve los ojos hacia el pagador real que se aproxima; el otro aprovecha el momento para reunirse con su familia; ya no se sabe ni mandar ni obedecer; ya no hay conjunto...

Entre los paisanos, la cosa es muy distinta: unos van, otros vienen, todos tropiezan, se interrogan; cada uno teme a aquellos de quienes puede necesitar en el futuro; la duda consume las horas y los minutos son decisivos; en todas partes la audacia tropieza con la prudencia; al viejo le falta decisión, al joven, consejo; de un lado hay terribles peligros, de otro, una amnistía segura y probables beneficios. ¿Qué medios hay, por otra parte, de resistir? No hay peligro en la innacción, y el menor movimiento puede ser una falta irremisible: por lo tanto, hay que

esperar. Se espera, en efecto; pero al día siguiente se recibe aviso de que tal ciudad fortificada ha abierto sus puertas; razón de más para no precipitarse. En seguida se sabe que la noticia era falsa; pero otras dos ciudades, que la creyeron verdadera, han dado ejemplo cuando pensaban recibirlo. El gobernador de tal plaza ha presentado al Rey las llaves de *su noble ciudad de...* Es el primer oficial que ha tenido el honor de recibirle en una ciudadela de su Reino. En la misma puerta, el Rey lo ha instituído mariscal de Francia; un inmortal diploma ha cubierto su escudo *de innumerables flores de lis.* Su nombre será ya para siempre el más brillante de Francia. A cada instante se refuerza el movimiento realista; en seguida se hace irresistible. *¡Viva el Rey!,* gritan el amor y la lealtad, en el colmo de la alegría; *¡Viva el Rey!,* responde el hipócrita republicano, en el colmo del terror. ¡Qué importa! No hay más que un grito; y el Rey está consagrado.

¡Ciudadanos! Así es como se hacen las contrarrevoluciones. Dios, que se ha reservado la formación de las soberanías, nos lo demuestra no confiando jamás a la multitud la elección de sus amos. No la utiliza en esos grandes movimientos que deciden la suerte de los imperios, más que como instrumento pasivo. Nunca obtiene lo que quiere; siempre acepta, jamás escoge. Se puede incluso señalar un refinamiento de la Providencia (permítasenos esta expresión): y es que los esfuerzos del pueblo para conseguir un objeto

son precisamente el medio que ella emplea para alejarla de él. Así, después de César, el pueblo romano se buscó amos cuando creía combatir la aristocracia. Esta es la imagen de todas las insurrecciones populares. En la Revolución francesa el pueblo ha sido encadenado, ultrajado, arruinado, mutilado, por todas las facciones; y las facciones, a su vez, juguete las unas de las otras, han ido constantemente a la deriva, a pesar de todos sus esfuerzos, para estrellarse al fin en los escollos que las amenazaban.

Si se quiere saber el resultado probable de la Revolución francesa, basta saber en qué han estado de acuerdo todas las facciones: todas han querido el envilecimiento, incluso la destrucción del cristianismo universal y de la Monarquía, *de lo que se deduce* que todos sus esfuerzos desembocarán en la exaltación del cristianismo y de la Monarquía.

Todos los hombres que han escrito o meditado la Historia han admirado esa fuerza secreta que se burla de las previsiones humanas. Como nosotros pensaba aquél gran capitán de la antigüedad que la honraba como a un poder inteligente y libre y no emprendía nada sin encomendarse a ella [54].

Pero donde la acción de la Providencia brilla de modo impresionante, es en el establecimiento y la

[54] CORNELIO NEPOTE, *Vita Timoleona*, cap. IV. "Nihil rerum humanorum sine Deo numine geri putabat Timoleon; itaque suae domi sacellum Αιτοματίας ,constiluerat idque sanctissime colebat."

caída de las soberanías. No solo no entra en esos grandes movimientos la masa de los pueblos más que como la madera y las cuerdas empleadas por un mecánico, sino que sus mismos jefes no son tales más que para una visión superficial: de hecho, son dominados lo mismo que ellos dominan al pueblo. Estos hombres, que, tomados en conjunto, parecen los tiranos de la multitud, son a su vez tiranizados por dos o tres hombres, a quienes tiraniza uno solo. Y si este individuo único pudiera y quisiera decir su secreto, se vería que él mismo no sabe cómo se ha apoderado del mando; que su influencia es para él mayor misterio que para los demás, y que unas circunstancias que él no podía ni preparar ni prever lo han hecho todo por él y sin él. ¿Quién hubiera dicho al orgulloso Enrique V que la criada de una taberna le arrancaría el trono de Francia? Las necias explicaciones que se han dado a este gran acontecimiento no lo despojan de su carácter maravilloso; y, aunque deshonrado dos veces, la una por la ausencia y la otra por la prostitución del talento, sigue siendo el único episodio de la historia de Francia verdaderamente digno de la musa épica.

¿Podemos creer que *se ha acortado el brazo* que en otro tiempo se sirvió de tan débil instrumento, y que el supremo ordenador de los imperios pedirá opinión a los franceses para darles un Rey? No: elegirá una vez más, como lo ha hecho siempre, *lo más débil para confundir a lo más fuerte.* No necesita le-

giones extranjeras, no necesita *la coalición;* y lo mismo que ha mantenido la integridad de Francia, a pesar de los designios y la fuerza de tantos príncipes, *que son a sus ojos como si no existieran,* cuando sea llegado el momento, restablecerá la Monarquía francesa a pesar de sus enemigos. El barrerá a estos ruidosos insectos *pulveris exigui jactu*: el Rey vendrá, verá y vencerá.

Entonces todos se asombrarán de la profunda nulidad de estos hombres que parecían tan poderosos. Hoy corresponde a los sabios anticipar este juicio y estar seguros, antes que la experiencia lo haya demostrado, de que los dominadores de Francia solo poseen un poder ficticio y pasajero, cuyo mismo exceso prueba su vaciedad; de *que no han sido ni plantados ni sembrados; que su tronco no ha hechado raíces en la tierra, y que un soplo los arrastrará como paja* [55].

Bien en vano, pues, insisten tantos escritores sobre los inconvenientes de un restablecimiento de la Monarquía; en vano alarman a los franceses con las consecuencias de una contrarrevolución; y cuando deducen de estos inconvenientes que los franceses, que los temen, no soportarán jamás el restablecimiento da la Monarquía, deducen muy mal, porque los franceses nada determinarán, y quizá recibirán un Rey de manos de una mujercilla.

[55] *Isaiae,* XL, 24.

Ninguna Nación se da a sí misma un Gobierno: solamente, cuando tal o cual derecho existe en su Constitución [56] y este derecho es ignorado u oprimido, algunos hombres, ayudados de ciertas circunstancias, pueden apartar los obstáculos y hacer reconocer los derechos del pueblo. El poder humano no se extiende más allá.

Además, aunque la Providencia no se preocupa lo más mínimo de lo que ha de costar a los franceses el tener un Rey, no deja de ser importante observar que existe error o mala fe en esos escritores que amenazan a los franceses con males que traerá el restablecimiento de la Monarquía.

[56] Su Constitución "natural", se entiende, porque su Constitución "escrita" no es más que papel.

X

SUPUESTOS PELIGROS DE UNA CONTRA-RREVOLUCION

I. Consideraciones generales.

Es un sofisma muy corriente en esta época el insistir sobre los peligros de una contrarrevolución para demostrar que no hay que volver a la Monarquía.

El gran número de obras destinadas a convencer a los franceses de que se conformen con la República no son más que el desarrollo de esta idea. Los autores de estas obras insisten sobre los males irreparables de las revoluciones; después, observando que la Monarquía no puede restablecerse en Francia sin una nueva revolución, concluyen que es preciso mantener la República.

Este prodigioso sofisma—tanto si procede del miedo como del deseo de engañar—merece ser cuidadosamente discutido.

Las palabras engendran casi todos los errores. Se

acostumbra a dar el nombre de contrarrevolución al movimiento, cualquiera que sea, que ha de dar muerte a la Revolución; y, puesto que este movimiento será contrario al otro, hay que esperar consecuencias opuestas.

¿Creemos, acaso, que el paso de la enfermedad a la salud es tan penoso como el de la salud a la enfermedad? ¿Y que la Monarquía, derribada por monstruos, ha de ser restablecida por otros semejantes? Los mismos que emplean este sofisma, le hacen justicia en el fondo de sus corazones. Saben de sobra que los amigos de la religión y de la Monarquía no son capaces de ninguno de los excesos que han deshonrado a sus enemigos; saben de sobra que, poniéndose en lo peor y tomando en cuenta las debilidades humanas, el partido oprimido encierra mil veces más virtudes que sus opresores. Saben de sobra que el primero no sabe ni defenderse ni vengarse: bastante se han burlado de él por ese motivo.

Para hacer la Revolución francesa, ha sido preciso derribar la religión, ultrajar la moral, violar todas las propiedades y cometer todos los crímenes; para esta obra diabólica ha sido preciso emplear tal número de hombres viciosos que quizá nunca se han reunido tantos vicios para realizar un mal. Por el contrario, para restablecer el orden, el Rey convocará a todas las virtudes; sin duda será ese su deseo, pero bastaría la naturaleza misma de las cosas para forzarle a ello. Su interés más inmediato será aliar

la justicia a la misericordia; los hombres más estimables vendrán por sí mismos a colocarse en los puestos en que pueden ser útiles; y la religión, prestando su cetro a la política, le dará las fuerzas que solo de esta augusta hermana puede recibir.

Es indudable que muchos hombres exigirán que se les muestre el fundamento de estas magníficas esperanzas; pero ¿es que creen que el mundo político marcha al azar, y que no está organizado, dirigido, animado, por esa misma sabiduría que brilla en el mundo físico?

Las manos culpables que derriban un Estado producen, necesariamente, desgarramientos dolorosos; porque ningún agente libre puede contrariar los planes de su Creador sin atraer, en la esfera de su actividad, males proporcionales a la magnitud de su atentado; y esta ley proviene de la Misericordia del gran Ser más que de su Justicia.

Pero cuando el hombre trabaja para restablecer el orden, se asocia con el Autor del orden, y se ve favorecido por la naturaleza, es decir, por el conjunto de las causas segundas, que son los ministros de la divinidad. Su acción tiene algo de divina; es a la vez suave e imperiosa; a nada fuerza, y nada se le resiste; al ordenar las cosas las sanea; a medida que opera, se ve cesar esa agitación penosa que es efecto y síntoma del desorden, como bajo la mano del cirujano hábil el miembro descoyuntado demuestra que ha vuelto a encajarse por la cesación del dolor.

Franceses: vuestros seductores y tiranos fundaron lo que ellos llaman *vuestra libertad* entre el estrépito de cantos infernales, de blasfemias del ateísmo, de gritos de muerte y largos gemidos de la inocencia degollada; a la luz de los incendios; sobre las ruinas del trono y de los altares, regadas con la sangre del mejor de los reyes y de otras innumerables víctimas; en el desprecio de las buenas costumbres y de la fe pública, en medio de todos los crímenes.

Cuando volváis a vuestra antigua Constitución por medio de un Rey que os dé lo único que debéis desear, *la libertad por el Monarca,* será en nombre de un Dios *grande y bueno,* conducidos por hombres que Él ama y Él inspira, y bajo la influencia de su poder creador.

¿Por qué deplorable ceguera os obstináis en luchar penosamente contra ese poder, que anula todos vuestros esfuerzos a fin de advertiros de su presencia? Vuestra impotencia procede de que habéis osado separaros de El y hasta ir en contra suya: en el momento en que obréis de acuerdo con él participaréis en cierto modo de su naturaleza; todos los obstáculos se doblegarán a vuestro paso, y os reiréis de los pueriles temores que ahora os perturban.

Como todas las piezas de la máquina política tienen una tendencia natural hacia el lugar que les está asignado, esta tendencia, que es divina, favorecerá todos los esfuerzos del Rey; y como el orden es el elemento natural del hombre, en él encontraréis la

dicha que vanamente buscáis en el desorden. La Revolución os ha hecho sufrir porque fué obra de todos los vicios, y los vicios son, con toda justicia, los verdugos del hombre. Por la razón contraria, la vuelta a la Monarquía, lejos de producir los males que teméis para el porvenir, hará cesar todos los que hoy os consumen; todos vuestros esfuerzos serán positivos: no destruiréis más que la destrucción.

Desengañaos de una vez de esas doctrinas desoladoras que han deshonrado nuestro siglo y perdido a Francia. Ya habéis aprendido a conocer a los predicadores de tan funestos dogmas, pero la impresión que éstos han hecho sobre vosotros aún no se ha borrado. En vuestros planes de creación y de restauración, no olvidáis más que a Dios. Ellos os han separado de El: ya solo mediante un esfuerzo de razonamiento os eleváis a la fuente inagotable de toda existencia. Sólo queréis ver al hombre: su acción tan débil, tan dependiente, tan circunscrita; su voluntad tan corrompida, tan vacilante. Y la existencia de una causa superior solo es para vosotros una teoría. Ella, sin embargo, os presiona, os envuelve; vosotros la tocáis, el Universo entero la anuncia. Cuando se os dice que sin ella solo para destruír sois fuertes, no es una vana teoría la que se os brinda, es una verdad práctica basada en la experiencia de todos los siglos y en el conocimiento de la naturaleza humana.

Abrid la Historia: no veréis una creación política, ¿qué digo?, no veréis ninguna institución que posea

algo de fuerza y permanencia y que no repose sobre una idea divina; no importa de qué naturaleza sea ésta, porque no existe sistema religioso que sea enteramente falso.

No habléis más, pues, de las dificultades y las desgracias que teméis como consecuencia de lo que llamáis contrarrevolución. Todas las desgracias que habéis padecido proceden de vosotros mismos: os han herido los escombros del edificio que derribásteis sobre vuestras propias cabezas. Reconstruir es cosa muy distinta: entrad en el camino que puede llevaros a ello. No llegaréis a la creación por el camino de la nada.

¡Qué responsabilidad la de esos escritores falsos o pusilánimes que se permiten atemorizar al pueblo con ese vano espantajo que se llama contrarrevolución! Qué, reconociendo que la República fué una espantosa plaga, sostienen, sin embargo, que es imposible retroceder. Cualquiera diría que los males de la Revolución han terminado y que los franceses han llegado a puerto. El reinado de Robespierre aplastó al pueblo en forma tal, de tal modo impresionó su imaginación, que ya tiene por soportable y casi feliz todo estado de cosas en el que no se degüelle sin interrupción. Durante la exaltación del Terrorismo, los extranjeros notaban que todas las cartas de Francia que relataban las escenas espantosas de aquella época cruel, acababan con estas palabras: *En este momento, estamos tranquilos.* Es decir: *Los verdugos*

descansan, están tomando fuerzas. Entretanto, todo va bien. Este sentimiento ha sobrevivido al régimen infernal que lo produjo. El francés, petrificado por el terror y desanimado por los errores de la política extranjera, se ha encerrado en un egoísmo que no le permite ver nada fuera de sí mismo y del lugar y el instante en que él existe. Se está asesinando en cien lugares de Francia: no importa, mientras no sea uno mismo el despojado o destrozado. Si es en la misma calle, en la casa de al lado, donde se han cometido esos atentados, tampoco importa: ya pasó el momento. *Ahora todo está tranquilo.* Pondrá nuevos cerrojos y no pensará más en ello. En una palabra: todo francés se considera suficientemente feliz el día en que no le matan.

Entretanto, las leyes no tienen valor. El Gobierno reconoce su impotencia para hacerlas cumplir y los crímenes más infames se multiplican por todas partes; el demonio revolucionario levanta orgullosamente la cabeza; la Constitución no es más que una tela de araña y el poder se permite horribles atentados; ya no hay autoridad paterna, ni temor para el crimen, ni asilo para la indigencia. El horrendo suicidio denuncia a los gobernantes la desesperación de los desdichados que le acusan. El pueblo se desmoraliza de la manera más aterradora y la abolición del culto, unida a la ausencia total de educación pública, prepara en Francia una generación cuya sola idea hace estremecer.

¡Cobardes optimistas!: He aquí el orden de cosas que teméis ver cambiar. ¡Salid de una vez de vuestro funesto letargo! En lugar de mostrar al pueblo los males imaginarios que resultarán del cambio, emplead vuestro talento en hacer desear la conmoción suave y saludable que devolverá el Rey a su trono y el orden a Francia.

Mostradnos, hombres timoratos, mostradnos esos males tan terribles con los que se os amenaza para alejaros de la Monarquía, ¿no véis que vuestras instituciones republicanas no tienen raíces, que están solo *superpuestas* a vuestro suelo, en tanto que las precedentes estaban *plantadas* en él? Para derribar estas últimas fué necesaria el hacha; las otras caerán con un soplo y no dejarán rastro. No es lo mismo quitar a un *president a mortier* su dignidad hereditaria que era una propiedad suya, que hacer descender del estrado a un juez temporal que no tiene prerrogativa propia. La Revolución ha hecho sufrir mucho, porque ha destruído mucho, porque ha violado brutalmente todas las propiedades, todos los prejuicios y todas las costumbres; porque, siendo toda tiranía plebeya violenta, implacable y vejatoria por naturaleza, la que ha realizado la Revolución francesa tenía que llevar al extremo estos caracteres, ya que el Universo no ha conocido nunca tiranía más baja y más absoluta.

El honor es la fibra más sensible del hombre: se le hace gritar, con solo tocarle en ese punto. Eso es

lo que ha hecho tan dolorosa la Revolución: que ha pisoteado los más altos honores. Ahora bien: aunque el restablecimiento de la Monarquía causase al mismo número de hombres las mismas privaciones reales, habría siempre una diferencia inmensa, ya que no destruiría ninguna dignidad; no hay dignidades en Francia, puesto que no hay soberanía.

Pero, aun no considerando más que las privaciones físicas la diferencia no sería menos visible: el poder usurpador inmola a los inocentes: el Rey perdonará a los culpables. El uno abolía las propiedades legítimas; el otro se andará con tiento, aún con las ilegítimas. El uno ha tomado por divisa *Diruit aedificat, mudat quadrata rotundis.* Tras siete años de esfuerzos aún no ha podido organizar una escuela primaria o una fiesta campestre; no hay, ni aún entre sus partidarios, quien no se burle de sus leyes, de sus cargos, de sus instituciones, de sus fiestas y hasta de sus trajes. El otro, edificado sobre una base sólida, no andará a tientas: una fuerza desconocida presidirá sus actos, no actuará más que para restaurar. Ahora bien: una acción ordenada solo al mal hace daño.

Es también un gran error imaginar que el pueblo tiene algo que perder con el restablecimiento de la Monarquía, porque el pueblo sólo en teoría ha ganado con el general trastorno. *Tiene derecho a todos los puestos*—se dice—. Y ¿qué importa? Hay que saber lo que éstos valen. Estos puestos de que tanto

se habla y que se ofrecen al pueblo como una gran conquista, nada son, de hecho, ante el tribunal de la opinión. Hasta la carrera militar, glorificada en Francia más que ninguna otra, ha perdido su aureola; no tiene ya la estimación general, y la paz la rebajará más todavía. Se amenaza a los militares con el restablecimiento de la Monarquía, que a nadie conviene más que a ellos. No hay nada más evidente que la necesidad en que se encontrará el Rey de mantenerlos en sus puestos; y de ellos dependerá el cambiar, más pronto o más tarde, esta necesidad política en necesidad de afecto, de deber y de gratitud. Por una extraordinaria combinación de circunstancias, nada hay en ellos que pueda ofender a la opinión más realista. Nadie tiene derecho a despreciarlos, porque solo por Francia combaten. No hay entre ellos y el Rey ninguna barrera capaz de entorpecer sus deberes. El es francés ante todo. Que se acuerden de Jacobo II durante el combate de la Hogue, aplaudiendo a la orilla del mar el valor de aquellos ingleses que acababan de destronarle. ¿Pueden dudar de que el Rey está orgulloso de su valor y los mira en el fondo de su corazón como a defensores de la integridad de su Reino? ¿No ha aplaudido públicamente ese valor, *lamentando* (no podía por menos) *que no se emplease en mejor causa?* ¿No ha felicitado a los valientes del ejército de Condé *por haber vencido los odios que el más profundo artificio*

se esforzaba en mantener hace largo tiempo? [57]. Los militares franceses, después de sus victorias, solo necesitan una cosa: que la soberanía legítima venga a legitimar su carácter. Actualmente se les teme y se les desprecia. El más completo abandono es la recompensa a sus trabajos, y sus conciudadanos son los hombres más indiferentes del Universo a los triunfos de su Ejército: incluso llegan, a veces, a detestar sus victorias que alimentan el humor guerrero de los amos. El restablecimiento de la Monarquía dará súbitamente a los militares un alto lugar en la opinión; el mérito recogerá a lo largo de su camino una dignidad verdadera, una aureola siempre creciente, que será patrimonio de los guerreros y que éstos transmitirán a sus hijos; esta gloria pura, este tranquilo esplendor, sustituirán con ventaja a las menciones honoríficas y el ostracismo del olvido que han sucedido a los patíbulos.

Si se considera la cuestión desde un punto de vista más general, se encontrará que la Monarquía es, sin disputa, la forma de Gobierno que da mayor distinción a un mayor número de personas. La soberanía posee en ella suficiente esplendor para comunicar una parte, con las gradaciones necesarias, a una multitud de agentes a los que distingue más o menos. En la República, la soberanía no es palpable

---

[57] *Carta del Rey al Príncipe de Condé*, 3 de enero de 1797, publicada en todos los periódicos.

como en la Monarquía; es un ente puramente moral, y su grandeza es incomunicable; por consiguiente, los cargos no son nada en la República fuera de la ciudad en que reside el Gobierno; y aún éstos, solo son algo en tanto son ocupados por miembros del Gobierno: por tanto, es el hombre quien honra al empleo, y no el empleo el que honra al hombre. Este no brilla como *agente,* sino como *parte* del soberano.

Es fácil ver en las provincias que están gobernadas por Repúblicas, que los cargos (excepto los que están reservados a los *miembros* del soberano) elevan muy poco a los hombres a los ojos de sus conciudadanos, y no significan casi nada en la estimación pública, porque la República, por su naturaleza, es la forma de Gobierno que da más derechos a un pequeño número de hombres, que constituyen el *soberano,* y quita más a todos los otros, que son los súbditos.

Cuanto más próxima a la democracia esté una República, tanto más notoria será la realidad de esta observación.

Recordemos la multitud innumerable de empleos, (aún haciendo abstracción de todas las plazas abusivas) que el antiguo Gobierno de Francia ofrecía a la ambición universal. El clero regular y secular, la espada, la toga, las finanzas, la administración, etc. ¡Cuántas puertas abiertas a todos los talentos y a toda clase de ambiciones! ¡Qué gradaciones incalculables de distinciones personales! De este número incalculable de puestos, ninguno había colocado la ley por encima de las pretensiones del simple ciudadano [58]: había, incluso, una cantidad enorme que, siendo propiedades preciosas que realmente hacían un notable de su propietario, eran patrimonio exclusivo del tercer estado.

Que las plazas superiores fueran de más difícil acceso para el simple ciudadano era una cosa muy razonable. Cuando *todos* pueden aspirar a *todo,* hay exceso de movimiento y falta de subordinación en el Estado. El orden exige que, en general, los empleos estén graduados conforme al estado de los ciudadanos, aunque el talento—y hasta la simple protección—salten a veces las barreras que separan a las diferentes clases. De esta manera, hay emulación sin humillación y movimiento sin destrucción. Es más: la distinción que se adscribe a un cargo está basada—la palabra lo dice—en la dificultad mayor o menor de llegar a conseguirlo.

Objetar que estas distinciones son malas es entrar en otro tema; pero yo respondo: si vuestros cargos no enaltecen a los que los poseen, no os jactéis de darlos a todo el mundo, ya que nada daréis. Si, por el contrario, los cargos son y deben ser distinciones, repito que ningún hombre de buena fe puede negar

[58] La famosa ley que excluía al tercer estado del servicio militar no podía ser cumplida: era, simplemente, una torpeza ministerial, de la que la pasión ha hablado como de una ley fundamental.

que la Monarquía es la forma de Gobierno que, solamente por los cargos e independientemente de la nobleza, distingue a un mayor número de hombres del resto de sus conciudadanos.

No hay que dejarse engañar, además, por esa igualdad ideal que solo existe en las palabras. El soldado que tiene el privilegio de hablar a su oficial en un tono groseramente familiar, no por eso es igual a él. La aristocracia de los puestos, que en un principio no podía percibirse en el desorden general, comienza a formarse; la misma nobleza recobra su indestructible influencia. Las tropas de tierra y de mar están ya en gran parte mandadas por aristócratas, o por alumnos que ya el Antiguo Régimen había ennoblecido al admitirlos en una profesión noble. Es más: la República ha obtenido por medio de ellos sus mejores éxitos. Si la delicadeza—tal vez desdichada—de la nobleza francesa no la hubiese apartado de Francia, ella mandaría ya en todas partes; es cosa bastante corriente oír decir que *si la nobleza hubiera querido se le habrían dado todos los cargos.* Ciertamente, en el momento en que esto escribo (4 enero de 1797) bien quisiera la República tener en sus barcos a los nobles que hizo asesinar en Quiberon.

El pueblo, la masa de los ciudadanos, nada tiene, pues, que perder, sino al contrario, mucho que ganar en el restablecimiento de la Monarquía, que traerá una multitud de distinciones personales lucrativas

y hasta hereditarias, en lugar de los empleos pasajeros y sin dignidad que da la República.

No he insistido sobre los emolumentos adscritos a los empleos, porque es notorio que la República no paga o paga mal. Solo fortunas escandalosas ha producido: únicamente el vicio se enriquece sirviéndola.

Terminaré este capítulo por algunas observaciones que prueban claramente, me parece, que el peligro que se supone en la Restauración se encuentra precisamente en el retraso de este gran acontecimiento.

Los jefes de la República no pueden menoscabar a la familia de los Borbones: existe, sus derechos son evidentes, y su silencio habla quizás más alto que todos los manifiestos posibles.

Es una verdad que salta a los ojos que la República francesa, aunque ahora parezca haber dulcificado sus teorías, no puede tener verdaderos aliados. Por naturaleza, es enemiga de todos los Gobiernos, tiende a destruirlos todos. De modo que todos tienen interés en destruirla a ella. La política puede, sin duda, dar aliados a la República[59], pero estas son alianzas contra naturaleza; o, si se quiere, Francia tiene aliados, pero la República francesa no los tiene.

Amigos y enemigos están siempre de acuerdo en

[59] "Scimus et hanc veniam petimusque damusque vicissim. Sed non ut placidis coeant immitia, non ut serpentes avibus germinentur, tignibus agni." Esto es lo mejor que podrán decir ciertos Gobiernos cuando Europa les interrogue.

dar un Rey a Francia. Se cita a menudo el éxito de la Revolución inglesa en el siglo pasado, pero ¡qué diferencia! La Monarquía no fué derribada en Inglaterra; solo el Monarca desapareció para dejar paso a otro. La misma sangre de los Estuardos siguió en el trono, y de ella procedían los derechos del nuevo Rey. Este Rey era por sí mismo un príncipe fuerte, con todo el poder de su casa y de sus relaciones de familia. El Gobierno de Inglaterra, además, nada tenía de peligroso para los demás: era una Monarquía, como antes de la Revolución. Sin embargo, bien poco faltó para que Jacobo II conservase el cetro, y si hubiera sido un poco más afortunado o, simplemente, más hábil, no lo habría perdido. Y, aunque Inglaterra tenía un Rey, aunque los prejuicios religiosos se unían a los prejuicios políticos para excluír al pretendiente, aunque la situación de este reino le defiende por sí sola contra cualquier invasión, sin embargo, hasta mediados de este siglo el peligro de una nueva Revolución ha pesado sobre Inglaterra. Todo dependió, como es sabido, de la batalla de Culloden.

En Francia, por el contrario, el Gobierno no es monárquico; es incluso enemigo de todas las monarquías que le rodean; no es un príncipe el que le dirige, y si algún día el Estado es atacado no parece probable que los parientes extranjeros de los Pentarcas levanten tropas para defenderlos. Francia está, pues, en continuo peligro de guerra civil, y este

peligro procede de causas constantes, puesto que siempre tendrá que recelar de los justos derechos de los Borbones y de la política astuta de las demás naciones que pueden tratar de sacar provecho de las circunstancias. Mientras el trono de Francia esté ocupado por el soberano legítimo, ningún príncipe del mundo puede soñar con apoderarse de él. Pero mientras esté vacante, todas las ambiciones reales pueden apetecerlo y disputárselo. Por otra parte, el poder está al alcance de todo el mundo desde que ha caído en el polvo. El Gobierno regular excluye una infinidad de proyectos; pero bajo el imperio de una soberanía falsa, ningún proyecto es quimérico: todas las pasiones están desencadenadas y todas las esperanzas tienen fundamento. Los cobardes que rechazan al Rey por miedo a la guerra civil están preparando justamente los materiales para ella. Desean tan locamente *la tranquilidad y la Constitución* que no tendrán ni Constitución ni tranquilidad. No puede haber seguridad perfecta para Francia en el estado en que se encuentra. Solo el Rey, y el Rey legítimo, levantando desde lo alto de su trono el cetro de Carlomagno, puede extinguir o desarmar todos los odios, deshacer todos los proyectos siniestros, ordenar las ambiciones al ordenar a los hombres, calmar los espíritus agitados y crear súbitamente alrededor del poder esa muralla mágica que es su única defensa.

Hay además otra reflexión que debe estar de continuo ante los ojos de los franceses que forman par-

te de las autoridades actuales y a quienes su posición pone en condiciones de influir sobre el restablecimiento de la Monarquía. Los más estimables entre estos hombres no deben olvidar que serán arrastrados más pronto o más tarde por la fuerza de las cosas; que el tiempo huye y que la gloria se les escapa. La que pueden ahora gozar es una gloria por comparación: han hecho cesar las matanzas, han tratado de secar las lágrimas de la Nación; brillan, porque han sucedido a los mayores forajidos que han deshonrado la tierra. Pero cuando cien causas reunidas hayan reconstruído el trono, su destino será *la amnistía* con todas sus consecuencias. Sus nombres, sin haber salido de la obscuridad, quedarán sepultados en el olvido. Que no pierdan, pues, nunca de vista la aureola inmortal que rodeará los nombres de los restauradores de la Monarquía. Como una insurrección del pueblo contra los nobles no puede conducir a otra cosa que a la creación de nuevos nobles, ya se dibuja de qué modo se van a formar estas nuevas razas que, rápidamente enaltecidas por las circunstancias, podrán, desde su origen, aspirar a todo.

II. De los bienes nacionales.

Se amenaza a los franceses con la restitución de los bienes nacionales. Se acusa al Rey de no haber osado tocar en su declaración este tema delicado. Po-

dríamos decir a una gran parte de la Nación: ¿Qué os importa?, y no sería mala respuesta. Pero, para que no parezca que soslayamos la dificultad, más vale observar que, evidentemente, el interés general de Francia en relación con los bienes nacionales, e incluso el interés particular de los adquirentes de estos bienes, concuerda con el restablecimiento de la Monarquía. Los latrocinios realizados alrededor de esos bienes, sobrecogen la conciencia menos sensible. Nadie cree en la legitimidad de tales adquisiciones y los mismos que declaman elocuentemente sobre este asunto en apoyo de la legislación actual, se apresuran a revender para asegurar sus ganancias. Nadie se atreve a disfrutarlos plenamente, y, cuanto más se serenen los ánimos, menos serán los que quieran comprometer dinero en ese asunto. Los edificios se desmoronarán, y, en mucho tiempo, nadie osará levantarlos de nuevo; escasearán los anticipos y el capital de Francia decaerá considerablemente. El daño es ya grande en este terreno, y los que han podido reflexionar sobre los abusos de los *decretos* deben comprender lo que representa lanzar un decreto que afecta a quizá la tercera parte del más poderoso reino de Europa.

Muy a menudo se han trazado en el cuerpo legislativo cuadros impresionantes del estado deplorable de estos bienes. El mal irá siempre en aumento mientras que la conciencia pública no olvide sus du-

das sobre la solidez de esas adquisiciones. Y ¿qué mirada alcanza a tal distancia?

Considerando solo a los poseedores, el primer peligro para ellos proviene del Gobierno. No hay que engañarse: al Gobierno no le es indiferente tomar de un sitio o de otro lo que necesita. Sabido es en qué condiciones han adquirido los compradores; sabido es de qué infames maniobras, de qué *agio* escandaloso han sido objeto esos bienes. El vicio primitivo y continuado de la adquisición es indeleble a todos los ojos, de modo que el Gobierno francés no puede ignorar que, exprimiendo a esos compradores, tiene a la opinión pública a su favor, y que sólo ellos mismos le consideran injusto; por otra parte en los Gobiernos populares, aún en los legítimos, la injusticia no tiene pudor; fácil es juzgar lo que será de Francia, donde el Gobierno, variable con las personas y carente de identidad, no cree jamás deshacer una obra propia cuando derriba lo que está hecho.

Caerá, pues, sobre los bienes nacionales en cuanto pueda. Apoyado en la conciencia y (no hay que olvidarlo) en la envidia de todos los que no los poseen, atormentará a los poseedores de bienes nacionales, ya por medio de nuevas ventas modificadas, ya por peticiones generales de suplemento de precios o por impuestos extraordinarios. En una palabra: nunca los dejará tranquilos.

En cambio, bajo un Gobierno estable todo es estable; de forma que hasta a los adquirentes de bie-

nes nacionales les conviene que sea restablecida la Monarquía para saber a qué atenerse. Es bien intempestivo el reproche que se hace al Rey de no haber hablado claro sobre este punto en su declaración: no podía hacerlo sin extremada imprudencia. Una ley sobre este asunto será, quizá, cuando llegue el momento, el punto más delicado de la legislación.

Pero hay que recordar aquí lo que he dicho en el capítulo precedente: las conveniencias de tal o cual clase de individuos no detendrán la contrarrevolución. Lo único que quiero demostrar es que les interesa que el pequeño número de hombres que puede influir sobre este gran acontecimiento no espere a que los abusos de la anarquía lo hagan inevitable y lo traigan bruscamente; porque cuanto más necesario sea el Rey más dura será la suerte de los que han prosperado con la Revolución.

III. *De las venganzas.*

Otro espantapájaros que se utiliza para hacer temer a los franceses el regreso de su Rey son las venganzas de que este retorno tendrá que ir acompañado.

Esta objeción, como las otras, es planteada, sobre todo, por hombres de talento que no creen en ella; sin embargo, bueno será discutirla en favor de las honradas gentes que la creen fundada.

Numerosos escritores realistas han rechazado como un insulto este deseo de venganza que se atribuye a su partido. Uno solo va a hablar por todos. Lo cito para mi satisfacción y la de mis lectores. No se me acusará de elegirlo entre los realistas *a la glace.*

"Bajo el imperio de un poder ilegítimo son de temer las más horribles venganzas, porque ¿quién tendría derecho a reprimirlas? La víctima no puede llamar en su ayuda la autoridad de leyes que no existen ni de un Gobierno que es obra del crimen y de la usurpación.

"Muy distinto es lo que ocurre bajo un Gobierno asentado sobre bases sagradas, antiguas, legítimas; él tiene el derecho de ahogar las más justas venganzas y de castigar al instante con todo el peso de las leyes a cualquiera que se deje llevar más por los impulsos de la naturaleza que por los de su deber.

"Solo un Gobierno leg'timo tiene el derecho de proclamar la amnistía y los medios para hacerla cumplir.

"Así, pues, queda demostrado que el más perfecto, el más puro de los realistas, el más gravemente ultrajado en sus parientes, en sus propiedades, debe ser castigado con la muerte por un Gobierno legítimo si osa vengar por sí mismo sus injurias cuando el Rey le ha ordenado perdonar.

"Será por tanto un Gobierno fundado sobre nuestras leyes el que podrá otorgar con firmeza la amnistía y hacerla observar con severidad.

"¡Ah!, sin duda es fácil discutir hasta dónde tiene el Rey derecho a extender la amnistía. Las excepciones que prescribe el primero de sus deberes son bien evidentes. Los que se mancharon con la sangre de Luis XVI solo de Dios pueden esperar gracia; pero, aparte de esto, ¿quién será capaz de trazar con mano segura los límites donde debe detenerse la amnistía y la clemencia del Rey? Mi corazón y mi pluma se niegan a ello de igual modo.

"Si alguien osa escribir sobre semejante asunto, será sin duda ese hombre excepcional, casi único si es que existe, que no ha faltado nunca en el curso de esta horrible Revolución, y cuyo corazón, tan puro como su conducta, no tuvo nunca necesidad de gracias[60].

La razón y el sentimiento no pueden expresarse con mayor nobleza. Digno de compasión será el hombre que no reconozca en estos párrafos el acento de la sinceridad.

Diez meses después de la fecha de este escrito, el Rey ha pronunciado en su declaración esta frase tan conocida y tan digna de serlo: *¿Quién osará vengarse, cuando el Rey perdona?*

Solo ha exceptuado de la amnistía a los que vo-

[60] CONDE DE ANTRAIGUES. *Observaciones sobre la conducta de las potencias coaligadas,* prólogo, pág. 34 y sigs.

taron la muerte de Luis XVI, los cooperadores, los instrumentos directos e inmediatos de su suplicio, y los miembros del Tribunal revolucionario que enviaron al cadalso a la Reina y a madame Elisabeth. Queriendo, incluso, restringir el anatema en cuanto a los primeros, no ha colocado en la lista de los parricidas a aquellos de los que se puede suponer *que solo se mezclaron a los asesinos de Luis XVI con el designio de salvarle.*

Y hasta tratándose de *esos monstruos que la posteridad solo nombrará con horror,* el Rey se ha contentado con decir, con tanta mesura como verdad, *que Francia entera reclama sobre sus cabezas la espada de la justicia.*

Pero no se ha privado con esta frase del derecho de conceder gracia en cada caso particular: a los culpables corresponde ver lo que podrían poner en la balanza para inclinarla a su favor. Monck se sirvió de Ingolsby para detener a Lambert. Se puede hacer más que lo que hizo Ingolsby.

Observaré, además, sin pretender debilitar el justo horror que merecen los asesinos de Luis XVI, que a los ojos de la Justicia divina no son todos igualmente culpables. En lo moral, como en lo físico, la fuerza de fermentación está en razón directa con la masa que fermenta. Los setenta jueces de Carlos I eran mucho más dueños de sí mismos que los jueces de Luis XVI. Hubo, ciertamente, entre ellos, culpables perfectamente lúcidos que nunca serán bastan-

te detestados; pero estos grandes culpables habían tenido la habilidad de excitar un tal terror, habían hecho sobre los espíritus menos vigorosos una tal impresión, que muchos diputados—no tengo duda alguna—estaban privados de una parte de su albedrío. Es difícil hacerse una idea del delirio indefinido y sobrenatural que se apoderó de la Asamblea en la época del juicio de Luis XVI. Estoy persuadido de que varios culpables, al recordar esta funesta época, creen haber tenido un mal sueño, que están tentados de dudar de lo que han hecho, y que se entienden a sí mismos menos de lo que nosotros los entendemos.

Estos culpables disgustados y sorprendidos de serlo, deberían tratar de hacer la paz.

Por lo demás, esto es cuenta suya, porque bien vil sería la Nación si mirase como un inconveniente a la contrarrevolución el castigo de semejantes hombres; pero, aún para los que tuvieran esa debilidad, se puede observar que la Providencia ha comenzado ya el castigo de los culpables: más de sesenta regicidas, entre los más culpables, han perecido de muerte violenta; otros perecerán, sin duda, o abandonarán Europa antes de que Francia tenga Rey; muy pocos caerán entre las manos de la justicia.

Los franceses, perfectamente tranquilos sobre las venganzas judiciales, deben estarlo igualmente sobre las venganzas particulares: tienen a este respecto las

seguridades más solemnes; tienen la palabra de su Rey. No les está permitido temer.

Pero, como hay que hablar a todos los espíritus y prevenir todas las objeciones; como hay que responder incluso a aquellos que no creen en el honor ni en la fe, es necesario demostrar que las venganzas particulares no son posibles.

El soberano más poderoso no tiene más que dos brazos, y solo es fuerte por los instrumentos que emplea y que la opinión le entrega. Ahora bien, aunque es evidente que el Rey, supuesta la Restauración, solo pensará en perdonar, hagamos, para poner las cosas en lo peor, la suposición contraria. ¿Cómo se las arreglaría si quisiera realizar venganzas arbitrarias? El Ejército francés, tal como lo conocemos, ¿sería un instrumento dócil entre sus manos? La ignorancia y la mala fe se complacen en presentar a este Rey futuro como un Luis XIV, que, semejante al Júpiter de Homero, con solo fruncir el ceño hacía estremecer a Francia. Apenas me atrevo a argumentar la falsedad de esta suposición. El poder de la soberanía es exclusivamente moral; y si este poder no está con ella, en vano mandará, y es preciso que lo tenga en toda su plenitud para poder abusar de él. El Rey de Francia que ascienda al trono de sus antepasados, no deseará, sin duda, comenzar su reinado con abusos; y si lo deseara, sería en vano, porque no es lo bastante fuerte para satisfacer su deseo. El gorro encarnado, al tocar la frente real,

ha hecho desaparecer las señales del óleo santo: el encanto se ha roto, y las largas profanaciones han destruído el divino imperio de los prejuicios nacionales; y durante mucho tiempo, mientras que la fría razón hará inclinarse a los cuerpos, las almas permanecerán en pie. Se aparenta temer que el nuevo Rey de Francia se encarnice con sus enemigos. ¡Desdichado! ¿Podrá tan sólo recompensar a sus amigos? [61].

Los franceses tienen, pues, dos garantías infalibles contra las supuestas venganzas con que se trata de asustarlos: el interés del Rey y su impotencia[62].

El regreso de los emigrados proporciona también a los enemigos de la Monarquía una fuente inagotable de imaginarios temores. Es importante disipar esta visión.

Lo primero que hay que notar es que existen proposiciones verdaderas cuya verdad tiene un tiempo de vigencia limitado. Sin embargo, es frecuente re-

---

[61] Conocida es la ironía de Carlos I sobre el pleonasmo de la fórmula inglesa "Amnistía y olvido": "Ya comprendo —dijo—amnistía para mis enemigos y olvido para mis amigos."

[62] Los acontecimientos han corroborado estas predicciones del buen sentido. Después de terminada esta obra, el Gobierno francés ha publicado los documentos de dos conspiraciones descubiertas y que merecen un juicio un poco diferente: una jacobina y otra realista. En la bandera del jacobinismo está escrito: "Muerte a todos nuestros enemigos"; y en la del realismo: "Gracia para cuantos no la rechacen."

petirlas mucho después de que el tiempo las haya convertido en falsas y ridículas. El partido adherido a la Revolución podía temer el regreso de los emigrados poco tiempo después de la ley que los prescribió; no afirmo, sin embargo, que tuviesen razón. Pero ¿qué importa eso? Es una cuestión perfectamente ociosa de la que es inútil ocuparse. La cuestión es saber si *en este momento* el regreso de los emigrados presenta algún peligro para Francia.

La nobleza envió 284 diputados a aquellos Estados generales de funesta memoria que han producido todo lo que hemos visto. Según un trabajo realizado sobre varias jurisdicciones nobles, no se han hallado nunca más de ochenta electores por cada diputado. No es absolutamente imposible que ciertas jurisdicciones hayan presentado un número de electores más elevado; pero hay que tener en cuenta también los individuos que han votado en más de una jurisdicción.

Teniendo todo en cuenta, se puede evaluar en 25.000 el número de familias nobles que diputaron en los Estados generales; y, multiplicando por cinco, número medio que se supone, como es sabido, a cada familia, tendremos 125.000 n o b l e s. Pongamos 130.000, todo lo más. Quitemos las mujeres; quedan 65.000. Restemos de este número: 1.°, los nobles que no se marcharon; 2.°, los que han vuelto; 3.°, los viejos; 4.°, los niños; 5.°, los enfermos; 6.°, los sacerdotes; 7.°, todos los que han muerto en la guerra, en

las ejecuciones o simplemente por ley natural: quedará un número que no es fácil determinar exactamente pero que, bajo todos los puntos de vista posibles, no puede alarmar a Francia.

Un príncipe digno de este nombre lleva a los combates cinco o seis mil hombres todo lo más; este cuerpo, que ni siquiera está compuesto totalmente de nobles, ha dado prueba de un valor admirable bajo banderas extranjeras; pero si se le aisla, desaparece. En fin: es bien claro que, desde el punto de vista militar, los emigrados no pueden nada.

Hay, además, una consideración que se relaciona más particularmente con el espíritu de esta obra y que merece ser desarrollada.

No existe el azar en el mundo ni, incluso en un sentido secundario, existe el desorden, en cuanto que el desorden está ordenado por una mano soberana que le somete a su ley y le obliga a cooperar a sus fines.

Una revolución no es más que un movimiento político que debe producir un determinado efecto en determinado tiempo. Este movimiento tiene sus leyes y, observándolas atentamente durante cierto espacio de tiempo se pueden deducir conjeturas bastante ciertas sobre el porvenir. Pues bien: una de las leyes de la Revolución francesa es que los emigrados no pueden atacarla más que para su propia desgracia, y que están totalmente excluídos de cualquier obra que se realice.

Desde las primeras quimeras de la contrarrevolución hasta la intentona, nunca bastante lamentada, de Quimberon, cuanto han emprendido ha fracasado y hasta se ha vuelto contra ellos.

No sólo no tienen éxito, sino que cuanto emprenden presenta un tal carácter de impotencia y de nulidad, que la opinión ha acabado por acostumbrarse a mirarlos como a hombres que se obstinan en defender un partido proscrito, lo cual echa sobre ellos un descrédito que hasta sus mismos amigos perciben. Y este descrédito sorprenderá poco a aquellos que piensen que la Revolución francesa tuvo su causa principal en la degradación de la nobleza.

M. de Saint Pierre ha observado en alguna parte de sus Estudios de la Naturaleza que si se compara la figura de los nobles franceses con la de sus antepasados, cuyos rasgos nos han transmitido la pintura y la escultura, se ve con evidencia que estos rasgos han degenerado.

Se le puede creer a este respecto, más que sobre las fusiones polares o sobre la forma de la Tierra.

Existen en cada Estado un cierto número de familias que se podrían llamar cosoberanas, incluso en las monarquías, porque en esta forma de Gobierno la nobleza no es más que la prolongación de la soberanía. Estas familias son las depositarias del fuego sagrado, que se extingue cuando ellas dejan de ser *vírgenes*.

Es un problema saber si estas familias, una vez

extinguidas, pueden ser perfectamente reemplazadas. No se puede creer que, propiamente hablando, el Rey puede *ennoblecer*. Hay familias nuevas que se lanzan, por decirlo así, a la administración del Estado; que se salen del vulgo de modo impresionante, y se elevan entre las demás como renuevos vigorosos en un monte recién talado. Los soberanos pueden sancionar tales ennoblecimientos naturales. A eso se limita su poder. Si reprimen demasiados de estos ennoblecimientos, o si se permiten realizar demasiados por su solo poder, trabajan en pro de la destrucción de sus estados. La falsa nobleza era una de las plagas de Francia; otros imperios menos brillantes están agotados y deshonrados a causa de ella, en espera de mayores males.

La filosofía moderna, tan propicia a hablar del *azar*, insiste, sobre todo, en *el azar del nacimiento*: es una de sus frases favoritas; pero no hay más azar en esta cuestión que en cualquier otra; hay familias nobles como hay familias soberanas. ¿Puede el hombre hacer un soberano? Todo lo más, puede servir de instrumento para despojar a un soberano y entregar sus estados a otro soberano, príncipe ya de antemano [63]. Además, no existe familia soberana

[63] Se oye decir con bastante frecuencia que "si Richard Cromwel hubiera tenido el genio de su padre, habría hecho hereditario en su familia el protectorado." Y está muy bien dicho.

a la que pueda asignarse un origen plebeyo: si este fenómeno apareciese, haría época en el mundo [64].

En la debida proporción, con la nobleza sucede lo que con la soberanía. Sin entrar en más detalles, contentémonos con observar que si la nobleza abjura de los dogmas nacionales el Estado está perdido.

El papel representado por algunos nobles en la Revolución francesa es mil veces, no digo más *horrible*, pero sí más *terrible* que todo cuanto hemos visto durante ella.

No ha habido signo más aterrador, más decisivo, de la espantosa sentencia dictada contra la Monarquía francesa.

Se me preguntará tal vez qué tienen de común tales pecados con los emigrados, que los detestan. Yo responderé que los individuos que componen las naciones, las familias y hasta los cuerpos políticos, son

[64] Un sabio italiano ha hecho una singular observación. Tras haber hecho notar que la nobleza es la guardiana natural y como depositaria de la religión nacional, y que este carácter es más evidente a medida que nos elevamos hacia el origen de las naciones y de las cosas, añade: "Talche dee esser' un grand segno, che vada a finire una nazione ove i nobili disprezano la religione natia." Vico, *Principi d'una Scienza nuova,* lib. II. Cuando el sacerdocio es miembro político del Estado y sus altas dignidades están ocupadas, en general, por la alta nobleza, de ello resulta la más fuerte y más durable de todas las Constituciones posibles. De modo que el filosofismo, que es el disolvente universal, acaba de realizar su obra maestra sobre la Monarquía francesa.

solidarios. Esto es un hecho. Responderé, en segundo lugar, que las causas por las que sufre la nobleza emigrada son muy anteriores a la emigración. La diferencia que percibimos entre tales y tales nobles franceses no es, a los ojos de Dios, más que una diferencia de longitud y de latitud: no por estar aquí o allá se es mejor ni peor; y *no todos los que dicen ¡Señor! ¡Señor!, entrarán en el Reino.* Los hombres no pueden juzgar más que por el exterior; pero habrá nobles en Coblenza que tengan más que reprocharse que algunos otros en la parte izquierda de la Asamblea llamada *Constituyente.* En fin, la nobleza francesa no debe acusar de sus desgracias más que a sí misma; y cuando esté bien persuadida de esto habrá dado un gran paso. Las excepciones más o menos numerosas son dignas del respeto del Universo, pero es preciso hablar en general.

Al presente, la nobleza desdichada debe inclinar la cabeza y resignarse. Algún día deberá abrazar de buen grado *a hijos que no ha llevado en su seno.* Entretanto, no debe hacer esfuerzos exteriores; quizá incluso sería de desear que nunca se la hubiera visto en actitud amenazadora. En todo caso, la emigración fué un error y no una falta: la mayor parte creían obedecer al honor.

Numen abire jubet; prohibent discedere leges.

Fué el dios quien pudo más.

Podrían hacerse muchas reflexiones sobre este

punto; pero atengámonos al hecho, que es evidente. Los emigrados no pueden nada; puede incluso decirse que no son nada, porque todos los días disminuye su número a pesar del Gobierno, como consecuencia de esa ley invariable de la Revolución francesa que quiere que todo se haga contra los hombres y contra todas las probabilidades. Como largas desdichas han doblegado a los emigrados, cada día se aproximan más a sus conciudadanos; la acritud desaparece; de una parte y de otra, todos comienzan a recordar una patria común, a tenderse las manos y a reconocerse, en el mismo campo de batalla, como hermanos. La extraña amalgama que vemos desde hace algún tiempo, no tiene causa visible, porque las leyes siguen siendo las mismas. Así, queda determinado que los emigrados no son nada por el número, nada por la fuerza, y pronto no serán nada por el odio.

En cuanto a las pasiones más fuertes de un pequeño número de hombres, puede desdeñarse el pensar en ellas.

Pero queda aún una observación importante que no debo pasar en silencio. Se han utilizado algunos discursos imprudentes, escapados a hombres jóvenes, inconsiderados o agriados por la desgracia, para atemorizar a los franceses con el regreso de esos hombres. Concedo, para poner todas las cosas en contra mía, que esos discursos anuncian realmente intenciones firmes; sería un gran error creer que los que las tienen estarán en condiciones de realizarlas des-

pués del restablecimiento de la Monarquía. Desde el mismo instante en que el Gobierno legítimo se restableciera, estos hombres no tendrían fuerza más que para obedecer. La anarquía exige la venganza; el orden la excluye severamente. Hombres que en estos instantes no hablan más que de castigar, se encontrarán entonces rodeados de circunstancias que les forzarán a no querer más que lo que la ley quiera; y, por su propio interés, se harán ciudadanos tranquilos, y dejarán la venganza a los tribunales. Nos dejamos siempre cegar por el mismo sofisma: un partido ha cometido atrocidades mientras dominaba; luego el partido contrario las cometerá cuando a su vez llegue a dominar. Nada más falso. En primer lugar, este sofisma supone que hay de una parte y de otra la misma cantidad de vicios, lo que, ciertamente, no es verdad. Sin insistir mucho sobre las virtudes de los realistas, yo estoy seguro de tener a mi favor la conciencia universal cuando afirmo simplemente que hay menos del lado de la República. Por otra parte, solo los prejuicios, aparte de las virtudes, aseguran a Francia que no tendrá que soportar de los realistas nada semejante a lo que ha soportado de sus enemigos. Ya hay sobre este punto preludios de experiencia tranquilizadores para los franceses: han visto en más de una ocasión que el partido que lo ha sufrido todo de sus enemigos no ha sabido vengarse cuando los ha tenido en su poder. El pequeño número de venganzas que han he-

cho tanto ruido prueba la misma proposición; porque se ha visto que solo la más escandalosa negación de la justicia ha podido traer esas venganzas, y que nadie se habría tomado la justicia por su mano si el Gobierno hubiera podido o querido hacerla.

Es además de la mayor evidencia que el interés más urgente del Rey será impedir las venganzas. No es fácil que quiera volver a la anarquía en el instante mismo de salir de ella; la sola idea de la violencia le hará palidecer, y este será el único crimen que no se creerá con derecho a perdonar.

Francia, por lo demás, está harta de convulsiones y de horrores: no quiere más sangre; y dado que la opinión es bastante fuerte en estos momentos para contener al partido que los deseara, se puede juzgar cuál será su fuerza en la época en que el Gobierno esté a su favor. Tras males tan grandes y tan temibles, los franceses reposarán con delicia en brazos de la Monarquía. Todo atentado contra esta tranquilidad será realmente un crimen de lesa Patria, que los tribunales no tendrían quizá tiempo de castigar.

Estas razones son tan convincentes que nadie puede equivocarse respecto a ellas; así pues, no hay que dejarse engañar por esos escritos en los que vemos a una filantropía hipócrita condenar los horrores de la Revolución y apoyarse en sus excesos para demostrar la necesidad de evitar su repetición. En realidad, si condenan la Revolución es sólo para

no suscitar contra sí la indignación universal; pero les gustan sus autores y les gustan sus resultados, y de todos los crímenes que ella ha cometido solo condenan los que no le eran necesarios. No hay uno solo de estos escritos en que no se encuentren pruebas evidentes de que sus autores pertenecen por inclinación al partido que condenan por pudor.

Así pues, los franceses, siempre engañados, lo son en esta ocasión más que nunca; temen por sí mismos, en general, y no tienen nada que temer; y sacrifican su felicidad para dar gusto a unos cuantos miserables.

Y si las argumentaciones más evidentes no convencen a los franceses, y si aún no pueden conseguir de sí mismos la fe en que la Providencia es la guardiana del orden y que no es lo mismo obrar contra ella que con ella, juzguemos, al menos, de lo que hará por lo que ahora hace; y si el razonamiento no penetra en nuestros espíritus, creamos al menos en la Historia que es la política experimental.

Inglaterra dió en el siglo pasado el mismo espectáculo, poco más o menos, que ha dado Francia en el nuestro. El fanatismo de la libertad, atizado por el de la Religión, penetró allí en las almas mucho más profundamente que en Francia, donde el culto de la libertad se apoya en la nada. ¡Qué diferencia, por otra parte, entre los caracteres de las dos naciones, entre los de los personajes que han tenido

un papel importante en cada uno de los dos escenarios! ¿Dónde están, no digo ya los Hamden, sino los Cromwell de Francia? Y, sin embargo, a pesar del ardiente fanatismo de los republicanos, a pesar de la firmeza reflexiva del carácter nacional, a pesar de los terrores, más que motivados, de los numerosos culpables y, sobre todo, del Ejército, ¿causó el restablecimiento de la Monarquía en Inglaterra desgarramientos comparables a los que había engendrado una Revolución regicida? Que se nos muestren las venganzas atroces de los realistas. Algunos regicidas perecieron por la autoridad de las leyes; por lo demás, no hubo ni combates ni venganzas privadas. El regreso del Rey solo fué señalado por un grito de alegría que resonó en toda Inglaterra. Todos los enemigos se abrazaron. El Rey, sorprendido de lo que veía, exclamaba enternecido: ¡No es culpa mía, si he sido rechazado tan largo tiempo por un pueblo tan bueno! El ilustre Clarendón, testigo e historiador íntegro de estos grandes acontecimientos, dice que ya no se sabía donde estaba el pueblo que había cometido tantos excesos y privado durante tanto tiempo al Rey de la dicha de reinar sobre tan excelentes súbditos [65].

Es decir: que *el pueblo* no reconocía ya *al pueblo*. Es imposible expresarlo mejor.

---

[65] HUME, t. X, cap. LXXII, 1660.

Pero este gran cambio, ¿de qué dependió? De nada; o, mejor dicho: de nada visible. Un año antes, nadie lo creía posible. Ni siquiera se sabe si lo trajo un realista porque es un problema insoluble en qué época comenzó Monck a servir lealmente a la Monarquía.

¿Fueron, acaso, las fuerzas realistas las que se lo impusieron al partido contrario? En modo alguno: Monck no tenía más que 6.000 hombres; los republicanos tenían cinco o seis veces más, ocupaban todos los cargos y dominaban militarmente el país entero. Sin embargo, Monck no se vió en la necesidad de entablar ningún combate: todo se hizo sin esfuerzo y como por encanto. Lo mismo ocurrirá en Francia. El retorno del orden no puede ser doloroso, porque será natural, y porque estará favorecido por una fuerza secreta cuya acción es totalmente creadora. Se verá, precisamente, lo contrario de lo que se ha visto. En lugar de esas conmociones violentas, de esos desgarramientos dolorosos, de esas oscilaciones perpetuas y desesperantes, una cierta estabilidad, un reposo indefinible, un bienestar universal, anunciarán la presencia de la soberanía. No habrá sacudidas, ni violencias, ni siquiera ejecuciones, exceptuando las que la verdadera Nación apruebe. Incluso el crimen y las ejecuciones serán tratados con una severidad mesurada, con una justicia serena que solo al poder legítimo pertenece: el Rey

tocará las llagas del Estado con mano tímida y paternal.

En fin: he aquí la gran verdad de que los franceses nunca podrán convencerse bastante:

El restablecimiento de la Monarquía, que llaman *contrarrevolución,* no será *una Revolución contraria,* sino *lo contrario de la Revolución.*

I N D I C E

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES DE SUCESORES DE RIVADENEYRA, S. A., MADRID, EL 14 DE DICIEMBRE DE 1955.